

Publicaciones de la  
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

**ANDRES L. MATEO**

**LA BALADA DE ALFONSINA BAIKAN**

Premio de Novela Pedro Henríquez Ureña 1991

San Domingo  
República Dominicana

RECIBIDO 14 OCT 1991

**Publicaciones de la  
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña**

**c 1992 UNPHU  
Dirección de Publicaciones,  
Santo Domingo,  
República Dominicana.**



Alberto Cuadra González no tuvo nunca los ojos negros, la piel curtida o el sopor del trópico, pero el sol de mayo le niveló el destino, la mañana que en la dársena del río Ozama se despojó del sombrero y miró por primera vez esas aguas huidizas. ¡Coño -se dijo- qué tarde llegan siempre los navegantes! Y se empujó por sobre la balaustrada del barco para mirar todas las flores de su vida, las argamasas coloniales y el río que se daba entonces a conocer en actitud flamígera. Quién sabe si en su pensamiento fondeó el destino como se buscan las antiguas complicidades en un ropero, o como si el futuro se recordara; pero el caso es que no se pudo escabullir de ese día, y entró en la desgracia parpadeando con sus ojos azules en el barandal del barco, acordado en un recuerdo de algo que no había ocurrido todavía, y que ni siquiera era contorneable, desde el efluvio infinito de imágenes a que se sujetaba.

Alfonsina Bairán no estaba entonces en su vida, pero sería ella, muchos años después, la que describiría a un Alberto Cuadra González boquiabierto, atravesando la Puerta de la Misericordia guiado por un muchacho de mandado que le llevaba los bultos, mientras acataba el rumbo secándose el sudor, lo que ilustraba a los transeúntes sobre su verdadera condición de extranjero. En el insípido trajinar de la calle lo que más le atrajo de él, de seguro fueron su semi bombacha andaluza y sus botines blancos, puesto que en los pormenores de su aventura, él siempre se rememoró así, como si la bombacha y los botines se hubieran transformado en el símbolo de una indagación. Su tez muy blanca, su cara absorta ablandando la resonancia de sus pasos bajo el sol candente, lo hacían parecer salido de una región distinta a la de la vida y la muerte, y Alfonsina Bairán siempre recordó que para imponerlo a la realidad, aquella mañana que lo vio pasar por la tienda de su padre en la Avenida Mella, las turquitas del "Bazar de la Suerte" le gritaron: "Parece un sueño, niña, un sueño".

Desde aquél día el españolito perduró en el orden de sus objetos, y las pálidas muchachas casaderas lo deseaban cada tarde al mirarlo pasar por las tiendas de los turcos, con sus libros bajo el brazo, sin su calzón de bombacha y sus botines del primer día conmovedor, pero aún adorable desde el quietísimo ardor y el revoltijo de telas caldeadas, con que lo observaban las turquitas Sahir, del "Bazar de la Suerte"; o desde la oscura y lenta germinación de la pasión risueña que sentía Alfonsina Bairán cuando en la vitrina de la tienda de su padre se dibujaban los ojos de un azul vidrioso, el pelo negro y la cara tensa con que Alberto Cuadra González manchaba la reverberante luz de las tardes de sus días.

Pocas horas después de la desgracia, Alfonsina Bairán sabría que ella fue siempre una mujer con un gran sentido del pasado; y lo supo leyendo lo que escribió en su diario íntimo, la noche del 12 de mayo de 1935, después que el muchacho de mandado desembocó en el negocio del español que estaba a media cuadra del de su papá, y arrojó los bultos al suelo, y el español que vendía horchatas y bizcochos salió a recibirlo,

palmeándolo complacido en la espalda, y ella desde su acera, y la turquita Sahir en la suya, sintieron que ese hombre extraño había llegado para alguna dificultad o gozo. Alfonsina Bairán escribió: " Hoy ha llegado un hombre nuevo al lugar; debe ser de los españoles, porque se fue a alojar en el negocio de Don Paco Cuadra. Es buen mozo y extraño, y puedo decir, sin que sepa por qué, que su aproximación me turbó. Siento como si tuviera la necesidad de escribir de él, quiero decir como algo verdadero, como esas cosas que ocurren y que nos dominan mientras están sucediendo". Lo escribió en la noche de aquel primer día, como si las cosas la hubieran elegido a ella para mostrarse. Y lo volvió a leer veintitrés años después, justo el día de la desgracia, cuando ya era seguro que su corazón había aprendido a juzgar. Entonces era otra mujer y otra historia, otros seres y otros lugares, y no podía verse claramente reflejado en sus ojos.

Por esos días yo la conocí, y le adiviné la luz sin prisa del rencor. Supe, sin ilusiones, que se había desprendido de un duelo profundo, y que vivía su vida como si fuera la de otro, aferrada a un propósito, desvincijada por el dolor de tener la experiencia y desconocer su significado. Tejé la historia poco a poco, sin pasión, sin final, inclinándome sobre el silencio; quizás porque de esta manera yo podría adivinar la próxima etapa de mi vida.

Don Paco Cuadra era un andaluz que tenía un negocio en la "Plazuelas de las verduras", el mercado público que el ciclón de 1930 arrasó. Cuando las autoridades trasladaron el mercado para la Avenida Mella, Don Paco instaló su bizcochera y popularizó su horchata, lo que junto a su buen humor proverbial significó el triunfo y la fortuna relativa. Era un hombre pequeño que había elegido ser agradable, y que debía su éxito a una mezcla de astucia con franqueza. "A veces uno necesita creer en señales" - decía siempre, y ponía una cara gatuna que iba construyendo para anticiparse a los acontecimientos, 'para sobrevivir en esta maldita tierra de bandidos'- como repetía, escurriéndose. Por eso, la llegada de su sobrino fue motivo para inventariar prevenciones.

- Aquí el día se va rápido - le dijo, acomodados en la salita que estaba en la parte de atrás del negocio - cuando uno se quiere acordar ya es de noche y no queda tiempo para pensar pendejadas. Y le advierto que cuanto ocurra a su alrededor no le concierne.

Alberto se clavó esas palabras en la vergüenza, y aunque le sonaron fantásticas, lapidarias, las olvidó mirando el atardecer ; o quién sabe si pensando en su tierra atrapado por la perplejidad del desarraigo. "A lo mejor no las olvidó nunca - decía Alfonsina Bairán- si no que las llevaba trampeadas en el recuerdo."

No era tan joven. Cuando Alberto Cuadra González pisó la dársena del río Ozama tenía veintinueve años cumplidos, y con ellos miró las primeras sombras de la barcazas, los primeros hombres doblados en las tareas del muelle, y la lengua del sol que esfumaba y recomponía el

paisaje. Su tío afirmó después que ya tenía algo de solitario y desamparado en el rostro, y que él se dio cuenta de reojo, imperceptible, que el equipaje de su sobrino era la marca de la desolación.

- Trajo dos mudas de ropas y muchos libros - me comentó- y yo pensé que lo mordía la necesidad de la comprensión ajena, que en esta malditas tierras es siempre peligrosa.

En su naturalidad de goce y descubrimiento de todo cuanto lo rodeaba, Alberto instauró un tiempo diferente, que ocultaba la verdadera, la última desnudez de su pensamiento. Fue así desde el principio, hasta la fatiga y la obsesión de su muerte, hasta el horror cansado que marcó la última, intransferible, telaraña de su meditar. Por eso Don Paco Cuadra supo que el muchacho no rimaba con el negocio, y como era diplomado "Se trajo su papelito de bachiller en filosofía, por estos rumbos, vaya usted a saber!". - decía -, dejando entrar un simulacro de premonición y le consiguió un empleo de maestro en uno de los colegios salesianos. Aunque Don Paco afirma que enseñó gramática y hasta latín, por un ex-alumno supe que impartió una especie de moral y cívica, y más tarde literatura española. ( Alfonsina Bairán confesó francamente que nunca supo qué enseñaba. " Era nostálgico, desinteresado, con su miedo a la esperanza. Hubiera sido inútil preguntarle; y para una mujer de mis días, inútil, también, saberlo " - dijo, desde la memoria, desde la aceptación.) El caso es que en la víspera de cada atardecer pasaba como un mito, atravesaba las vidas de todos cuantos existían a su alrededor, y se involucraba en el ardor de las muchachas que lo habían elegido para hacer creíble la sorda ficción del amor.

Las muchachas se empaparon de aquella imagen y la aceptaban sin buscarle explicación ni excusa; fabularon, eso sí, algunas historias de consolación, puesto que él pasaba con sus libros bajo el brazo, todas las tardes, y ellas hurgaban en su ojos que eran como llamas azules, sin que sus suaves insinuaciones parecieran perturbar a ese ser acongojado y distante. En una puja de ocurrencias, Inés Sahir, una de las turquitas, dijo que tenía la voz aflautada y que sonaba la letra z como un español. Lo había escuchado hablar pocos días después de su llegada, en el "Bazar de la Suerte", cuando Don Paco lo llevó para comprarle ropa.

- Tenía que cambiarle esa facha de gitano perdido - dijo, satisfecha porque era la única que tenía algo que decir sobre él. Y la ocurrencia rememoró los calzones del sueño con que el muchacho se presentó por primera vez en sus vidas. " Se hizo irresistible recuperarlo con sus bombachas blancas, en la visión que me llegaba de él después de la tragedia " - escribió Alfonsina Bairán, refiriéndose a la observación.

Y fue con esa misma caligrafía huraña que describió la primera vez que él se fijó en ella: " Los domingos paseábamos alrededor de la glorieta del parque, mientras la banda del Consejo Municipal entonaba el concierto. Era un ritual, una carnada, una escaramuza que el convencionalismo permitía. Pero sobre todo era un lugar de encuentro.

Nos tomábamos de las manos ofertándonos, con nuestros vestidos blancos y nuestros sombreros, y un ramo de flores sujeto con broche de oro en el costado izquierdo del vestido. Reíamos sin prevención ni pasado, reíamos con todas las alas que entonces era posible desplegar en la imaginación. En una de esas vueltas lo vi, entre patético y ridículo, moviéndose como un prestidigitador que saca con cuidado el conejo del sombrero. Pensé, después, que esa manera de mirar al mundo con asombro era lo que mejor lo definiría. Creo que fue entonces que me clavó los ojos en la línea del hombro, con una mirada en la cual están refugiadas todas las miradas, todos los cansancios, todos los deseos interminables".

Ella me refirió ese día, meses después del crimen, afirmando la validez indudable de una anticipación:

- Me retiró la vista - dijo, dejando entrever que ahora creía en eso, que ahora era posible creer -; él me apartó de sus ojos ese día. Si me hubiera mirado largo, hubiera sabido lo que iba a suceder.

A pesar de sus años, era una dama sin reproche, incapaz de molestar. Por eso le pregunté:

- ¿Lo cree posible?

- Sí, créame - dijo ella, liberada repentinamente -, hay miradas que dicen tanto.

Desde ese momento, Alberto Cuadra González colgaba de su mundo como si fuesen personajes de un mismo sueño. Ella saboreaba los goces de esa mirada, y es posible que construyera un orden, un yo suficiente desde donde aguardar. Se volvieron a ver en la iglesia. Ella recordó, durante años, el ademán de entonces, pero me resultó curioso que no escribiera nada en su diario de este segundo encuentro. Me lo narró de la siguiente forma:

- " Como el parque los domingos en la tarde, la misa era un sitio de reunión. Nos sentábamos por familias en los bancos de la iglesia, y las muchachas mirábamos, por sobre los ramos de rosas, la manera en que se enmascaraba el verano. El llegó, con su sombrero bajo el brazo, y se recostó de una de las columnas. A luz débil de la misa de diez de aquel domingo, le vi las manos blancas y largas, el ardor de sus ojos por satisfacer la pequeña trivialidad de reconocer la iglesia, la sombra que hacía la corbata y que le dividía en dos el pecho. En un momento sonrió con los ojos muy brillantes; yo sentí un aroma que me negué a oler, e imaginé que estaba alejándome de un jardín, de una aldea musgosa cuya humedad se graba por siempre en la memoria. Sé que yo no era más que una nimia incidencia en el lugar, (el padre oficiaba, usted comprende), pero creo que fue entonces que asumí mi verdadera condición, como si todo estuviera a mi servicio, como si de pronto me hubiera volcado sobre otra figura del mundo. Me sentí mujer. Tenía veintisiete años y temblé como una estrella en el agua. Ni él ni yo éramos tan niños, pero a mi no me había tocado el amor y sus ritos de olvido, y a él nadie le había mirado de

esa manera su infortunado cuerpo. Fue como un sueño, el ademán se le mustió en los labios, miró como en fuga, como recordando; la memoria sabe lo que preserva, y yo lo veo ahí, inventariando en la imaginación, buscando una respuesta para esos ojos míos que pedían una oportunidad de vivir. Lo miré a través del aroma, ignorando el silencio de los otros, en el único desafío de mí misma que recuerden mis horas. " Cuando salimos ya todo había cambiado para mí. El sol le hirió el pelo con un dorado de eternidad, y la boca que ya no era adolescente mordió el designio. Me pasó una mano fría, cuando Don Paco se lo presentó a papá, y este a mí, diciendo su nombre completo: - Alberto Cuadra González -dijo-bañándome de amor, dejándome trasfundida en su amor incesante".

Lo contó respaldada por una malla de luces, separada muchos años del acontecimiento, sin que el retroceso de la memoria levantara un hálito de desaliento por la espera inaguantable que, entonces comencé a comprenderlo, ovillaba su vida. No sé si lo he contado bien, no estoy seguro que éstas fueran sus palabras, (ella no lo escribió en su Diario, que por circunstancias que explicaré más adelante llegó a mis manos), no me ajustaba a la cara arrugada para concebir tanta vehemencia, y me sentí distante de su alma.

Entre las observaciones que después adquirieron significación está la referente a su padre. Un libanés, o en todo caso árabe, que llegó en un barco turco al país por el puerto de San Pedro de Macorís. Como todos los árabes ( que el pueblo llamó turcos, quién sabe si por lo del barco) se dedicó al negocio, al chalaneo, hasta que se instaló en la capital, vendiendo telas y encajes, ofreciéndolas como si fueran rosas del aire. Se casó con una mulata llamada Concepción Pastora, y cuentan que murió de eclampsia, pocos días después del parto. La floración de Alfonsina Bairán tuvo, pues, una sustancia distinta, puesto que Haffe Bairán, su padre, se hizo católico, iba a misa todos los domingos, y se declaró, en la práctica, padre y madre del retoño que Concepción Pastora había dejado en la orfandad. Impusos la normas y ella asimiló.

Lo que más extrañaba de Haffe Bairán era el hecho de que el pasado no se le represaba en la memoria. Su hija dice que le vio siempre una mirada vieja metida en las pupilas, pero que nunca supo qué lo trajo aquí, ni el rumió la mueca de la nostalgia en la cara patética, cuando acariciaba los perros mirando los canteros.

- Papá amaestraba perros, era su única diversión - me dijo, sorteando un dato que entonces no tenía cabida. - Hacía de ellos lo que quería, lo mismo acumularle zalamería en la conducta que la más obediente ferocidad. Yo misma sosegué mis caderas amaestrando perros, reconociéndome en lo que contaba para papá. Esa fue mi vida, hasta que llegó él.

Haffe Bairán tenía la tienda en el cuarto delantero de la casa, y en la habitación contigua preparó la estancia de la niña. La crió correteando de la tienda a la habitación, dejando a cualquier cliente a mitad del



convencimiento, si llegaba hasta sus oídos el gorgoteo que le endulzaba la vida. Toda la complejidad de la existencia se redujo a esos tres factores: el comercio, los perros y su hija. Era como si hubiera anulado en una larga noche única; un viajante que se detuvo en un país tan remoto, distante de su alma y de su lengua, y que no recibía ni enviaba cartas, y al que nadie le vio en el rostro una risa verdadera. Era capaz, sin embargo, de hacer mimos a una nena, o de dialogar con los perros en las otoñales noches de la ciudad.

Alfonsina se levantó entre zalameos caninos y mercadería; tuvo sus buenas noches y sus malas mañanas, miró el amor y le pareció bueno, pero lo omitió hasta los veintisiete años; pudo encontrar su verdad y decirla, pero sólo ella, entiendo yo, conocía su paz. Así que se bañó de prudencia, porque después de presentárselo a la salida de la iglesia, su padre hizo un comentario, detrás de un silbo ocioso, que le acentuó el temor.

- Estos españoles son gentes chistosas que vienen de un país triste- expresó.

Ella pensó que hablaba de Don Paco Cuadra, a quien todos reconocían su buen humor, pero alcanzó a verle la nube roja de la rabia, y la sobrecogió el temor de lo atroz que suele ser la soledad en las mujeres. No dijo nada, no se quejó de tormentos sublimes, levemente prefiguró la idea de que quizás más le hubiera valido no haber oído esa voz.

- No - me atajó, cuando le inquirí sobre el significado de lo dicho y si en realidad tuvo alguna consecuencia - Papá a lo mejor hablaba para sí mismo, él tenía su modo particular de emplear las palabras, le disgustaba la ambigüedad del castellano, y sus palabras no se ajustaban a lo que trataba de escribir.

- ¿Entonces? - dije yo tratando de penetrar ese rostro que estaba ya surcado y que según sus ojos había agotado todo lo que pudiera parecer increíble.

- Estábamos mal educadas, no había otra forma de decirlo. Es casi seguro que, como yo, Papá le leyó la mirada.

Se encontraron muchas veces alrededor de la glorieta del parque, y mientras él se quitaba el sombrero para saludarla, ella lo sentía inofensivo, soñador y victorioso. Otras veces, al pasar por la puerta de la tienda, le parecía que sólo él era verídico, que únicamente él salía de un trueno silencioso sin inmutarse, y que ellas eran damas espectrales, cercadas por muchos años de idéntica lujuria.

Un día le habló; en domingo, ella entrelazada de las turquitas Inés y María Sahir, y la retreta atacando en el contrapunteo del bombardino y el trombón de pistones. Por eso no oyó; él se había adelantado, la había tocado levemente por el hombro, en un momento que, como la brevedad de la rosa, pasó bellamente, y dibujó algo en los labios que ella no oyó porque los cobres de la banda habían subido de intensidad y lo preservaron en una larga imagen única, como si él hubiera musitado una

oración, quedamente, ante su imagen.

- Lo recuerdo muy bien - me dijo María Sahir - evitando derrumbarse de vergüenza, entreverado con la música de la retreta que no acababa de terminar, y como diciendo algo que nosotras no oíamos. Creo que le resultó penoso; él con su cara rosada, en un inoportuno fervor, ridículo frente a la imposibilidad de la comunicación.

Debía de haber sido más tarde de lo que parecía, aquel día en que el humo se rizaba por el cielo. Alfonsina Bairán lo recogió en sus notas, ese agosto de 1935, detallando que se fijó en los músicos encima de la tarima, sudorosos y como impalpables tras la sombra mortecina del anochecer del verano que los separaba de la multitud.

"La magia, la amargura y la felicidad colaboraron en ese atardecer"-escribió-

Y lo dijo porque, cuando no podía oírlo, como si tuviese que espiarlo, se dedicaba a contemplar a los músicos sudorosos, con sus hombreras de flequillos dorados, y el plumaje del morrión meciéndose al viento en la medida que acompañaban al ritmo. Cuando la música cesó, él fraguó una conversación apacible, en la cual una cosa se translucía por la otra, mientras ella ( que en vez de andar flotaba, como correspondía a una dama de su época ), le miraba los azules ojos y la piel rosada, inaccesibles a todo daño, para explicarle el hecho inexplicable e inverosímil de su propia presencia.

No supo cómo la destrenzó de las hermanas Sahir. Pero el caso es que ella se descubrió caminando a su lado, ocultando en el falso interés que prestaba a la conversación, lo que su corazón hubiera dejado adivinar.

- Entré en su vida saliendo de mis lágrimas - dijo, una tarde en que pasaba resúmenes, y era mucho más vieja, y el crimen la había obligado a tomar una determinación - puesto que yo no era una mujer, sino una máscara. Se actuaba y se vivía circundada por esa soledad, por ese limbo, por esa carencia de pasado. De modo que cuando me vi caminando junto a él, y las hermanas Sahir mirándome despavoridas, supe que había entrado en su vida.

Casi la derribó la conciencia de que el mundo proseguía como siempre, puesto que, a partir de entonces, ella sólo vivía para la certeza de una cita que no había sido explícitamente acordada, y que la sonrojaba como correspondía, pero que se hacía inaguantable cuando aquella imagen de sí misma la poseía sin compasión, desnuda frente al espejo, y el roce de sus dedos recorriéndola por el cuerpo caliente, como si un fuego errante hubiera llegado, por fin, a su destino.

Cada domingo se vistió para él; simuló estar absorta en la ceremonia de la liturgia, trotó alrededor de la glorieta del parque, amparada en lo que efundían los músicos de la retreta, porque estaba segura que todas esas cosas que conformaban su vida se retirarían de prisa, y de que en los actos de su vida sólo tendrían el significado que se relacionara por él, con

la brusca interrupción que él había ocasionado en su presente. Por eso se vestía para él; iba a la misa por él; se tomaba de las manos de las hermanas Sahir sólo para describir lo que ofertaba su cuerpo, pensando en él. Así fue, y así lo dejó escrito, en el estrépito que va de la melancolía a la dicha.

El la esperó los domingos de muchas semanas con la ternura más cordial que le subía hasta el rostro, y ya no la destrenzaba de los brazos de las turquitas Sahir, sino que en mitad del paseo le dejaba el camino sin hacerse a un lado, y se incorporaba al paso blando que le había sido tácitamente preservado, retomando la postergada conversación del domingo anterior, aportando con frases propicias la historia de su vida que ella iría componiendo de piezas dispersas, de distraídas promesas, de pavorosas evocaciones que reúnan el ayer y el hoy, en un mismo recuerdo que le llegaba después de escarbar en su memoria. Así, de repeticiones, de nombres marchitos, de hechos elegidos entre los miles que le llegaban a su mente en medio del paseo de cada domingo, el aire azul de la plaza del parque se hizo testigo de una complicidad, de un destino, que quizás él presintió la mañana que en la dársena del río Ozama se quitó el sombrero. Comenzó a recordarle su cuerpo espigado, a recorrerle el vestido de raso que se ajustaba al torso con los dos puños del pecho golpeándole al caminar, el relámpago de la piel mordiéndole la tela, el justo equilibrio del lazo naranja en la cabeza; el juego de la imaginación que los sueños de su país lejano la hizo imprescindible, hasta que le pidió a su tío que le hablara a Haffe Bairán, que intercediera, que lo desnublara del embeleso. Y se lo dijo con una cara tan pedigüña repartida por toda la premura que Paco Cuadra comprendió que no tenía más remedio que complacerlo, aunque lo miró jugando a eludirse, sopesando en punta el trago amargo de congraciarse con "ese turco que sólo se lleva con los perros".

"A mí no me dijo nada - me informó muchos años después Alfonsina Bairán - aunque yo lo presentía, y todas las noches me preparaba para eso".

De modo que actuó como si los hechos hubieran estado en el fondo de su conciencia cuando los vio llegar; Don Paco con el chambergó en la mano, transformado dentro de sus aprestos de señor, un clavel en la solapa azul del casimir con rayas blancas, y la tarde acuclillándose con la embestida de la noche. Ella se retiró a la habitación contigua al negocio, y cabeceó un entresueño de la infancia, pero no escuchó nada.

Cuando se fueron, su padre se la sentó en las rodillas como antes, cavilando pensamientos que le servían para viajar sin moverse, y pasándole con infinita ternuras sus diestras manos de domador de perros por los negros cabellos. No dijo nada. Entre las observaciones de aquel entonces figura esta que juzgo dolorosa. Pero el caso es que el libanés desplegó su mano y acarició aquella cabeza como si llorara, como si se despidiera, como si lo hubieran obligado a privarse de algo. Sin embargo,

aquella noche no dijo nada.

Es cierto que las condiciones más duraderas de este relato han sido olvidadas, pero del Diario íntimo de Alfonsina Bairán yo rescaté la fecha exacta de la visita de Don Paco Cuadra, y Alberto, a su casa: diciembre 12, de 1935. Lo demás quedó estático, detenido en la vieja noción del respeto que sentían las mujeres por un problema entre hombres; y yo lo he encarado con lo poco que pude obtener de ella, cuando comencé a interesarme en escribir esta historia y le hablaba fingiéndome distante, desinteresado; y ella ya vieja buscaba como un hilo conductor, como una brizna que le alumbrara el camino hacia los hechos, con los ojos entrecerrados y teñidos por el ampuloso verdor de la venganza.

Pero para mí que el padre nunca le dijo nada, aunque desde ese día se hizo novia del español. El puro empeño de alisarle el cabello de manera infinita, era la desesperación de preservar la candidez de la imagen de su hija perdida, en el desbarajuste del alma, y más allá de la muerte, que lo procuraría unos meses después de la boda.



De la etapa del noviazgo yo sólo he visto una descolorida fotografía. Ella de pie, junto al muro, sosteniendo un tallo en la mano; la flor respunteando el rostro, subiendo desde el seto y como iluminándole el temblor que se veía en el fondo de sus ojos grises. Tal vez era domingo, aquel día que el sol descendía a raudales; lo digo porque él tenía el sombrero, a pesar de lo cual hacía visera con las manos para mirarla desde el extremo del muro, mientras las sombras de los árboles se hundían en el charco oscuro. La miraba con una mirada repleta, sin espejismos que quitaran a la tarde su nitidez, sonreído y sin necesidad de esperanza. Pero no era misterio lo que nublabla esa fotografía, sino certeza de que tras esas cosas que lo estaban viendo y capturando para siempre en el tiempo, se erigía en el único monumento de sus vidas contra el olvido. Me dio la impresión de que él se inclinaba en el muro y sonreía para quedarse en ella, para marcarle con fuego la memoria, para sobrevivir y hacerse verdadero en esa fotografía.

Yo deduje un noviazgo pautado, sin hostilidad, que se reservara asombros e inocencias, y que completara su historia sin reproche alguno, integrando el escarceo del sexo en un silencio, en una pausa que era el murmullo largo de una complicidad. Deduje visitas los domingos y paseos al parque tomados de las manos, en lo que no era más que la aplicación de un código y la proclamación del amor por la vida. Y quizás algún domingo, acompañados de las hermanas Sahir, visitaran el "Teatro Independencia", justo frente al parque, cuyo letrero mustio ellos debieron leer en las vueltas sin fin que daban a la glorieta.

Creo que de esta manera construyeron un clima habitual y soportable, y que ella aprendió con destreza a entrapar los recuerdos, a domesticar sus estremecimientos, y a dejar fluir únicamente lo que a todo amante acorrala. En su diario, por ejemplo, sólo cifró dos momentos de esta etapa, intrascendentes, sin que tuvieran verdadera importancia, dejados caer simplemente para hacer constar que ella estaba en el mundo. Uno se refiere a un paseo en yola por el río Ozama, acompañados de Inés Sahir, aprovechando un feriado patriótico que volcó a todo el mundo hacia el regocijo ficticio. Bajaron a la ribera por unas escaleras de piedra, por la zona de Santa Bárbara, y se fueron internando en el jadeo de tiguere que traía el viento a medida que la yola rompía el agua. El sol refulgía con su despiadado peñacho amarillo, y ella recuerda que le miró la mano muy blanca, en curvatura y afincada sobre los bordes de la embarcación. Entonces se alzó cierto viento, y las lianas que daban al río movieron su masa, y el sol perforó un orificio en la tupida greña por donde se escuchó un ave, un aleteo de percusión, como derrumbándose. El le apretó las mejillas con sus manos blancas, levemente, y la abovedó entre sus puños, como un tambor, resguardándola de la huida, de no se sabe qué presentido temor.

El otro momento está cubierto con un velo de palabras. Yo lo situó a

partir de imágenes, de acontecimientos que en principio nada tenían que ver con sus vidas, pero que crean un hilo que va de uno a otro hecho, que redondean el sentido de hacerlo consignar en su Diario, casi como testimonio único de esta etapa. Fue un domingo, en el parque de siempre poblado de parejas y muchachas y muchachos galantes; un oficial del ejército golpeaba a un joven. Ella no señala cómo aquel hecho se vino a situar entre ellos, en aquel parque, en el último sol de la tarde. Súbitamente, el oficial estaba allí, golpeando a un muchacho que había caído al suelo, y las insignias rutilaban en los ojos que se agolpaban para ver cómo el hombre le partía los bríos al muchacho con el envés del sable. Las sombras la envolvieron, metida en su vestido de lunares verdes, habitada por el peregrinar del desconsuelo, sin poder darle una explicación a aquel malhadado momento que sobrevinía en el parque inundado de polen y de aves que se ocultaban entre las palmas. Ella sintió que la piedad la tomó desprevenida, cuando otros soldados levantaron el cuerpo del muchacho, y lo condujeron en silencio, anegado en sangre, empapando los temores que, sin expresarlo, la impresión del hecho producía en los viandantes.

Mientras los hechos ocurrían se aisló de tal forma que había olvidado la presencia de él. Lo sintió, en el silencio achispado, que le oprimía el hombro, y lo vino a ver apenas cuando los soldados se interpusieron, arrastrando el muchacho, cruzando la plaza en diagonal, obligando a la multitud a sosegar el apocamiento. Le echó una mirada por sobre el hombro, de perfil, tomándole sin remedio los ojos del asombro que lo tenían entumecido, y sintió en la cara linda del español de sus sueños la señal de la desdicha y la fraternidad.

"Casi me hizo daño en los hombros - escribió ella - aturcido frente a aquella crueldad tan difícil de comprender".

Estos dos hechos, desmadejados de las espléndidas circunstancias que debió haber sido ese noviazgo, son los únicos que yo pude rescatar con sorpresa, luego de apoderarme del Diario, la noche del fuego, y después de hundirme en la comprobación de que en los acontecimientos que narro, además del amor, actuó el rencor de sus vidas.

Se casaron el 12 de enero de 1937, y por lo que ella insinuó, Alberto Cuadra González pidió una ceremonia íntima, casi privada, que apenas alcanzó el círculo familiar, y que incluyó algunos de los árabes, sin olvidar la presencia de los Sahir, cuyas hermanas eran la fuente del optimismo, y a quienes la maliciosa congoja se les veía a flor de piel. Igualmente los familiares de Don Paco Cuadra, que heredaban el retozo y la jarana respetuosa, debieron darle cierto aire de algarabía, de jolgorio, a ese momento que, de seguro, le tensó el rostro a Haffe Bairán. Pero lo cierto es que debió ser como un abatimiento, como una angustia, como el inicio de un nuevo roce de la soledad, que consumaba aquel despojo sublime.

La etapa del matrimonio, de todos modos, no agrega mucho a lo que

constituye el desenlace de esta narración, si no fuera por dos o tres acontecimientos, que en ese mundo de hechos diferidos, no significaban nada por sí mismos, pero que son como la galantería: luz que permite penetrar en la faz oculta de sus vidas. En su Diario, después del matrimonio, lo que la palabra evoca en su franqueza ávida, es un cuadro común, sin sobresalto, en el que, quizá, lo que se toma por amor entraña una conmovedora renunciación. Nada hay que se asemeje a una imagen del orgullo; ella no necesitaba fingir la virtud, naturales a su mundo y a su cultura, no debió concebir lo que pedía a cambio de su amor. De modo que era matrimonio sin hechizo, de naturaleza apacible, en el que la mujer cumplía su papel bajo una luna brillante, sin una queja, sin la más mínima idea del drama que terminaría por cristalizarse, a partir de la brumosa abulia de los días.

Seis meses después de la boda, Haffe Bairán cerró la tienda al mediodía; se sentó en una mecedora que tenía en el jardín del patio, y se murió mirando hacia una casuarina, con la mano en el pecho y los ojos abiertos, el semblante enfrentado a un sol que lo sorprendió a mitad del bostezo. Lo encontraron ladeado, poco después de derribar la puerta, al notar que pasaban de las tres de la tarde y " La Estrella de Oriente "; la tienda de Haffe Bairán, no había reabierto sus puertas. Ibrahim Sahir lo levantó de la mecedora, tomándolo por las axilas y sosteniéndolo en todo su peso, y lo condujo hasta la habitación para depositarlo en la cama, penetrado por un exagerado sopor que producía la solitaria realidad de esa muerte.

" Se le habían comenzado a morir los perros - me dijo Inés Sahir, entresacando de un penoso examen de su memoria - y por lo tanto era como cortarle su mejor contacto con el mundo. Ya no tenía nada por lo cual vivir, y se cerró como las dos hojas de una puerta sobre su pasado".

Alfonsina Bairán vendió " La Estrella de Oriente ", y sumó un agobio a lo que podríamos llamar capacidad de desdicha. Había querido a un extraño que era su padre, y ninguna voluntad de la imaginación podría asumir la tarea de recobrar la historia oculta que ahora la muerte aliviaba. Como un testimonio de la desesperanza, en aquel momento se aferró a una comparación, surgida de la circunstancia de que tanto su padre, Haffe Bairán, como su esposo, Alberto Cuadra González, tenían un origen distante, sin que los ahogara la melancolía.

" El silencio para papá era como una piel en la que estaba cosido - escribiría ese día -. Sé que me amó mucho, pero es muy poco lo que puedo decir de esa forma especial de aceptar la vida. En eso se parece a Alberto, se incrustaron en este mundo y se replegaron como si estuvieran de paso, y creo que ambos, a través de mí, le han dado sentido a lo imprevisto del destino que les deparó esta inmigración".

Estaba muy alejada todavía de lo que le tocaría vivir, y por lo tanto el juicio resultaba mejor que la desgracia; pero en lo que respetaba a Alberto Cuadra González, el ordenar el pasado de estos hechos me indicó



que el sentido de la vida de éste no se podía meter en la misma bolsa que el de Haffe Bairán . Creo que ella lo sabría también, por el aire inquieto que rodeó la muerte del español de su sueño, y porque fue esta muerte, y no la de su padre, la que transformó ese sentimiento de espectador que tenía su vida.

La desaparición de Haffe Bairán bordó la trama de la existencia que la ligó al marido sin garantía de felicidad, y viéndolo desde las circunstancias en que escribo estas notas, y peor aún, desde la resolución que envejeció en su rostro y que la llevó a atropellar todas sus virtudes, y a convertirse en una dama indigna; se podría afirmar que el amar de una manera tan impremeditada fue la causa de su indefensión, y de su necesidad de venganza. No sé si me extravió dibujando desde ahora ese perfil, pero es claro que estaba condenada a tropezar, a improvisar sus armas, a llorar en silencio mirando el torbellino. Y desde ese momento, desde la muerte solitaria de Haffe Bairán ( que ella recuperó en sus notas con redondas letras, pero con frases que me parecieron invulnerables, como queriendo herirse, o herir al mundo ) sentí que eran los hechos que ocurrirían después los que la empujaban, y que por eso la muerte de su padre servía sólo para tocarse las lágrimas.

La vida le prestó un ademán de resignación, y la envolvió en la mitología de lo cotidiano, que guarda el sueño de la virtud, y aplaca lo quebradizo, o dudoso u oscuro que deja la existencia. Y a ello contribuyó el marido, Alberto Cuadra González, puesto que el amor que le dedicaba, suplió el vacío, la franja que había abierto la muerte silenciosa de Haffe Bairán.

Después de la boda, se habían mudado por la parte alta de la capital, en un caserón de madera con muchas habitaciones y techo de zinc, y algunas veces, en lo momento en que Alberto Cuadra González estaba trabajando en el colegio y la sorprendía la lluvia del verano, abrazada a sus rodillas pensaba en la niña perdida que en ese momento se abrumaba en la oportunidad de vivir. Como cuando él la conoció, vivía para las anticipaciones de otro, sólo que el regulador de la vida dentro del matrimonio, cumplido entre espigas o claveles, tenía el premio indudable de la multiplicación que en este caso, no se dio. No tuvieron hijos; escuchando el repiqueteo de las aguas del verano sobre el zinc calcinado, Alfonsina Bairán no tembló, como su padre, oyendo el gorjeo enternecedor que lo llamaba desde la cuna. Era como si su prole, trashumante y pequeña, fuera sólo dibujada y olvidada. A veces pienso que este fue el motivo por el que ella mantuvo su resolución, ya que muerto el padre y el marido, había poco que defender. Se comprenderá, además, que una mujer así, siempre tuvo razón.

Por los datos que he podido recolectar, el comportamiento de Alberto Cuadra González fue ejemplar. Siguió trabajando, como profesor de colegios católicos de enseñanza secundaria, y entraba y salía de la casa cumpliendo un rito universal, fundamentado en la manera en que se

había imaginado el amor. Cuando murió Haffe Bairán , se había opuesto a que Alfonsina se quedara con el negocio, cómo en forma muy discreta había insinuado Don Paco Cuadra, pero se comprometió a impartir otra tanda de docencia, por las tardes, como una sustitución merecida o inventada. El se ocupó de ella en aquellos meses remotos, y es posible que le besara los pequeños ojos claros humedecidos, intimidado frente al mismo secreto, mirándole envejecer y espiando el perfil, con algo muy alejado en la conversación, postergando la escena de soledad que, como a Haffe Bairán , amenazaba tragárselos.

Después de sus dos ciclos de trabajo, Alberto Cuadra González leía e inventariaba los diminutos júbilos que la vida podía proporcionarles. Creo que para ella, en esto reprodujo la estrategia de la existencia de Haffe Bairán, aislándose en los jeroglíficos de una meditación, y porfiando con un silencio que la hacía sentirse distante de él. Todo comenzó a cambiar a finales del mes de enero de 1940, con la llegada de algunas goljetas de inmigrantes españoles, y las entradas y salidas que él realizaba después de regresar del trabajo.

Como si ya no estuviera impregnado de desarraigo, ella lo veía colaborar en la confección de un periódico, en la preparación de una reunión, en la organización de un campeonato de ajedrez, en la redacción de una proclama; en fin, que el hombre se convirtió en el ejemplo de obrería, y casi se puede decir que entonces prescindió de la nostalgia . Ella había desaparecido de su vida como preocupación fundamental , es cierto; pero desde la llegada de los inmigrantes, descubrió lo que subsistía en la doble vida secreta del españolito de provincia y bombachas que vino desde el muelle con su luz de la plaza a encandilar su vida; y el esposo que en la pausa del trabajo le miraba los ojos en un silencio particular, adormilado en la blandura de un pasado desconocido. Entonces, fugazmente, se convenció de que su infortunio era inevitable, y lo amó más que nunca, en la levedad de lo que aún estaba convertido en sombra en su instinto de mujer.

Como el amor está en la vida, en vivir, ella lo siguió, porque a pesar de que, en medio de tanta actividad, llegó a ser un agradable extraño, sintió la alegría de verlo vivir, y buscó en su alma salvar ese instante, para él , para su elegía , y contra el miedo antiguo que la ocupaba en todo momento de exaltación. Hasta asistieron a una actividad, en el Centro Democrático español, organizada por los exiliados, donde se declamaron poemas y leyeron declaraciones a favor de la causa española, y donde ella rio sofocada, escrutándole los ojos a su marido, espiándole el dulzor que se le arriesgaba en el rostro, como un error, como una mancha esperanzada.

Allí conoció a un español inolvidable, bromista empedernido, con una rosa en la solapa del saco ( como Don Paco Cuadra, apuntó ella ), que se reía y dejaba ver unos dientes de oro cuando lo festejaban. Se llamaba Valeriano Marquina, y aquella noche produjo un discurso que la dejó

físicamente perdida. Tongoneándose sobre sus piernas, y apuntándoles con un dedo que marcaba una línea imaginaria, Valeriano Marquina dijo cosas que conformaron un rastro, una pista, una brizna de otras vidas distantes, una lucha que prefiguraba la dimensión de un mundo desconocido; y ligó el destino personal de todos ellos a su tierra nueva, a lo que pudiera ocurrirle, a sus victorias y sus derrotas. Lloró desde el púlpito, Valeriano Marquina, atravesado por fragmentos de su discurso que no llegó a concluir, pero que los demás adivinaron y lloraron con él, en la cúpula de un dolor ya hecho, ya vivido, ya compartido desde el primer temor.

Las miradas se quedaron paralizadas, cuando Valeriano Marquina terminó su discurso, y como en los playones desiertos, se oía un golpeo que quizás si venía de los corazones desacompañados. Después de un segundo, cuando al fin inició el deshielo bajando lentamente la tarima se abalanzaron sobre él, abrazándolo, tamborileándole afectuosos en las espaldas, quizás reencontrados en tantos sentimientos evocados y perdidos en su desajuste por la huida del país natal. Ella sintió el dolor de la ambigüedad de los velos patrióticos, y anotó que su marido no se movió del asiento, aunque se le fue pareciendo a un Alberto Cuadra González conmovido, como el de la tarde en que el oficial del parque golpeaba al muchacho, y que se asemejaba cada vez más a la tierra escogida.

Valeriano Marquina, en cambio, sí los fue a saludar, y se apartó un buen rato con Alberto, en un rincón del salón, en una conversación que ella siguió en la pintura de los dos gesticulando ferozmente, debajo de las banderas y emblemas del republicanismo español, hundiéndose en los manchones de sombras que el tremolar de las banderas arrojaba sobre las dos siluetas. Después llegaron hasta donde ella estaba y rieron durante toda la noche, ajenos a uno u otro destino. Valeriano Marquina, recordaría ella, le tocó la mejilla, y aunque reía en ese momento, ella lo vio a través de las lágrimas, embelesado, en un reposo melancólico, como cuando tronaba desde el púlpito.

Los refugiados llegaron al país y regaron una cierta inconformidad contra la muerte de la libertad que es el silencio. Actuaron a plena luz del día, o embozados, y tal vez simularon o mintieron, o se vendieron en el sombrero lila de las tardes del trópico, pero las calles empedradas de la ciudad dormida no fueron las mismas para el españolito que recorría la vida como un cansancio, ni para muchos, a quienes había estremecido su presencia.

Se hicieron sentir hasta el año 1944, más allá del cual el gobierno no los toleró, y los fue acorralando, hasta irradiarlos casi en su totalidad, truncando el reposo melancólico que Alfonsina Bairán leyó en los ojos de Valeriano Marquina, aquella noche memorable, distante de la continuidad del viaje que le imponían las autoridades a esos trashumantes perdidos. Para ella, los inmigrantes se marcharon como gitanos, dejándole la dulzura casi infantil del rostro lloroso de Valeriano Marquina. Pero para él

sobrevino el ensimismamiento, la ruptura de un puente en cuyos extremos había dos girones de vida, opuesto uno del otro. Volvió a la rutina de las clases, y según me dijo ella, escribía poesía en un cuaderno que yo busqué con avidez la noche del fuego, pero que al parecer él iba destruyendo, hoja por hoja, como si la poesía que escribía cumpliera su misión en el deleite de verla realizada y después destruida. Lo digo porque la noche del fuego lo que encontré fue el cuaderno deshojado, y unas cuantas páginas, todavía en blanco, y con un título provisional, debajo del cual se había intentado iniciar un poema.

Hay un largo tiempo que transcurre en la oscuridad, en lo que respecta a la vida de Alberto Cuadra González. La oscuridad es siempre una bruma alrededor del hombre, y a pesar de que he hurgado en lo posible aspectos que están directamente relacionados con él, no he podido apaciguar la curiosidad de saber qué acto de su vida lo aproximó a la flor del peligro. Todo lo que consigna sobre él, en conversaciones con allegados y compañeros de trabajo, después de la partida de los españoles exiliados, es un floreo a la más fina discreción. Están, sí, los escauceos de un pensamiento huidizo, sobre todo en las clases, que sembraba esbozos de inconformidad, en la galanura de una frase bien hecha. Pero él habló solo, o con su cuaderno de poesía, adaptándose al silencio como si conociera una horrible pena.

Catorce años después de la partida de los españoles; veintitrés de la tarde en que se quitó el sombrero en la dársena del río Ozama, y veintiuno de su matrimonio con Alfonsina Bairán, lo trajeron muerto, con una bala en la cabeza, en el anochecer del 16 de julio de 1958. Tenía cincuenta y dos años, y la muerte olvidadiza no le borró a ella la memoria del bello rostro que volteó la rueda y el timón de su vida, mientras flotaba y se hundía en esta súbita edición de la muerte. Estoy seguro de que la bruma que la envolvió no fue suficiente para impedirle mirar la escena y predecir el futuro, puesto que ante su cadáver, sin comprender el móvil de aquella muerte altanera, se alisó los cabellos con una mano automática, y enterró el día en la resolución que fue, desde ese momento, un silencioso y oscuro sacramento.



La olvidaron de diversa manera. Ya fuera porque su dolor pareciera la sombra del orgullo; ya porque al enclaustrarse en esa pena indecible se convirtió en la divina armonía de sí misma, y se alejó del círculo de su agonía. La olvidaron, además, porque durante poco más de seis meses los vecinos miraron el viejo caserón de madera con sus puertas cerradas, y primero fabularon un tormento, una conmisericordia inimaginable; después, porque la gente muere también cada día, acabaron conviviendo sin alteración con la casa cerrada y el antiguo linaje del silencio. Una que otra vez, Inés Sahir tocó la puerta del caserón dormido, y los vecinos vislumbraron la imagen de una mujer enfundada en traje negro hasta el cuello, que ofrecía la minúscula porción de una sonrisa a la amiga de antaño. Pero nadie la vio salir, ni la oyeron vociferar en altares leyendo un libro sagrado, o enmendar sus ruegos con blasfemias. No, Alfonsina Bairán murió también, para todos; y resucitó un día, desconocida, pasándose la mano por la frente como para disipar una nube, como si acabara de despertarse.

Todo el barrio corrió a ver a la vieja dama. Tenía cincuenta años estaba vestida de negro y deshilvanaba una extraña presencia al caminar, un porte hermoso, desafiante, que apoyado en un bastón decorado con pequeños ángeles, quizás si estuvo fermentando detrás de los pesados postigos del caserón de madera. La vieron abrir las puertas con lentitud, presentar una perplejidad en el rostro por el leve sol del atardecer, y enmarcar la silueta tras un tirón que dio a la mantilla negra que viniendo de la cabeza se le regaba en la espalda. Probablemente advirtieran una fatiga sobrecogedora, y las canas que la traslucían en una pátina plateada, pero cualquiera que haya sido el confín donde la memoria quedara prisionera, todos admitieron que la vieja dama era todavía hermosa, y que el primer día que salió a la calle, después de la muerte violenta del marido, resultaba imposible no quedar en suspenso, ni dejar de ver la oscuridad a su alrededor, como erigida y perfilada desde sus propios planes.

Dos días después la vieron salir de nuevo, y regresar con dos gigantescos perros, sujetados por una misma correa. Pasó frente a la pequeña Iglesia de San Pedro, que estaba al doblar de su casa, y el Padre Luis la saludó con cordialidad por última vez. Las beatas que lo rodeaban la miraron aletargadas en los recuerdos más dolorosos, y rozaron la aspereza de la vida, ante tanta desgracia, con una oración silenciosa, alisándole el camino frente a la tragedia que parecía perseguirla. Pero ella mostró una sonrisa en la que era fácil perderse, y ajetreó los perros moviéndoles el collar, como si el viento hubiera cerrado para siempre esa puerta del pasado, y a nadie le fuera permitido compadecerla.

A la semana siguiente la vieron pasar con una pequeña cuadrilla de trabajadores que derribaron las divisiones de los primeros cuartos del viejo caserón de madera, convirtieron la antigua sala en un amplio salón, transformaron las dos puertas de entrada en una sola puerta ovalada,

fijaron una columna de cuatro caras en medio del salón, que tenía en cada una de ellas un espejo de tamaño natural, en los cuales después se mirarían los parroquianos de cuerpo entero, y labraron una barra de pino, casi circular, y una pequeña tramería que se quebraba a cierta distancia. Alrededor de la barra pusieron banquetas pequeñas, y esparcieron unas ocho mesas en todo el espacio del salón. Quedaba un pasillo largo que iba a las dos únicas habitaciones que restaban, y un baño. La habitación final fue obstruida con una división de madera, y una puerta de acceso. En ella se mudó Alfonsina Bairán, con lo imprescindible que pudo quedarle después de despojarse de todo lo que juzgó innecesario, y con sus dos perros. En la otra habitación vivirían las muchachas.

El barrio entero se conmovió en medio de una incertidumbre memorable, pero ni siquiera al que más estuviera escociéndole en el cuerpo la interrogante sobre las transformaciones que operaba en su casa Alfonsina Bairán, se le hubiera podido ocurrir lo que empezaron a comprobar por el prestigio gozoso de la música que inundaba las tardes del pedazo, pero sobre todo, por las lentejuelas y las faldas pajizas de las putas, que riéndose estruendosamente, hicieron su primera entrada al "Bar de la Turca".

En la maraña de acontecimientos que ferozmente rodearon la vida de esta mujer, el "Bar de la Turca" era una pieza clave de una forma de la venganza que aporta la autodestrucción; pero en el barrio fue una descomunal grosería que obligó a constituir un comité de moralización barrial, bajo la presidencia del Padre Luis, y un grupo de redacción que escribía, por los menos, semanalmente a la sección "El Foro Público", del periódico "El Caribe". Se organizaron veladas santas destinadas a hacer conciencia sobre el peligro que se cernía contra el vivir cotidiano, y más de una vez, unas poco triunfales procesiones recorrieron las calles bullangueras con unas beatas enronquecidas que agitaban unos mantos sagrados con la imagen de la Virgen de la Altagracia. Pero el "Bar de la Turca" se fue afianzando. Penetró en la floresta del diario vivir, y guiadas por un instinto misterioso, las beatas del Padre Luis aplacaron la fiebre de su fe, y rociaron con agua bendita las puertas de su casa para aislarse de lo que allí existía. La vida tomó entonces un ritmo de alivio, y Alfonsina Bairán, que cerraba los martes el "Bar de la Turca", pasaba con sus dos perros por las puertas sin nadie, donde lo único audible era el rumor de la gente que se sentaba en el patio para oírla pasar, en el ángelus evanescente, desteñido, del atardecer del trópico, que emparejaba el misterio de las campanas con el de la vieja dama y sus perros, y las sombras de los demás que existen y cuentan para el misterio.

Creo que terminaron por confinarla al remanente de cordura que la recuperó como una diosa llorosa de la maledicencia. Y lo digo porque esta misma gente que le cerraba las puertas al verla pasar con sus perros, lloró por ella, la noche del fuego, cuando ya todo se había consumado y cualquier pundonoroso dolor equivalía a una complicidad. Además, el

"Bar de la Turca" se fue haciendo una celebridad.

Nadie supo cómo Alfonsina Bairán levantó en poco tiempo el entrampado de un negocio que no conocía, pero lo cierto es que se rodeó de muchachas bonitas provenientes de distintos pueblos del interior, cuatro de las cuales vivían con ella en la habitación próxima a la suya; y demostró condiciones de matrona puntual, rígida y complaciente, puesto que su sistema la hizo heroína del afamado pleito de la carne, y eran muchos los que solicitaban sus favores, y sin tardanza, pero no sin estrépito, su fama fue sinónimo de su poder. Los militares y funcionarios de los servicios de seguridad del régimen se hicieron asiduos del lugar, y respiraban el aire del salón, y el ritual de las putas, que empezaban a llegar a las siete de la noche, y una a una se detenían en el espejo, y se corregían el desliz del pelo, o se insinuaban un poco más el escote, o retrocedían, en la gesticulación que le duplicaba la imagen, a los años felices de la infancia, despoblada, y ni siquiera tan remota.

Las muchachas hacían el amor en el Hotel "Saratoga", y la tratativa del caso se efectuaba directamente con ella. Me resultó curioso el procedimiento: después que se había consumido algo se entablaba una conversación, y si ella aceptaba llamaba a la muchacha y le ponía una flor roja, de plástico, en la cabeza. No había que pagar nada adicional por eso, sino desandar el sendero que lo llevó a solicitar la mujer, y atravesar la puerta ovalada, resistiendo el pantallazo de la mujer con su flor de plástico, a veces tomados de las manos, contemplados por todos, camino de la meta que han fingido, ellos también, anhelar. La primera vez que lo vi, junto con las muchachas llegando y colocándose frente al espejo, a empolvarse o a fumar mintiéndose en un monólogo, me supuse una conspiración. Todo me parecía muy teatral, muy poco copiado de la vida, como para que se asemejara al comercio del sexo. Alfonsina Bairán colocada en semicírculo que hacía la barra, con una dimensión majestuosa que le proporcionaba la pequeña tarima sobre la que se colocaba su mecedora, frente a una especie de caja registradora y un fichero con tarjetas numeradas, lo que le permitía dominar en un solo vistazo todo el escenario. Al entrar, uno se abandonaba a la facilidad de mirarla: su traje negro que remataba en el cuello señorial de encajes, sus ojos vivaces, su bastón con arcángeles, recostado en un extremo de la caja registradora; sus cabellos negros recogidos en un moño aristocrático. Al lado tenía un pequeño cesto con las flores de plástico que colocaba a las muchachas, y el aparato de música, que ella misma operaba, con una extraña indiferencia, con un perfil pavoroso.

Esa imagen se duplicaba por el espejo que la recogía, y yo la creí eventual, pensada, a punto de esfumarse. Habíamos ido atraídos por la curiosidad que había despertado el "Bar de la Turca", un sábado de estudiantes, y estaba a punto de frustrarme frente a la oscura travesía de esa imagen de mujer, cuando comenzaron a entrar las putas. Las cuatro que vivían en el lugar salieron del pasillo que lleva al baño, la música de un



merengue se extraviaba en el aire, y ellas se incorporaron al ritmo, deteniéndose brevemente frente al espejo, besando a Alfonsina Bairán, que estaba ya en su puesto de mando, y ofreciendo sonrisa sin que contara la voluntad. Eran como la ocho y media de la noche. Media hora después, comenzaron a llegar las demás.

Las que llegaban de fuera intercambiaban saludos de manera estruendosa, se detenían un poco más frente al espejo, y se tensaban las pequeñas medias de sedas, construyendo el emblema de la sensualidad, afianzando la antiguas y minuciosas infamias del oficio. Recorrían el salón como si ofrecieran alguna cosa deseada, y luego de besar a la dama, se recogían, entumecidas en la falsa transparencia de la lozanía que prometían. En poco tiempo, el rosa de las caras de las putas se incorporó al ambiente, y anuló la solapada incomodidad del corpiño, la tibieza maternal de la matrona con el bastón de arcángeles que descompaginaba con el ambiente. Yo me sentí culpable por mi fuga, después, cuando todos se divertían, y me dediqué a observarle a la dama sus ínfulas de estatua. Era como si ante su presencia todos estuvieran arrodillados. Durante la noche, las muchachas salían y entraban.

Los hombres hablaban con ella; situados estratégicamente en un nivel inferior, se veían como arrodillados. Pero desovillaba una sonrisa irreconocible y movía un dedo, o llamaba suavemente por su nombre a la muchacha asediada, y le alisaba el pelo brevemente, como para protegerla del ultraje, hasta que le colocaba la rosa roja, de plástico, con lo que yo pensé era un cierto desagrado del alma.

Aquella primera noche que conocí a Alfonsina Bairán bebí más de lo que generalmente aguanto, y me la clavé en el subsuelo de los sentidos. Estábamos en el principio de 1959 y nosotros bebíamos, pero con la lengua estropajosa y todo, había que cuidar la cabeza. La desleí esa noche hasta que tuve los ojos globosos, y la solté entusiasmado, viejo contra el reborde de lo que en ella me era imposible conocer. Pero la olvidé, y no se me ocurrió regresar al " Bar de la Turca ".

A finales de 1959 entré al " Movimiento ". Nos habíamos reunido para luchar contra muchos aspectos de la vida cotidiana que nos lastimaban, particularmente contra el reinado del crimen y la ausencia absoluta de libertad. Nosotros no teníamos experiencia de lucha, la misma tijera abusiva que cortaba tantas vidas en esos momentos, nos había privado de pensar. Pero nos organizamos en grupos de cinco personas, y nos reuníamos y distribuíamos literatura contra el régimen. Trujillo no era cualquier régimen, y todo el resto innoble de lo que se vivió es superior a mi propia capacidad de fabulación. De modo que fue luchando contra esa oscuridad que yo me volví a topar con esta otra.

El " Movimiento " me encomendó obtener información en lugares de diversión al que concurrieran militares de alta graduación o miembros de los servicios secretos. Junto a mis amigos José Ruiz y Felvio Padilla, comencé a visitar y a intercambiar en el " Bar de la Turca ". Para entonces

era un lugar que tenía sus hazañas memorables, y sus martes tranquilos, sus pleitos históricos y hasta el asesinato de una mujer, muerta a manos de un cliente romántico, a quien todos llamaban " Color de Oliva ". Había un guardián en la puerta, encargado de chequear a las putas al salir, para comprobar si llevaban la rosa puesta. Había sido el amante de la que mató ese que llamaban " Color de Oliva ", y la primera noche que volví al lugar, viniendo desde la puerta, con su chistido agorero, se abalanzó contra uno de los espejos y dijo, gritando :

- ¿La vio, doña, la vio ?- Estaba parado con la cara puesta en la superficie del espejo, y Alfonsina Bairán levantó el rostro y le miró las dos lágrimas.

- Siéntate, Nelson - le dijo - esa mujer esta muerta. ¿Alguna de ustedes le dio de beber ? - preguntó, refiriéndose a las muchachas, con autoridad.

- La vi ahí, en el espejo, ahora. Se lo juro, doña, - reafirmó él. Pero ella se levantó y tomó su bastón de arcángeles, dio una vuelta para eludir la caja registradora, y llegó hasta el hombre, enternecida, poniéndole la mano en la nuca como para amansarlo. Se lo llevó con un guiño aliado, limpiándole la tibieza de las lágrimas, y dejándolo en la puerta, retrotrayendo la noche al punto de la mirada que la observaba a ella regresar con su vestido negro y sus cabellos recogidos en la nuca.

El bar había cambiado, desde la última vez. Era más espacioso, sin que yo pueda, con certeza, decir por qué. Quizás si derribaron una pared y añadieron la casa contigua. El aparato de música que operaba la misma Alfonsina Bairán había sido sustituido por una " vellonera " que operaban los propios parroquianos, y la decoración preparaba para la noche. Pero en sentido general, ella era la figura atrayente, con su personalidad dominante, y su método de colocar la rosita frívola en los cabellos de las putas.

Acabamos por llamar dos muchachas y entre tragos y cigarrillos Hollywood nos ocupamos de su barata intimidad. La que se llamaba Bartolina era muy joven, risueña y casi bella, con su vestido de tafeta rosada, ajustado al cuerpo, en el que se daba un juego de reflejos y contraluces. La otra era la réplica de la astucia con maquillaje. Ofrecía como un prólogo de sensaciones placenteras, y se cerraba gatuna, en la crueldad de los labios pintarrajeados. Se llamaba Martha, y el nombre como que se le ajustaba a la historia clandestina que aleteaban sus ojos cuando los entornaba. Yo busqué averiguar algo sobre el muchacho que se había abalanzado sobre el vidrio, y fue Bartolina la que contestó:

- Era su chulo - dijo, rotunda, en un sesgo inesperado. Yo volví la cara para mirar a la vieja con impunidad, y la oí cuando agregó, triste :

- Se la mataron casi en los pies, y ahora la ve casi todas las noches en el espejo. Se llama Nelson Nova, baña los perros de la doña.

Entre las fantasías que corren en la imaginación se me ocurrió una que iba más allá de la trivialidad de la fiesta, pero la espantó - la trompeta

de un mariachi mejicano que acompañaba las muy célebres canciones de Pedro Infante, y que un militar, ardiendo de nostalgia había marcado en el aparato, con un gesto de relumbrón, medio incomprendido y entrelazado a una ofensa imaginaria que necesitaba exhibir. Miré hacia la caja registradora y vi que Alfonsina Bairán se levantaba con dificultad, iba al pasillo y hablaba de pie con un militar. Me pareció que solemnizó su regreso con una fina vileza que le descubrí en el rostro, por primera vez, en el envoltorio rugoso de todo lo que en ella no compaginaba con el ambiente. La recobré mala, hecha para la trabazón del impudor, y sin extasiarme me levanté de un impulso y crucé el salón, viendo nacer su rostro, la pequeña mantilla, el moño discreto, la tez rosada, todos esos puntos de sutura que me permitían completarla, o presumirla, en el interés mío que le estaba dedicado. Le hablé por Bartolina, subiendo un poco la voz para disimular la pifiada y porque la música desventajosa me rompía el esquema. Dijo :

- A mí no me importa, joven, pero ¿es su primera vez ? -

Yo la observé por el espejo : se arregló el pelo, aseguró el orden de las pequeñas tarjetitas, terminó de acomodar el bastón a un costado de la caja registradora.

- No, señora - respondí, bajando la boca, tieso, mirando hacia la mesa, salvando mi idea de este momento, construyendo un recuerdo. Entonces llamó a Bartolina moviendo un brazo, arqueó el cuerpo y tomó una rosa del pequeño cesto. Cuando la muchacha llegó le colocó la rosa en el pelo, y torcida de cuerpo, y quizás también torcida de alma, le susurró al oído, en plan de súplica, entendí yo, que para mi desgracia me tenía por centro.

Atravesé el salón crucificado, y detrás de cada socarrona mirada podía sentir la sensación de una embestida. Silbé para mi propia ridiculez, silbé para alumbrarme el rumbo, silbé la amenaza de mi propio chantaje. Llegué a la mesa y nos sentamos brevemente. Pedí una Hollywood y una cerveza Presidente, dejé cinco pesos y me levanté, tomándola por la mano, como para desmentirme.

Afuera, le dejé caer un peso de propina a Nelson Nova, quien me miró con los dientes brillantes de saliva y me guiño un ojo. Había pasado lo peor y la abracé con la frescura de la noche. Así llegamos hasta el hotel " Saratoga ", que estaba a dos cuadras, ella empequeñeciéndose contra mi cuerpo, y yo casi resguardándola.

En la habitación se me vino inesperada y estupenda. Hizo volar los zapatos por cualquier rincón y sigilosamente se desvistió, me aplastó la cabeza contra su vientre, me acunó solícita en su sexo, y se fue deslizando desde mi pecho áspero y firme, untándome con saliva, besándome con los ojos cerrados, humillándome allí, entre los mulos, hasta que todo su cuerpo era una adquisición, un descubrimiento, una conquista. Mientras la penetraba miré un cuadro con lebreles que había colgado de la pared, y me encogí y le agradecí como un niño dormido.

Desde la cama, observé los flecos de la cortina dorada, y quizás dormité, enclaustrado en la tibieza de su cuerpo.

El tiempo vuela, como dice todo el mundo, y aquella habitación era medio tristonera después de haber hecho el amor. De modo que nos vestimos y nos trepamos en la noche, con un manto de estrellas sobre nuestras cabezas que casi se podían tocar. La dejé en la puerta y enrumbé hacia mi casa con las imágenes que se concertaban; seguro de que en la habitación del hotel "Saratoga", aquella noche, éramos más de dos los ocupantes.

#### IV

La habitación estuvo siendo lamida por el sol como hasta la diez de la mañana. Era un cuarto pequeño con una puerta de dos alas, y una ventana alta. La luz del sol entraba por la mañanita y se colgaba en las vigas de hierro, casi desnudas; en declive desde el techo; y después iba pateando las cosas. Blanqueaba el banco y fulminaba los libros. Recorría la mesa como con un pañuelo, y saltaba hasta el cuadro de Mamá y Papá frotándolo para hacerlo desaparecer. De súbito me arrinconaba en la cama, donde yo leía un capítulo de Derecho Civil, y se iba tragando la sábana a saltos, con límites precisos. Yo me divertía jugando a seguirla, tranquilo desde mi sitio contra la pared, especialmente los sábados que tenía tiempo para hacerlo, y ganas de pensar con impunidad. Era sábado y yo había estado jugando a perseguir el lamido del sol, cuando vi acercarse la sombra a los postigos grises de la puerta. Oí mi nombre dos veces; pero como si nadie hubiera hablado me recogí en un alerta sin responder. La sombra fue sorbiendo la luz de dentro y, empujando la puerta, de ella brotó José Ruiz, escondiendo los ojos para adaptarse, mirando con un calculado efecto de teatro el desorden del cuarto. Cerró la puerta y se sacudió la cabeza despeinada, poniendo sobre el banco un maletín marrón que llevaba consigo.

- Tenemos algo que hacer, te he estado esperando toda la mañana.

- Es sábado - dije, - y no son ni la diez.

Lo vi cuando torció la cabeza y descubrió la lengua de luz que bordeaba la sábana, abrió el maletín y rodeado de miedo sacó una hoja impresa que tenía una pequeña foto en el medio.

- Toma - dijo, con una palabra corta y rabiosa - lee y mira. Hay un plan, en relación con eso, y tú y yo debemos cumplir una pequeña misión.

En el volante se denunciaba el apresamiento, y posible muerte, de un seminarista llamado Valentín Abad. Se precisaba la fecha y hora que fue detenido, y se afirmaba que el hecho era la obra de un mismo silencio, de una misma locura que estaba contrayéndose y que de no tomar conciencia de ello acabaría por tragarnos a todos. Estaba en la foto, en la que aparecía un hombre detrás de su barba, una figuración. Leí y me incorporé, abandonando el suave calor del lecho.

Mientras me vestía, sosegué una cólera que me pareció impropia, fingida, y observé que José Ruiz sacaba todo los volantes del maletín y hacía dos paquetes contra su ropa, contra sus ojos que habían perdido la curiosidad y hablaban únicamente de peligro.

- Bueno - exclamó, tocado por la luz del sol de las diez de la mañana - tenemos que distribuir estos volantes por la ciudad. Lo haremos casa por casa, echándolos por debajo de las puertas. No hay riesgos, nos dividiremos las calles.

- Bueno - dije yo mirando como un reguero de luz que empequeñecía nuestras figuras en las sombras.

Hubiera querido pensar en la pequeña foto lejana del volante. Quizás si fuera un hombre de uno veinticinco años, pero imposible

afirmarlo. Quizás sí, viniendo desde la pequeña muerte que le suponía destinada, su cara me hubiera resultado sin nevrura, conmoviente. Pero él habló, ahuecando la boca y contorsionando, al borde de los labios, la punta de la lengua.

- En cuanto a ti, tienes otra misión. Ponte un saco, hay que llevarle una cantidad de volantes al Padre Luis, en la Iglesia San Pedro. Es tu zona, por el " Bar de la Turca ", él los distribuirá mañana domingo, en el confesionario.

Estuvo contraído mientras yo buscaba el saco en el armario, y perdía los rasgos que se le configuraban en el rostro, como si acariciara con su miedo, o con su lástima, las pausas de un próximo destino. José Ruiz estudiaba derecho, junto conmigo, en la Universidad, y en cierto modo por él había recuperado el adormecido sentido de la vista. Es meticuloso, inteligente, y donde uno se detiene por miedo o por piedad, él apura el peligro, o amontona palabras para dar luz y escarbar lo prohibido. Así entré yo en el " Movimiento ", por él, por lo que decía, por lo que sacaba a flote cuando hablaba de todas aquellas existencias que envolvían lo que los enfurecía en el silencio, en el miedo, en el presentimiento. Lo seguí mirando mientras me acomodaba los volantes en los bolsillos del saco, y pude repartir, en una idea, los pasajes de su pensamiento que lo atravesaban.

- ¿Debo decir algo, para fines de identificación ? - pregunté, mirándole los labios secos.

- Sí, - dijo él, pasándose la lengua por los labios y bajando la voz - , tú le preguntarás ¿ha llegado Gerónimo ?

- ¿Y entonces ?

- El sabe lo que tiene que hacer. No le des los volantes hasta que no te los pida.

- ¿Hay una hora a la que tenga que llegar ? - pregunté.

Habíamos empezado a caminar, y él se interrumpió la gravedad del rostro para contestar.

- No, el Padre está siempre en la Iglesia, puedes llegar en cualquier momento, pero tiene que ser hoy.

Viví una mañana de puertas y escaleras, deslizando volantes por debajo de los pórticos, arrojándolos a los balcones, entrando a las barberías y depositándolos en las revistas, acomodándoselos a los sastres en las mesas de corte; y hasta lo ofrecí cara a cara, como un pájaro con su cola erguida, delineando la osadía de mi libertad en ese camino empedrado.

- Guárdese esa mierda, coño, y no me comprometa - me dijo un señor que leía el periódico cuando se lo ofrecí, y que después de echarle un vistazo rápido, sin terminarlo, se le transformó el andamiaje de la amabilidad con que lo había recibido. Me apesadumbraron las esquivas ganas de esfumarse que tenía ese hombre, abriendo los ojos para hacerme sentir el distanciamiento.

Tres horas después había recorrido la parte de la ciudad que me había indicado José Ruiz, y repartido la totalidad de los volantes que me había asignado. Actuaba con aire distraído, consciente, ahora, cumplida ya la misión de que la palabra y la vida, en esta ciudad, debían andar por distintos caminos. Pensé de nuevo en la foto borrosa del volante, y entonces sí me conmovió la cara barbuda, el rostro de edad indescifrable que había conocido hoy en la bruma del día. Sólo entonces me dolió su destino.

Llegué a la iglesia pasando por la puerta del " Bar de la Turca "; estaba cerrado, y los rumores, las voces, y todo cuanto contenían de infierno y alboroto las noches que solía ofrecer el recinto, parecían dormidos. La iglesia no, porque de adentro me llegaba un cántico de niños que deletreaban una heroicidad espiritual, estentórea en las gargantas presagiosas e inocentes de quienes decían en su canto que querían ser como Domingo Sabio. En el atrio, hacían un semicírculo, tomados de las manos, y el Padre Luis pautando los indicios de una dirección coral. Me alcanzó a ver desde arriba, en condiciones en que la mano y la cara atacaban un acorde con ferocidad, haciendo énfasis, añadiéndole al ritmo su propio entusiasmo con la gestualidad; pero, expuesto al sol de la ventana, no se movió. Esperé sentado en un banco a que terminara el cántico, y los niños fueron bajando por el corredor con un zumbido invisible, como un insecto que da vuelta y se aleja.

-¿ Me quieres hablar ? - preguntó él desde lo alto, firme en sus botines que se le alcanzaban a ver, con los cabellos humedecidos y un extraño cansancio.

- ¿Ha llegado Gerónimo ? - pregunté, sintiendo un inmotivado gozo, una lastimada solidaridad.

- Sí - dijo él moviendo los ojos, - sígueme -.

Caminó lentamente hacia el altar y atravesó una puertecita disimulada por una cortina, encogido, con las manos en los bolsillos, alterando rítmicamente los rasgos de la cabeza que aparecían y desaparecían bajo la luz que caía por los vitrales del fondo. Giró en el pasillo y abrió una habitación, luego torció la cabeza y me invitó a pasar. Rápidamente inventarié el lugar : la cama contra la pared, una pequeña mesa y una silla. Una foto de una mujer muy vieja, algunos libros en un pequeño librero, y el alba colgando de un clavo en la pared.

- Siéntese - dijo, mientras se quitaba la sotana, haciendo una línea débil con el dedo para indicarme el lugar. Se pasó las manos por los cabellos y se sentó al borde de la cama.

- Hay que atormentar a la gente, sacudir, estamos viviendo tiempos difíciles.

- Sacudir - dije yo, extrañado por la manera tan directa de entablar la conversación, indeciso.

- En particular, la Iglesia. Quizás no toda la Iglesia, pero es el caso que este tiranuelo nos retrotrae a la vieja Roma. ¿Trajo los volantes ?



- Sí, los tengo en los bolsillos.

Me levanté y comencé a sacarme los volantes en pequeños atados distribuidos en el saco. El desprendió los puños de la camisa y desnudó el antebrazo derecho, se recostó con la mano en la barbilla, afincado en el codo sobre el muslo, y se tocó la montura de los lentes. En el silencio, le miré el perfil con detenimiento, la manera de resbalar a las antiguas formas del odio que les eran prohibidas, el rictus y la perplejidad que lo hacían redondear los labios. Debía tener unos cuarenta y cinco años, había vivido y quizás sí ahora recordaba eso que todos tenemos para recordar cuando se renuncia a todo.

- Son éstos - dije, y comencé a preparar un solo paquete.

- Está bien, mañana los repartiré. Diré algo, además, en el pequeño sermón del día. Hay que sacudir, despertar a la gente, esta es una hora confusa.

- ¿Usted lo conocía, Padre ? Al seminarista, al del volante, Valentín Abad, digo.

- No, pero era un seminarista. Además, no es sólo por eso. ¿Usted no comprende ? se trata de las seis caras grasientas de la muerte. Por donde quiera se topa usted con ella, y todo en medio del silencio.

- Comprendo.

Lo golpeó en la cara, la luz, y lo obligó a achicar los ojos. Vacilaba o temblaba cuando recogía los volantes, alisándose y emparejándolos en un montoncito, con hastío, con la llama temblorosa del terror perdida en el rostro.

- El " Movimiento " - me preguntó - ¿Cuándo comenzó a trabajar en él?

- ¿Yo? ¿Eh? No hace mucho, entré en la Universidad. Creo que trabajaré en esta zona, es posible que nos volvamos a ver.

- Una gran amenaza - dijo, maquinal - cuídese, arriesga usted su vida. Le parecerá extraño, pero algunos no lo saben.

- Sí - dije yo, casi sin entender - no lo saben.

Lo observo cuando echa la cabeza hacia atrás y toma un libro del pequeño estante, se cuida de no espantar el gesto indescifrable que quiere ser de preocupación. Pienso que ahora son muy lejanas las ilusiones, y que los mismos caminos lo han dejado sin entusiasmo para hablar de la vida. Quizás si están solos ahora, él y su odio; él y su amor. Introdujo los volantes en el libro y lo volvió a colocar en el estante. Ha bajado los párpados.

- Padre - le digo, y lo veo levantar el rostro, como si lo hubiera sorprendido en medio de un pensamiento - ¿usted conoce a Alfonsina Bairán ? la del " Bar de la Turca ", digo.

- ¿La del " Bar de la Turca ? "

- Sí, la del " Bar de la Turca ". Debo visitar el lugar y me atrae su carácter, su misterio.

- Ah, entiendo - dijo él.

Se levantó y dejó caer los párpados, de nuevo, mientras se mordía levemente los labios.

- Es el tormento, esa mujer sí ha cambiado de veras.

- No comprendo, Padre. De todas maneras me parece que tiene una relación muy estrecha con los militares, y puede ser peligroso.

- La conocí en otra época, cuando vivía su marido. Era un hombre inteligente, español, como yo, y como dice el dicho, tenía los ojos llenos de alma. Se lo trajeron muerto un día, y eso la transformó.

- ¿Muerto?

- Sí. Tenía un balazo en la cabeza, un típico crimen político, usted sabe, aquí nadie tiene armas de fuego. Para muchos, su muerte fue un misterio. Siendo español, sobre todo; y un hombre dedicado a la enseñanza, nos pareció, en principio, una muerte inmotivada. Eso la trastornó, se hizo otra. Se levantó del luto y organizó ese Bar, al que, en cierta forma me liga una pequeña derrota.

- ¿Pero por qué dice usted " en principio " ?

- Es que después se han sabido cosas. Se dice que él operaba como correo de los españoles del exilio, y que le estaban siguiendo los pasos. Otros dicen que se le fue la lengua, en el aula, y que el hijo de un esbirro lo denunció. En cualquier caso, eso fue una muerte misteriosa, aunque más misteriosa aún es la transformación de ella, ya que, a mi modo de ver, no procede de los acontecimientos.

- Entonces, ahora, ¿cómo explicar sus vínculos con los militares ?

- No sé. Hay momentos en que uno tiene la impresión de que puede hacer lo que quiere. Yo no podría decirle si ella está delante, o detrás, del momento aquel en que le trajeron el marido muerto. Ahora bien, por instantes los pensamientos nacen a mis espaldas, y la siento tan alejada de la perversidad.

- ¿Pero y el lugar, el prostíbulo ?

- No podría explicarle. Es como si todo se hubiera detenido, y ella permaneciera allí, irguiendo su busto inmóvil sobre el mostrador, aguardando la hora.

La pensé reflejada en los espejos del pequeño burdel, con su cesto de flores, su caja registradora, y el aire golpeado por la música del pick-up que había en el lugar la primera vez que lo visité.

- Hace poco la vi - continuó él - cuando el crimen, en el Bar. Me mandó a buscar y yo me sentí sorprendido. Me han sucedido historias en mi vida pastoral, pero yo presentí que algo comenzaba en ese momento. Habíamos luchado contra su Bar; para no defraudar a mi feligresía, me aferré a la idea de que esta era una misión que tenía una cualidad rara y preciosa: la de enfrentar al pecado en su madriguera. Fui y ella pagó nueve misas por el alma de la prostituta que habían matado. No conseguí remontarme a mi misión salvadora, ella me lo pidió en nombre de Dios, con urbanidad, sin refugio, como si estuviera en regla con el Señor de los cielos y con el mundo.

Pensé que esa era ya una historia, y quise hablar. Pero él hizo un esfuerzo de conciliación, moviendo una mano, mirando la lejanía.

- Como usted ve - dijo, para imponérseme - ¿Qué cabe pensar de esa mujer ? En efecto, comprobé que algo había comenzado, pero lo que no puede es decirle en qué terminará. Tampoco sé con exactitud lo que ha empezado.

- ¡La absolución, Padre, la absolución ! - dije, sonreído - ¿Y todo lo que existe en su presencia, movido por ella ? A usted no ha podido persuadirlo, aunque tampoco se ha podido desprender de cierta forma de la conmiseración, pero a mí me parece que con sus rositas, sus conversaciones secretas con militares y su bastón de arcángeles, se pudre dulcemente.

- Ah, pero ni su juicio ni el mío significan gran cosa - dijo él - acaso si fuera lo que preferiría en ella. Pero ni su idea ni la mía son su verdadera imagen.

Me miró y se interrumpió, se calló brevemente y se dirigió a la puerta. Hizo como si fuera a abrir la puerta y cambió de idea. Yo escuché, en el fondo, las voces de los niños.

- Su verdadera imagen - continuó, poniéndose un dedo en la boca - de seguro que no escapará a la severidad de Dios, eso es importante.

Me di cuenta de que había robado mucho tiempo, y me levanté tomado por un sentimiento de angustia. El me miró con una ternura tan visible que pensé que ese hombre debía tener un límite.

- Bueno, hemos hablado bastante - dije , muellemente, sin alteración -Le agradezco, Padre. Ha sido verdaderamente interesante.

- Acentuó en el rostro un ligero aire de preocupación ,y antes de abrir la puerta , se viró y me dijo:

- Vuelva cuando quiera , y cuídese mucho.

Eran las tres y media de la tarde. Doblé la esquina y vi el letrerito "Bar de la Turca ". La bruma y el silencio de la tarde me hacían sentir amortajado . Unos meses después, la noche del fuego, recordaría con exactitud este momento.



Felvio Padilla había dicho en el teléfono :

- Pasaremos a buscarte, iremos al desfile.

Me dejé caer en la banqueta de mi habitación, y sin quererlo, a horcajadas de un lento torbellino encendido dentro de mí, me descubrí los pómulos. Lejana, la sombra de un pájaro pasó por la ventana. Aplasté la cara contra el espejo, contra un murmullo, contra la inconformidad de no reconocer mi rostro. Era martes, 27 de febrero de 1960. Afuera el pueblo iba a vivir su día, caluroso, al final de un invierno que la pantalla reluciente del cielo tropical dejaba siempre contraído. Eran fiestas patrias, y la gente de seguro ladeará sus sombrillas multicolores, codeándose entre la multitud, dejándose empujar, sonreída, aboliendo entre la muchedumbre, a la orilla del mar, las jerarquías sociales.

Si miraba por la ventana alta, las casas acorrajadas, desiertas. Los pequeños grupos de familia moviéndose hacia la parte baja de la ciudad, en dirección al malecón. Si encendía la radio: un solo mensaje. El periódico " El Caribe ", el único, dedicaba casi toda la edición al " Desfile de reconocimiento y apoyo a la obra de gobierno del Benefactor de la Patria ". El viento me traía el grito de una sirena, pero yo sabía que no sucedía nada. Salvo la enorme masa blanda que deambula con sus cartelones, fingiendo o entusiasmados sinceramente, con sus aderezos y su reguero de fuego, nada podía suceder. He pensado, de nuevo, en Valentín Abad. Me lo imaginé mirando por una ventana en la prisión, evocando recuerdos, morigerando sus indignaciones, sus esperanzas, fundado en la espiritualidad de su mirada, o en la disciplina aprendida. Después, lo pensé muerto, con su cara rígida, su tez violácea, y los ojos perdidos por lo incomprensible de la misantropía. Me sentí lleno de ideas generosas, excitado y cercado por la hostilidad.

Los muchachos llegaron antes de que yo recobrara la fe de mi infancia, y me rescataron del ineludible vórtice del tiempo perdido, en que uno medita en relación con la vida y un extraño exceso recorre cualquier explicación. Había tomado, sin saber en que momento, un libro de la estantería, y lo miré como si trasladara a él la curiosidad de un sueño recién interrumpido.

Tienes un libro en las manos, no lees ni adviertes que hemos llegado - dijo José Ruiz.

- ¿Qué hay ? - dijo la voz sin forma de Felvio Padilla.

Una brizna de luz serpenteaba en las columnas desnudas; sentí como un desamparo, como una agresión, como si alguien se estuviera burlando de nosotros desde la impunidad.

- Es eso - dije, señalando hacia afuera - La muchedumbre.

- ¡Ah, es eso! - apuntó José Ruiz.

Se dio vuelta y no pude dejar de mirarle la vergüenza, la tibia locura que lo mortificaba cuando la duda o la impotencia lo cercaban.

- ¿Pero tú comprendes, no? Trujillo necesita de estas cosas, internacionalmente, lo están aislando.

- Bueno, yo soy también mi pensamiento. Todas esas gentes, su algarabía, sus cartelones, acaban por derrotarme, cedo ante ellos.

- Están ciegos, coño, o tienen miedo, es todo.

- Yo tengo miedo también.

- Pero es distinto.

- ¿Distinto?

- Sí, para esa gente el mundo está bien como está, pero ni siquiera de esto se dan cuenta.

- Oh, es eso exactamente !

Ni siquiera de esto nos damos cuenta.

Lo dije y lo miré con orgullo. Para mí había algo de mi propio malestar en la frase, aunque no estuviera muy clara. Por los menos comenzó por ser impaciente, puesto que José Ruiz se me fue encima embozado, mientras digería penosamente la simplicidad de una idea que a mí mismo no me resultaba tan clara. Felvio Padilla se levantó y dio dos pasos en la habitación, ceremonioso, como encantado por el peso de una especie de inconsistencia de las cosas.

- Sería mejor irnos, " El Caribe " dijo que iría un millón de personas - exclamó.

- Sí - dijo José Ruiz, recuperándose - un millón . . .

" Ahora está atribulado - pensé - no quiere hablar, no parece conocerse. Le he hecho sentir la idea de que Trujillo es también esa muchedumbre ".

Afuera, la calle se nos brindó herida en pleno colorido. Las casas estaban embanderadas, y los pequeños grupos agitaban pancartas con la figura del dictador. El sol caía sobre el verdín de los árboles, y de rebote, todo era un incendio.

Mientras caminábamos, una señora con una niña ofreció un pequeño drama. Llevaba la niña en los brazos y había puesto en el pecho una foto gigante del tirano. Bailaba adelantando su rostro puntiagudo, poniendo sus ojos en blanco, arrugando la piel y riendo a medias. Parecía que en esa cara revieja se expresaba un momento divertido. En la ondulación de los rostros, las miradas expresaban aprobación . Entonces la mujer sacudió la cabeza y se echó a llorar. Hipeaba al borde del pequeño drama, retrocedía de la pompa y la algarabía del comienzo, a la confusión que no puede disiparse, y que fue borrando poco a poco las miradas de aprobación, mientras las lágrimas empapaban la imagen del tirano en el pecho. En este punto, la niña se sobresalta y empieza a llorar, desplegando sus manitas en el aire. Por el cielo ruedan blancas nubes, y el momento es ya mucho más confuso de lo que la prudencia aconseja. La gente se fue retirando en silencio, embarazados por sí mismos, encorvados bajo la apariencia del terror o la pena. Yo miraba todo lo posible el pavimento, las casas, los postes eléctricos, para no toparme con los ojos de José Ruiz; hasta que no pude más y lo observé empequeñeciéndose, buscando sin indulgencia un sentimiento de

fatalidad en la pequeña escena, que lo justifique, que lo rescate de la tribulación.

Cuando desembocamos en el malecón reventó un bullicio de sonos y gargantas enronquecidas, contra la hilera del mar, que golpeaba los acantilados, pero cuyo sonido nadie oía. Los altoparlantes se estremecían, traqueteaban el ritmo de un merengue y el estropicio crecía en furor, se enredaba en las miles de piernas que reproducían el ritmo, y se posaba en una especie de mueca voluptuosa que era el vuelo de la alegría, del festejo. Entramos en la multitud que desfilaba a la orilla del mar, y veía a los lejos escarceos de la luz, y el verdadero azul que ofrecía el mar, como un gigante olvidado.

Se desfilaba en orden, sin prisa; en el voluminoso rumor de la multitud cada quien sabía que tenía su lugar. Primero las Fuerzas Armadas. Después largas hileras negras de campesinos, con los huraños rostros al aire, entre marciales y festivos, empuñando azadas y machetes, como de regreso de un motín. Pelotones de obreros saliendo de interminables filas, con los puños levantados, gritando en desorden sus consignas, y hendiendo el aire que se convertía en un vapor azulado. Madres y oficinistas, manchando de tul blanco los rayos del sol, se entrelazaban en una parcela aislada, no agresiva, leal, ofrendando una rosa distinta del jardín público. Los niños, esos seres inestables, se reguindaban de su proverbial inocencia, y reían, sudando bajo los rayos del sol. Pero nadie temía a su metamorfosis, también ellos se detenían ante la forma del terror que los adultos habían inventado. Luego de una representación pormenorizada de todo lo viviente, desfilaban chiriperos y cambalacheros, alguaciles y poetas, putas y bomberos, homosexuales y practicantes de religiones no católica, serenos y masones, viudas y retardados mentales; en fin, que la unidad alrededor del dictador estaba pintada con gran exactitud, pero era vagamente obscena.

Nosotros nos envolvimos en una representación provincial que avanzaba con un decorado que caracterizaba la región, y un tumulto pétreo de personas que retorcían los brazos alborozados. Se salía de un punto preciso a todo lo largo del malecón, para pasar por el palco presidencial, con unas escalinatas de madera, al pie de la cual unos soldados en uniformes de gala parecían, por lo inmóvil, el espejeo de una estatua. Arriba, el dictador saludaba.

A medida que nos acercábamos al palco presidencial, la multitud se hacía más compacta. Había que detenerse y marcar el paso, avanzar a pasos cortos y mirar, por sobre el mar de cabezas, una luminosidad que volaba desde la punta de la escalinata. Una mujer con pámela blanca se desmayó, y un provinciano pálido la sostuvo, con los brazos colgando, la pámela ladeada y sostenida del cuello por una cinta color de rosa. José Ruiz avanzó más de lo debido y yo alcancé a tirarle un brazo y agarrarlo del hombro, tensando una pequeña columna entre él, Felvio Padilla y yo. Donde la multitud se hizo un torbellino y se avanzaba, no por

propia voluntad, sino empujado por la marea y el ruido de hombres, comenzó a aparecer la figura del dictador. Tenía un bicornio con ramas doradas, lentes oscuros y uniforme blanco. En la pechera del uniforme rebotaban los rayos del sol como un estallido de luz, desde las medallas y condecoraciones que esplendían y, mágicamente, volvían a la multitud. No llevaba arma visible, sino una pequeña daga, también dorada, que simbolizaba, sin duda, un retoque de marcialidad.

Lo miré y me pareció que había estado ahí una eternidad. Su imagen rodaba por los postes eléctricos, por las palmas y los cocoteros, por el aire, por el olor a salitre que a mediodía inunda la ciudad, por la ancha herida que abren los rayos del sol en el espejo de la mañana, junto a un charco de sangre, junto al silencio. El era un absoluto que se deslizaba subrepticamente en la conciencia, y ahora estaba allí, levantando las manos para saludar, moviendo durante una eternidad los flequillos dorados de sus hombreras donde mariposean redondeles de luz, con sus grandes ojos abiertos al tiempo desnudo, sonreído, la tez rosada porque la han maquillado para separarlo de los demás mortales, para trasfunderlo en el presente y el futuro, para dejarlo caer en el pasado. Me hubiera bastado cerrar los ojos, pero sabía que era demasiado tarde, entonces pensé en el Padre Luis diciéndome que Trujillo nos retrotraía a Roma.

Fue una imagen rápida, fugaz, que atraía y ocultaba el sentido de un rostro. Estaba hecha para conmover y aplastar, con su marco sin declinación, que agotaba lo humano, y era sagrado. La vi desde el tumulto, en un celaje, avanzando a la deriva, presionado por el movimiento de esa masa sin freno que nos impulsaba a grandes trancos, como en una marea.

Se puso fuera de nuestra vista con un envión del tumulto que nos sacó de foco, y desembocamos en una plaza más ancha, por el lado del obelisco hembra, donde la punta en blanco de la multitud se deshacía, y recomponía un yo esquivo, que pasaba a cada quien sin dejar sitio habitable, sin transparencia. Yo, por mi parte, estaba todavía trenzado al medianero anonadamiento de esa muchedumbre, cuando sentí una brisita fría que muy coqueta me remeneaba el pelo, y me hizo doblar la cabeza, y percatarme de que ya no éramos una muchedumbre, sino hombres casi solos; y que mi mano estaba todavía sobre el hombro de José Ruiz, y que José Ruiz tenía tomado de la cintura a Felvio Padilla, como si nos hubiera encandilado la hora, el celaje, de la dulce tiniebla. Rompimos de un tajo la formación, y vi fijo en la cara de José Ruiz el rictus dudoso de asumir la existencia.

- ¿Lo viste? - pregunté.

- ¿Yo?

- Sí, a ti.

- Sí, lo vi.

- ¿Qué te pareció?

- ¿Quién? ¿Trujillo? - dijo él, desde su infierno person:



- Sí, Trujillo - le contesté, esquivo, cerciorándome de que no nos escucharan.

- ¿Qué me pareció ? - se repitió, saboreando la oscura marea que lo mortificaba - ¡Un hijo de la gran puta! - exclamó con voz profunda, Se pasó la mano por los cabellos y continuamos la marcha.

Había anochecido y las gentes regresaban a sus casas. Los comercios y los timbres de los cines imponían de nuevo el ritmo de la normalidad. El aire era suave y el cielo pintaba una colcha blanca que empujaba a protagonizar una hermosa locura. Lo pienso e invito a una cerveza, mirando los ojos sin presagios de Felvio Padilla.

- Yo no - dijo José Ruiz - me iré a casa, estoy cansado.

Entonces enrumbamos hacia el " Bar de la Turca ", a pie, recorriendo la ciudad en un día en el que la gente no habla con cualquiera, y en el que la oscuridad creciente escamoteaba los tugurios piojosos de la parte alta. Había que atravesar las trincheras desiertas de los barrios que regresaban después del desfile, y esperar la vida doméstica, doblando bruscamente para evadir el sendero fangoso. Cuando nos acercábamos al " Bar de la Turca " oímos la música que lo flanqueaba y divisamos el débil alumbrado, el saltarín colorido que brotaba del decorado en la pared, y una carcajada burlona, ronca y discordante, que parecía provenir del interior del local, y que se oía como cabalgando sobre la música.

Afuera estaba el guardián, Nelson Nova, recostado de una silla, contra la pared, con un pie en el aire, y la boca en un monólogo con el limbo. Era un hombre joven, de tez oscura, los ojos con una expresión dulzona, que conseguía, por momentos, parecerse a un soñador. Temí que no me reconociera y lo saludé con un exceso de familiaridad. El me contempló con la boca abierta, y me devolvió el saludo con una intimidación imaginaria que yo presentí.

Envolví en una sola ojeada a todos los presentes : la clientela no había llegado todavía. En una mesa estaba un viejo rodeado de las muchachas que vivían en el lugar, y basándose en palabras, lo inventaba todo a su gusto. Por eso reía, y sus carcajadas parecían también una ficción. Tenía saco y corbata y nos miró, brevemente, al sentarnos, cambiando su semblante alegre y abierto por una interrogación. Le noté un matiz de ternura, una ausencia de deseos, una particular condición que le asignaba su edad: la de inventar cosas y avalarlas con la experiencia, para después reír. Se inclinó confidencial hacia Bartolina y sonrió con aire fatuo. Ella se rió también, mirando hacia mí, inflando las mejillas y dejándose ver los dos hoyitos de su cara. Entreví en su mirada una cierta complicidad, una magra dulzura. Pedí una " Presidente " y miré hacia el trono de Alfonsina Bairán : pesada y dulce se observaba en el espejo. Tenía un vestido blanco y una pequeña esclavina que le caía en los hombros, el codo sobre la caja registradora, y esa alucinante sensación de actriz, de farsante. " Es como si viviera a la orilla de un resplandor - pensé - uno no puede saber hacia dónde mira esta mujer".

El viejo terminó hablando para toda la sala, ahogándose por momentos, manoteando los fantasmas alados del tiempo absoluto, perdido ya, sin posibilidades de recuperación; sabiendo que esas cuatro putitas que lo rodeaban lo consideraban inofensivo, un pobre diablo, cuyos relatos estaban tan muertos, tan desfigurados por el olvido, que era como si nunca hubieran existido. Bebiendo siempre, toqueteando a las muchachas por el hombro, jugando a sentirse paternal, le presenté el temor de que su conversación concitara el hastío. Adiviné, entonces, que su carcajada era cálculo y forma de la sensualidad, por lo que le hice una seña a Bartolina para que viniera a nuestra mesa. Ella miró y no dijo ni que sí ni que no. Pero al minuto se levantó y dijo algo al oído a la que había estado con nosotros la otra vez, la que tenía el rostro marcado por el vicio; caminó por el salón con esa ternura fugitiva que se le dibuja en la cara y llegó hasta la mesa sonreída. La invité a sentarse. Se sentó mirando hacia el lugar que ocupaba Alfonsina Bairán, en el preciso momento en que el viejo arremetía con una carcajada que nos hizo volver la cara.

- ¿Quién es él? - pregunté.

Ella se contrarió en sus ojos de niña, y canturreó otra pregunta, esperando un silencio.

- ¿Quién? ¿El? - inquirió, con el índice de la mano derecha señalando hacia el viejo.

- Sí - dije - él, el viejo que ríe.

- ¡Ah! es un abogado, amigo de la doña. Viene siempre, toma y se ríe.

- ¿Un baboso, no? - dijo Felvio Padilla, sin incomodarse, como si ofreciera un dato importante.

- ¡No! - se apresuró ella a decir - no es un viejo baboso. Viene siempre y nunca sale con nosotras. Le gusta reírse, y hasta nos paga por acompañarlo. Es muy decente y la doña le tiene confianza.

Miré el salón y noté que había otras personas ocupando mesas, como sumergidos en el azul de los faroles que cruzaba un instante y desaparecía después de acariciar fríamente los rostros de los contertulios. Alguien tocó el aparato de música y el mecanismo se disparó levantando el disco con una mano mecánica. Era una muchacha que se retiró tarareando la canción, con un semblante arrebatado, moviendo los ojos con picardía, involucrándose en la melodía que hablaba de un amor prohibido y de una blanda obstinación. Contra el espejo, Alfonsina Bairán lo mira todo con una sonrisa que le rejuvenece el rostro. Pero no se puede decir que sea una sonrisa, pienso que es una satisfacción, y que cada cosa, incluidos nosotros, cumple aquí su pequeño papel.

- Y ella - pregunto con aire travieso, como en intimidad - ¿no sale con el viejo?

Bartolina podía estar sonriendo, pero no pude evitar el encogimiento

de la cara, el gesto torcido buscando un sujeto, la luz blanca que le chorreaba sin piedad por el pelo revuelto. Comprendí que no había entendido, o que no había quedado claro a quien me refería.

- La doña - repetí - ¿No hace el amor ? Con algún hombre de su edad, digo. Como ese abogado que ríe.

- ¿La doña? - preguntó, retirando los ojos de la luz, abriendo las aletas de la nariz como si se hubiera deslizado el rancio olor de la cerveza - ¡Ni con ese ni con nadie! - exclamó. - No puedes entender, es dueña de este bar, pero desde la muerte de su marido no ha visto la cara de un hombre, en el sentido que tú lo dices.

- Pero es joven todavía; digo, no, esta vieja, y parece que fue bella - apuntó Felvio Padilla.

La de Felvio Padilla fue la voz misma de mi situación, por lo que me callé lo que iba a decir. Las mujeres que venían de fuera comenzaron a llegar, y se arremolinaban frente al espejo, sentían en sus espaldas el hormiguero de ojos que las recorrían y se empolvaban mientras hablaban, o se acomodaban la cretona debajo del vestido, dándose vuelta después con un aire aprobador, releyendo en su breviario de ataque cuál era el guiño pertinente para iniciar la jornada. El bar se había ido llenando de gente, y el viejo tierno se estaba quedando solo. Lo acompañaban dos muchachas de las cuatro del principio, pero él reía hasta las lágrimas, flotaba con sus historias sobre la música, y se golpeaba el pecho dejándose ir hacia atrás, entrecerrando los párpados para atrapar algún ser de su recuerdo. Alfonsina Bairán le puso la florcita de plástico a una de las putas, y se la llevó un hombre de traje gris, con un sombrero rarísimo y la cara como maquillada. Vi que en la mesa ya no había cerveza y llamé para que trajeran una. Entonces escuché a Bartolina :

- Esa mujer es decente y misteriosa. No sé ni cómo tiene un Bar. Además es buena.

- Me gusta oírte - le dije, estimulándole su deseo de hablar - pero no entiendo que sea misteriosa.

- ¡ Lo es ! - insistió ella - Vive con sus dos perros al fondo del pasillo, y nadie puede llegar hasta allá. Únicamente el muchacho, Nelson Nova, el que baña los perros, el que le mataron la mujer en los pies.

- ¡ Ah ! - dije yo, aguardando, acumulando esas pequeñas tragedias, acomodándome en el diminuto papel que estaba desbrozando sin complacencia - pero los perros, qué significan? - pregunté.

- ¿ Los perros? No sabemos ; nadie sabe. Todos los días, después de la limpieza, ella se retira a jugar con ellos. Hasta les habla, y dice Nelson Nova que tiene como un muñeco, un maniquí, con sombrero y todo, y que a una orden suya los perros lo derriban.

- Los entrena, entonces- dijo Felvio Padilla- deben ser muy fieros.

- Sí, pero no lo parece - afirmó ella - Una de nosotras sale con la doña todos los martes, que es el día que el Bar cierra, y ella lleva sus perros, mansitos, caminando como personas.

- ¿Como personas?.

Sí, la obedecen sin que ella mueva los labios, tan sólo con mirarle la cara. Yo he ido con ella y los perros, aunque no me gusta porque es el mismo paseo.

- ¿El mismo paseo?- vuelvo a preguntar, tratando de contener la curiosidad.

- Bajamos por la José Trujillo Valdez, - explica- y llegamos al Parque Independencia, después de pasar por la Avenida Mella. Ahí saluda a algunas gentes, sin pararse, y en el parque le da vueltas y vueltas a la glorieta como si fuera una novia, con sus perros, sin pronunciar una sola palabra.

- ¿Como una novia? - repetí yo, maquinal.

- Sí, como una novia, ese es todo el paseo, los martes.

En un rincón, sentado sobre una banqueta próxima a la caja registradora, un militar lee algo que había escrito sobre el sudor del vaso. Hay una mínima tentativa de rescatar un gesto olvidado, es como si no pudiera detener los recuerdos, como si una imagen lo dominara, inclinándolo, con un aire alegre en la boca. El viejo abogado se había quedado solo, se encogió de hombros y bebió, penosamente, un sorbo de cerveza que le aflojó la cara y lo hizo mirar hacia la lejanía. Yo pensé en Alfonsina Bairán y la busqué con los ojos: miraba las tarjetitas que tenía delante, encimándose con gestos castos y decentes, sobre el pequeño archivo de metal. Le noté un gesto superfluo, al tomar el bastón de arcángeles, para impulsarse en el asiento y marcar en la caja registradora. "Tiene un no sé qué debajo de los barnices de dureza", me dije. Y me sorprendí mirando a Bartolina que me observaba como un ser elemental.

- ¡Ah! - dije, mirando a Felvio Padilla - me iré con la muchacha.

Me levanté del asiento taconeando entre las mesas, convocando hacia mí los rostros extraños, lugares y melancolías, que cada quien derrumbaba en un vaso de cerveza contra el pasado. Y llegué hasta ella que me echó una mirada rápida, pero dura e intensa, haciéndome recurrir a una marea de imágenes como compensación. Le hablé por Bartolina, mirándole las nalgas rígidas y el busto erguido cuando tomó la florcita de plástico, y llamó a la muchacha con un gesto de la mano, poniéndosela en los cabellos bajo un charco de luz, con un ligero temblor.



Alfonsina Bairán se me hizo indócil : la decencia, el desinterés, la manía del desamparo, las lágrimas que le venían como del dolor del aire, la réplica que le brotaba de la niñez, altanera, como si hubiera crecido entre rosas; todo lo que soportaba y cumplía como un embrujo, como en un desencuentro, como un malentendido global de su destino. Todavía no misteriosa, como decía Bartolina rodeando la sacralidad; pero su fino garabato ardía entre profecías, y se tuteaba con lo desconocido. Para mí era como si la pasión hubiera abandonado el cuerpo, puesto que para ella ya todo había sucedido. Pero no fue así, en la destartalada noche de su vida, había un amontonamiento de pasiones, una fatiga de cualquier confesión que ella se hizo, y el verdadero sentido de su vida, después de la muerte de su marido, no había acontecido en los dispersos hechos que se sueldan en el fondo de lo que retrocede en mi memoria. Y todo lo concitaba una mujer que era casi una anciana, y que de vez en cuando se asomaba a la alegría nerviosa de la mañana, y dejaba ver una silueta que alguna vez fue bella, con su marco de cabellos negros, lastimosamente mordida por la emboscada que le tendió la existencia.

Escribo para aclarar algunas cosas, pero estas notas, mi propia vida, no son suficientes para aproximarnos vagamente a la certeza. Por desafío, por lo irreductible de una vida que se erguía apoyada en su bastón de arcángeles, y atravesaba la perversidad sin que la más leve brizna pareciera tocarla, me propuse acumular estas notas, y además de torpeza, descubrí una burla. Creo que Alfonsina Bairán nos tendía trampas; que se burlaba de nosotros. Y que finalmente, sin que nadie pueda decir por qué, nos hizo a todos sentir culpables. En un tiempo en el que la remanencia de la crueldad hacía del destino de todos un solo destino, ella estructuró su pequeño delirio, la lucidez de una venganza que era la misma posibilidad de la muerte, y lo cumplió. Sólo que la verdad desaparece con ella, y cada día se asemeja a lo que de su vida no se puede afirmar. Hay sombras en el aire blanco que dejó su huella, pero nada de lo que hemos comprendido es la respuesta.

A mí me llevó a su vida de recuerdos un incidente en el salón del Bar. Había ido solo, era día de mi cumpleaños, y como no me gustan las celebraciones, escapé a la taberna de la turca para situarme entre mis semejantes sin que a nadie le importara mi presencia. Los cumpleaños son una conciencia de que algo se hace irrecuperable en nosotros, y yo cabeceé varias veces pensando de esta manera mientras me sentaba en una mesa. Me senté contra un muro, lejos de la caja registradora, observando que casi todas las mesas estaban ocupadas, y que si uno se fijaba en la pequeña y misteriosa bruma que el humo de los cigarrillos producía se podría sentir acongojado. Busqué a Bartolina y la vi en un extremo del salón, tenía las dos manos rodeando un vaso, y su pequeña boca húmeda sonreía a un hombre que la miraba como si meditara, con cinismo, con una parodia de interés por lo que ella había dicho y que le dibujaba, sin gracia, la diminuta risa. Me sentí dolido y me asaltaron

recuerdos sucios. Noté que sonaba una música suave, propicia, y que una puta vacilaba, acariciándose el pelo, entre borrar lo que estaba viviendo o aceptar la broma del amor que el parroquiano le hacía tomándole la mano. Pensé que era Lucho Gatica quien cantaba, en el mismo momento en que el mozo limpió la mesa con un trapo y me sirvió un vaso de la cerveza "Presidente" que había traído. Alfonsina Bairán, impasible, soslayaba la luz, y quizás si miraba por el espejo, con precaución, midiendo la dimensión del salón, inventando papeles para cada uno de sus pobladores.

Bruscamente, empujando la puerta ovalada, Nelson Nova penetró en el salón. Echó un grito que sólo algunos oyeron, y sus mandíbulas temblorosas daban la idea de que atravesaba por un miedo espantoso. Recordé que no lo había visto al entrar, y estuve mirándolo plantado frente al espejo, con los ojos fuera de su órbita, hasta que dio tres pasos hacia adelante y gritó :

- Está ahí, doña - la acabo de ver. Abrí la puerta y la vi. ¡En el espejo, doña, se reía!

Tenía un dedo levantado, pero en el espejo, brevemente, su rostro parecía dormido. Alfonsina Bairán lo había escuchado por sobre la música y el barullo de la gente, y lo miró implacable, sembrándolo en el ademán del dedo levantado reflejado en los cristales.

- ¡A tu puesto, Nelson ! - le gritó, con suavidad.

El desvió la cabeza, torpemente, y se inflamó en un grito sordo, entrecortado, los ojos virando feroces lado a lado, y el lagrimón veloz rodándole por los pómulos hasta la barbilla. Repetí la imagen de Alfonsina Bairán : se había levantado de su asiento, apoyada en su bastón de arcángeles, y desafiaba las circunstancias con una energía de altares, oponiendo sus broches, sus mantillas, sus brazaletes de oro, sus vestidos de raso, su bastón de mando, su divinidad contra el absurdo de un hombre que negaba la muerte y su condición de absoluto, y amenazaba con abundante desprecio la paz etílica de su recinto.

- Pero está ahí, doña - le oímos decir, en el momento que se abalanzó contra el vidrio con los puños cerrados. El primer puñetazo tintineó rotundo contra la noche, lanzando trozos de vidrio sobre las clientelas como virutas de carnaval. Después, fue como si hubiera perdido el sentido. Se empeñó en destruir los cristales y yo le envidiaba la satisfacción. Golpeaba y el estallido le reventaba en la cara un reguero de sangre, mientras la gente se apartaba de su altanería, mirándolo tapizarse el pecho con su propia sangre, borrando a trompadas la imagen de su tormento de la superficie del espejo, y gritando desde el mar melenudo de sus quejas :

- ¡Muere de nuevo, perra! ¡Vuelve a morir!

Entonces reventó el incidente. Un hombre se levantó sin más de su asiento, con una pistola en la mano, despavorido. Resonó en estampida sobre los desmanes que protagonizaba Nelson Nova, y lo tomó por el

cuello golpeándolo sin piedad, con el envés del arma, todavía con un cigarrillo colgándole de los labios, y el aire de pavorosa perfección profesional. Lo lanzó al suelo con el primer golpe en la cabeza, y el muchacho se mezcló con su propia sangre, gimió con su miedo de rendición, y el hombre lo siguió pateando, maldiciéndolo, confinándolo en su ira a la muerte triunfal, que ya le negreaba el cuerpo al infeliz tendido. Yo sentí un aroma de sándalo, de naftalina, y vi la pequeña existencia de los otros replegada en su miedo, en el hechizo paralizante que produce presenciar la muerte ajena. Sin pensarlo, me levanté y me interpuse entre el cuerpo sangrante del muchacho y el hombre con el arma todavía ofensiva. El me miró con un acto fisiológico, sin alterarse, presentándome un ligero parpadeo involuntario que le lagrimeaba el ojo derecho, sosegando el pie con el que pateaba al muchacho, levantando levemente el arma hacia a mi y respirando con dificultad el aire caliente. Bailé en la niebla, porque él dejó de patearlo, y yo observé, resbalando en la pesadilla, el cuerpo agobiado y ensangrentado, con las piernas haciendo un péndulo, sin moverse, el rostro indiferente hacia la luz del farol. El hombre me encaró después, cuando terminó de golpearlo, y el temblor involuntario del ojo derecho de aceleró. Se le adensaban los rasgos, mientras daba unos pasitos cortos en dirección hacia a mi, con el cuerpo y el arma acomodados a la embestida, revoleando los ojos cuando unos flequillos de humo le cruzaban el aire. No sé que habría podido suceder en el vaho presagioso de aquella noche; a lo mejor era capaz de matarme, sin titubeos; pero fue la voz de ella, chirriando desde mi espalda, la que lo paralizó :

- Está bien, señor Matías - dijo - a este muchacho hay que llevarlo al hospital.

Ella no tomó en cuenta su presencia, sino la mía, y al agacharse junto al cuerpo de Nelson Nova, me empujó levemente, separándome un poco del hombre que tenía todavía los dientes apretados. El se retiró a su mesa, paseando a su alrededor una mirada fría que era también gloriosa, mientras algunas muchachas y un parroquiano levantaban el cuerpo y lo desaparecían por la puerta ovalada. Todo fue rápido; bajo la luz seguidora del farol azul sólo quedamos Alfonsina Bairán y yo, de pie, lindos y pensativos, envueltos en el tono menor de la tragedia; yo ajeno todavía a la magnitud de lo que su intervención había evitado, y ajeno también al hecho de que este incidente me llevaría a su vida.

Después me sentí mal, mirando al hombre que ella había llamado "Señor Matías", sin saber lo que me iba por dentro, impotente y con toda la atención de los que quedaban en el lugar enfocada sobre mí. El tal Matías me priorizaba también en la mirada, y se pasaba el revés de las manos por la pequeña greña, como si luchara por contener dentro de sí una indeterminada furia, como si se sintiera entorpecido. Me vi asediado por el miedo, tomado por los ruines jugos del terror. Esperé a que se me amortiguaran los ánimos para mirar hacia el lugar donde se encontraba



Bartolina antes del incidente : allí estaba todavía acompañada. El hombre había adelantado la barbilla y anunciaba una sonrisa de copete, indecoroso, amurallando el deseo en el perfil risueño que en la distancia le ahogaba la luz. Sin mirarlo, sólo porque los demás viraron la cara, supe que el otro se había levantado. Hizo un visaje inesperado y yo viré también : lo supe nocivo, innoble, capaz de cualquier cosa. Tenía el gesto de estar acorralándose, mientras se sacudía los codos, con aquella media sonrisa provocativa. Entonces dio tres pasos en medio del salón y empujó la puerta ovalada perdiéndose en la noche, bosquejando su imagen por última vez en el trozo de espejo que había quedado adherido a una de las esquinas del muro.

Creo que alguien terminó por mirarme en forma enternecida. Sentí una brisa fresca y oí que Lucho Gatica cantaba de nuevo. Me conmoví atenaceado y me levanté para irme. Cuando di dos pasos, escuché la voz de Alfonsina Bairán :

- Joven - dijo, devolviéndome bruscamente al hecho de que me iba sin pagar el consumo - quiero hablarle.

Retrocedí unos pasos y la vi como transparente. Había tomado su bastón de arcángeles y eludido la caja registradora, internándose en el pasillo largo que llevaba a las habitaciones. Tenía un vestido que le llegaba hasta la rodilla, y así, de pie, apoyada en el bastón, había perdido la debilidad de los seres humanos. La seguí en forma mecánica, sin defensa, echándole una ojeada circular a las paredes de los corredores. Atravesamos las habitaciones de las muchachas que vivían con ella, y al final del pasillo sacó unas llaves con elegancia, y abrió una puerta que conducía a otra, y al patio de la casa.

Estuvo proyectando la ambigüedad bajo los dobleces de la meditación, antes de abrir el cuarto. Y lo abrió con lentitud, dulcemente, empujando la puerta con sus manos finas, aposentándose en una oscuridad inmóvil que provenía de adentro, y que crecía con los pasos y las voces que llegaban hasta nosotros.

- Usted no tiene idea del peligro que ha corrido - dijo, encendiendo la luz de la habitación.

Los perros se levantaron y primero gruñeron, después ella se llevó un dedo a la boca y, siempre bailando, sacudieron la cola en señal de docilidad. Estaban al pie de la cama, encadenados y en una especie de tarima que les servía para dormir. Recuerdo claramente que lo primero con lo que me topé fue con la fotografía en el porta retrato, sobre la mesita de noche. El único testimonio gráfico de su noviazgo con Alberto Cuadra González, que la noche del fuego rescaté para estas notas. Y lo recuerdo porque frente a ella, en ese momento, me permitió evocarla en dos etapas distintas de su vida.

- Ese hombre... - comenzó a hablar coqueteando con el pensamiento, llevándose una mano a la cintura y rehuendo mis ojos. Yo la miré contra el tiempo perdido, contra la flaccidez de la cara maquillada,

con abundante colorete; oponiéndola a la foto que tenía detrás, sobre la mesita; hurgando con certeza, por primera vez, la leyenda que la rodeaba, el martirio, las claves que le permitían permanecer en el juego - pudo haberlo matado sin pestañear.

- Ese hombre, sí ... - dije, turbado - ¿Quién es él ?

- Sabe matar - dijo ella - Rogué a Dios que me hiciera caso cuando intervine.

Había un maniquí en una esquina de la habitación, al lado de un armario gigante. Recordé que Bartolina había hablado eso, y me pareció oír una risa de ternura que llegaba por el corredor, y que era de ella. Pensé en el hombre que la acompañaba, en unos faroles rojos, en el cuadro con lebreles de la habitación del hotel " Saratoga ". Otra vez, sin mirarla, la oí hablar:

- Usted no puede abandonar este lugar por la puerta que da a la calle, no ha pasado el peligro. Por eso lo he traído aquí, es conveniente que se vaya por el patio.

- Pero él se ha ido - dije, pintando con exactitud una preocupación.

- No esté tan seguro - respondió ella - ese hombre está acostumbrado a esperar.

Me retomó el susto pensando que era día de mi cumpleaños. Veintiocho primaveras, como diría un cursi. Casi sin ruidos, ella tomó su bastón y el llavero, se dirigió a la puerta del fondo y la abrió, dejando entrar la noche que goteaba desde las estrellas, desde la luz de la luna, rebotando en la blancura de las paredes. Recuerdo que miré el reloj y sentí en mi rostro la humedad de la noche.

- Váyase - dijo ella, como si me amara, - procure saltar alguna pared y salir a un patio próximo. A la iglesia, por ejemplo. Es posible. Le conviene no salir a la calle directamente.

Me sentí en la noche como en una sábana mágica que me cubrió de un asombro distinto, y atravesé la oscuridad prendido a un temor. No sé cómo, salté una división de hoja de zinc y fui a dar dos calles más allá del Bar.

Esperé una semana para reponerme del susto, y el martes recordé que Alfonsina Bairán cerraba el negocio y bajaba al Parque Independencia con una de las muchachas. La alcancé a ver con un aire de lejanía, paseando con los perros, con un fuego y una lozanía que me parecieron un desafío al tiempo. Me pregunté por los recuerdos que estarían azotando su fantasmal corazón y no la interrumpí. La dejé pasar a mi lado en dos oportunidades, y a la tercera me incorporé a su paso. Ella no tuvo un gesto definido, quizás me recuperó en la memoria, y se liberó lentamente del tiempo que la tenía encajonada. Los perros gruñeron, y ella movió la correa para serenarlos.

-Perdone- dije yo, pensando que Bartolina me había dicho que ella daba vueltas al parque como si fuera una novia-, no se si se recuerda de mí.

Algo anunciaba la noche, o tal vez el viento que le hinchaba la blusa era demasiado gris a esa hora de la tarde.

- Sí - dijo ella, - lo recuerdo.

- ¡Ah ! Quería agradecerle.

Una pareja nos cruzó por el camino delantero y el hombre le dijo un secreto al oído. Ella sonrió con una cara satisfecha, feliz. Me pareció triste, Alfonsina Bairán. La había visto con su porte de matrona, en el Bar, y me había acostumbrado a su desdén de yeso. Pero vista con estos nuevos ojos, en el parque que sin duda le alimenta el recuerdo con furor, me pareció triste : Creí que era ya demasiado el silencio mientras caminábamos, y como no me había contestado, me decidí a hablar, con torpeza :

- El hombre, el que abusó del muchacho en el bar, ¿quién era ?

- No tiene importancia ya - dijo ella - he hablado con él y creo que lo ha olvidado. Pero aquella noche pudo haberlo matado.

- Ya usted me lo había dicho, pero no veo el porqué, yo sólo intervino.

- Era suficiente dijo ella.

- ¿Si ? Entonces ese hombre tiene mucho poder. - afirmé.

— No puedo decir que reía, pero al hermoso rostro de la anciana se le dibujó una indulgencia. Me sentí aturdido mientras leía en sus ojos un juicio de piedad, y me avergoncé con la certeza de que los dos estábamos pensando la misma cosa.

- Es militar, tiene rango, si lo hubiera matado, nada hubiera ocurrido.

¿Entiende ?

- Creo que sí - dije, tratando de animar el paso, reclinándome con el pensamiento en eso que llaman preocupación de vivir - Como en el caso de su esposo - agregué, casi triunfante.

Se llevó una mano a los cabellos, y creí verle, tras el último reflejo del sol, un aflojamiento, una pequeña resistencia.

- Ah, ¿se habla de eso ? - preguntó.

- Sí, - dije - es natural.

Después fue como si todo se hubiera detenido. No pronunció una sola palabra, tal vez si retrocediendo a los momentos dispersos del pasado; pero detuvo levemente sus ojos en cada pareja que pasaba, en el ademán gozoso de verlos vivir, y aunque fuera la tarde de ellos, no la suya, la acompasó a cada paso suyo, a cada latido de su corazón. Entonces entré de lleno a su tragedia; comprendí que el parque formaba parte de ella misma, y que si lo quitaban sería como arrancarle el corazón. Comprendí que el Bar, su encanallamiento, eran las máscaras y los chales que ella colgaba en la pared de su indefensión, a la espera de algo. Tuve miedo y rencor, como si ella con sus años se hubiera plantado delante de mí, y detallara, sin incomodarse, su dominio sobre el pasado y sobre el futuro, y su desprecio por el presente.

Caminamos dos vueltas más sin decir palabra, hasta que ella giró a

la derecha y se paró delante de una muchacha que estaba sentada, le pasó la correa de los perros y se viró hacia mí.

- Gracias por acompañarme - dijo - y emprendió la marcha, sin esperar a la muchacha que estaba sentada en el banco, y que se fue levantando despacio, mirándome con un aire misterioso y travieso.

Aquel día la observé marcharse balanceando su bastón de arcángeles al caminar, y busqué justificar dentro de mí la crueldad de la vida que me impulsaba a asaltar su intimidad. Tuve a bien explicarme la complicidad que asumía al mencionarle al esposo en el mismo escenario de sus sueños, y comprendí que ya era su amigo, que por haber dado unas vueltas junto a ella, la había regresado al pasado, y me había entreverado con la luz de su consuelo. Creo que no se podría comprender a esta mujer, si no se le mira cerrar los ojos en sus vueltas de novia inverosímil a la glorieta del parque. Es allí donde ella acaricia los restos de un ayer, y se repliega en sí misma, floreada y perfecta, como a la espera del españolito de entonces que taconeó los adoquines de su calle y la llenó de ausencia.



*" Bartolina me presta su sexo; en la almohada común, se derrama con toda su terneza de niña experimentada. Ah, Bartolina me presta su sexo, como un halago, ahora sin paga ni florcita de plástico, contra la soledad y la miseria del mundo . Pero en la habitación hay agujeros en la puerta, y alguien, indefectiblemente, nos mira. (El mundo era un paraíso de dos seres humanos : Adán y Eva. Desnudos y lascivos, como ahora Bartolina, que me presta su sexo, y yo. Había animales y frutos, y un viento silbador que despeinaba el bosque. Una flor no era una flor, sino un mensaje, y el silencio tenía otra estirpe. Otra era la estirpe del silencio. No era miedo el silencio, como ahora. Estirpe del silencio con miedo. Miedo de la silenciosa. Silencioso miedo de la estirpe. Estirpe del miedo silencioso. Silencioso estirpe del miedo . . . ) "*

*" Ah, Bartolina me presta su sexo. ( Este es un cuarto sucio, con una luz roja y un espejo que refleja una irre recuperable imagen. Un cuadro con lebreles, huyentes y azorados por la dramática turbulencia de sobrevivir. Hay agujeros en la puerta, y siento llegar, desde afuera, la fría sospecha de los otros, flotando y esquiva, como un hocico húmedo que me toca ). Bartolina se anilla a mi cuerpo, con su sexo húmedo, y yo la recorro con mi imaginación ladina, y la sobo, gratificándola por las tantas excelencias del oficio. Ah, Bartolina, poseída y olvidada por tantos otros, en el baldío de tu vida, repasándole las linduras a tu cuerpo, es mucho lo que se puede rogar por tu alma. Bartolina es tiernita, y mata el miedo, reinando con su sexo en este cuarto sucio con lebreles. (Afuera la soledad es irremediable. El murmullo tiembla en la crueldad de los labios y los otros domestican los ojos. Hay que estar al acecho de la domesticación de los ojos, no vaya a ser que viniendo del tiempo en que está, el terror nos dibuje una mueca indeseada. ) "*

*" Ah, Bartolina me humilla con su sexo, no por su amplitud y su tristeza, sino porque en esta habitación del hotel " Saratoga ", esos malditos lebreles me acuerdan que también nosotros somos aquí dos pobres lebreles huyentes, y tal vez esa sea mi pureza. Un poco de pureza vacía. Es eso. Las putas son el mito de la ciudad, porque en ellas hay poco de pureza vacía. ¿Qué es lo que viene desde afuera ? ¿Esa claridad, esa soledad trágica de los que pasan apresurados, esa burbuja de luz misteriosa, esa música que nos sobresalta, como si nos hubiera rozado un peligro invisible ? Ahí, en el espejo, se hace ver la desnudez de Bartolina. Tengo suerte, con el vago pretexto del amor, me deslizo hacia su carne tan desnuda. He aquí un agradable lugar de la pureza : las putas, el mito de la ciudad. Tengo miedo de los espejos; los espejos viven de sus contrarios, y descubren cosas, lugares donde vagabundeó el tiempo dejando huellas. Ah, los espejos, sólo se compadecen de las putas! "*

*" Bartolina me presta su sexo. 1960 : en el colegio decían que el mundo no pasaba de ahí. Es mejor evitar el mundo en lo posible, infiltrarse en él, y hacerse a un lado. Qué coño me importa que el mundo*

no pase de ahí ! 1960: y no ha pasado nada. ¿Y si sucediera algo ? ¿Si de pronto reventara ? Entonces la trama del mundo sería una pura mierda, una nada. El Padre Luis volando por los aires, gritando como un guiñapo que quién coño dispuso que a este paisito le naciera un César romano. Si alzo la cabeza puedo mirar, reflejadas en el espejo, las luces de la ciudad que hormiguea ahí afuera. Ese es el mundo que yo siento latir, el que corre entre el 1960 sin reventar. La gente se adorna un poco los domingos, escriben poemas, van a los mítines y miran el mar, toman a sus niños de las manos y exhiben una sonrisa, se conmueven por la muerte del prójimo y dan el pésame, se besan y lloran en los parques, repiten una nostalgia sin destinatario observando los barcos partir, mojan los sellos de correos con la lengua extendida y depositan cartas, fornican con lágrimas en los ojos, y bajo el sol se repiten las mismas promesas cada mañana de sus vidas. Ese es el mundo : un nuevo hoy, un sueño borroso, que es, quizá, lo que reventaría. Tengo miedo; no a que el mundo reviente porque estamos en el 1960, no. Es un miedo que no me pertenece, que está fuera de mí, que mira por los agujeros de este hotel las desnudeces de Bartolina, que me presta su sexo. "

" Pero Bartolina es tiernita, y yo le repaso las linduras del cuerpo, para matar el miedo. Pegada a mí, duplicada por la imagen del espejo, ella es un frescor que viene de lejos, para recobrar me en su sexo, para existir; a pesar del agujero de la puerta, a pesar del miedo. ( Mis ojos graves saben de la duración tan frágil de ese frescor, y el papel admirable del silencio ). "

" Después de todo, esta es una manera de morir. Yo estoy aquí, contrariado y desempeñando mi papel de amante, pero mucho de lo que encuentro lo aporto yo, hurgando bajo la falda de una puta vacía. Un poco más y me pongo a describir los hombres que cruzan el pasillo de mano de una mujer. Los podría describir por el sonido de sus pisadas. Ese que ahora camina a veces se detiene, y por unos instantes, en sus labios, se le dibuja un temor. No es que lo vea, apenas siento sus pisadas, pero sé de su camisa raída, de la mancha negra en el pantalón, y de algunos penachos del humo del cigarrillo que tiene prendido en los dedos, y que le aguarán los ojos. El otro avanza como se meditará, como si de pronto se avergonzara de estar metido en una historia sucia. Es joven, y la impresión de aventura, sin embargo, le ilumina el rostro. Desconfía, y como no tiene pasado, elige de entre los rumores y las cosas lo que será su recuerdo " .

" ¡Ah, Bartolina 1960 !, hubiera sido mejor que se cumpliera la profecía. Podría ser que se cumpliera ahora; ahora que, tendidos, Bartolina y yo somos un mismo corazón, un mismo sueño. ¿Un mismo engaño ? Bartolina volaría por los aires, con su sexo húmedo, junto a mí, confundida su imagen y la mía en los pequeños espejos de los pequeños burdeles que estarían en ese momento volando por el aire. Y sería como desplegarle un trapo descosido a la muerte, como darle un toque tierno a

*la podredumbre, como asignarle un sentido a la carne que bulle. "*

*"Bartolina duerme sobre mi hombro, corretea obstinadamente en un sueño sin fin. De modo que no sabe nada del peligro que corre. De su cuerpo desnudo pende una mano que sale de la cama. La reconozco. Esas manos me han dado lo que podían. Estoy lleno de acontecimientos que no he vivido. Hoy es lunes, ni martes ni domingo. Tengo tanta prisa en reanudar el camino. ¿El ' Movimiento ' ? Trujillo tiene un sombrero negro, de hongo, que en la fotografía de los periódicos parece un mojón.*

*1960 : me circunda y no ha ocurrido nada.*

*Bartolina me presta su sexo. "*



## VIII

" El Caribe " describía, en su tipografía sucia, vaciada en plomo, la sorpresa de los pescadores nocturnos de la boca del Ozama. Tenían los pantalones agujereados en las nalgas, y en la fresca brisa del amanecer, se habían inclinado en la popa para tirar del chinchorro. Escurriéndose el agua, miraban el mar lechoso de la mañana, y quizás si pensaron que el día era bueno, puesto que el centro del arco de la pequeña red se tensó en forma considerable, abultando la panza, lo que hizo creer que el cardumen era abundante. El negro que hacía de capitán pastoreó los pliegues de la red y pegó un grito que se oyó por sobre el chacualeo de los remos.

- Coño - dice la crónica que dijo el negro, desnudo de la cintura hacia arriba - si estos no son peces es un galeón español.

Pero no eran peces, ni tampoco un galeón español. El bulto, que armaron a la orilla unos negros flacos que aparecían en la fotografía del periódico, dejó ver primero una pierna picada por los peces; y después, entre lianas verdosas, el cadáver de Valentín Abad. La prensa hablaba de suicidio, y uno de los hombres, apuntando con un dedo negro hacia el lugar, explicaba en detalle la forma en que sacaron el cadáver. Me resultó doloroso entresacar algunas frases de contenido heroico, perdida en una especie de inocencia colectiva, y pensé en ese destino ya cumplido al cual me ligaba, entre la soledad y la indiferencia, esta muerte.

Era curioso, mirando hacia los hierros de la ventana, recordé que había pensado en Valentín Abad muerto. En cambio ahora se me había deslizado el periódico hasta el suelo, y me resultaba imposible pensarlo. Fui asintiendo, en las pausas del discurso solitario, que no lo conocía, y que lo que me conmovía era la " cara grasienta " de la muerte, de la que habló el Padre Luis, el día que le llevé el volante. Me aturdí en el sopor de mi infierno particular, y pospuse la cólera, la impotencia, mirando al vacío, a la enredadera que viniendo del patio se había trezado en los hierros de la ventana. Entonces le descubrí una cualidad a mi alma : había aprendido a odiar. Era capaz de robarme mi propia emoción y de entenderla; entonces, ya odiaba.

En la tarde, José Ruiz dejó ver sus pequeños ojos resueltos en la puerta de mi habitación. Se interpuso entre una franja de luz y la sombra que reflejaba su figura en las chapas de la viga herrumbrosa. Tenía una sonrisa apiadada, un aire de indolencia que le ensombrecía el rostro, y aunque llevaba un bulto, las manos parecían inútiles. El y yo sabíamos que esa forma de la soledad no puede ser disminuida, y aunque al sentirlo me pareció natural que hubiera venido, me sorprendió hablara sin siquiera mirarme.

- He traído unos volantes que debe llevar al Padre Luis. Ya sabes, no creo que tenga que explicarte nada.

Lo vi abrir el bulto con una escaramuza desacostumbrada, y desenredar el nudo que amarraba las hojas. Las puso sobre la cama, a mis pies, alargando el gesto, sintiéndose confundido en su propia parodia

de sosiego.

- ¿Hablan del seminarista, de Valentín Abad ? - le pregunté.

Agolpó la mirada en un pequeño promontorio de volantes que se había formado en la cama, y lo alisó suavemente antes de contestar.

- Sí, apareció muerto ayer, en el río Ozama. ¿Lo leíste en el periódico?

- Sí, me resultó extraño que apareciera.

- Fue la casualidad - dijo él.

- ¿Entonces no lo dejaron flotar para escarmentar ?

- No. Trujillo no es pendejo, en las condiciones en que está, este crimen le va a costar muy caro. Seguro que al pobre Valentín Abad se le soltó la piedra con la que lo lanzaron al río.

José Ruiz se levantó sin ruido, puso un brazo sobre su frente y manoteó el aire, como si se hubiera hecho tarde, como si de pronto se hubiera sentido acorralado por el tiempo.

- Me voy - dijo, y comenzó a caminar desafiando su cuerpo, dando pequeños pasos, endurecido. En la puerta se viró y dijo :

- Tiene que ser esta noche. Quiero decir, antes de qué anochezca. Ten cuidado.

Con lentitud, con pesar me incorporé al tiempo que me tocaba vivir, y caminé por las calles inexplicamente tranquilas de la ciudad. La gente no era triste ni alegre, ni fea ni hermosa, ni mala ni buena. Caminaban como yo, por calles anodinas, cada quien con su fardo, pero a simple vista no eran ni felices ni desgraciados. Una mujer abrió un paraguas contra el sol y ofreció una expresión muy inmediata al asombro. Entonces pensé en la hora y miré el sol. Pensé en Valentín Abad, tocándome los volantes que llevaba en los bolsillos del saco; y en esta paz que tenía en su vientre el terror de la nada.

La puerta de entrada de la iglesia se abría a la tarde. Me detuve pensando en la primera vez que vine, justo por el caso de Valentín Abad. No sabía por qué era otra la forma del miedo, otros los ojos del silencio. Cuando entré, la iglesia estaba desierta. Sentí una brisita fría que plisaba los lirios, y atravesé el pasillo de la otra vez, arrojándome de manera brusca contra el altar, hasta la cortinita que disimula la puerta y da acceso al cuarto. El echó la cabeza hacia atrás, y le brillaron los ojos, plegó el rostro en mil arrugas y sonrió, levemente, como si se desprendiera de un pesar.

- Padre - dije, titubeando - los volantes.

Se levantó sin decir palabra. Estaba pálido, flaco y despeinado. Había llorado o algún recuerdo agradable le revoleaba en los ojos. Lo sentí distante, distraído. Miraba algo que yo no podía ver, y me sentí excluido.

Espere - dijo - voy a ver.

Dio dos pasos y abrió la puerta, miró en ambas direcciones y volvió a cerrar. Frente a él creí que se caería, le vi el blanco de los ojos y la boca

entreabierta.

- Aquí - dijo, señalando un lugar en la mesita, debajo de la foto de la mujer muy vieja. Se frotó los ojos sin hablar y se alejó.

- Quiero pedirle algo - dijo, desde una sombra glacial, moviendo los brazos. Le vi una mancha en la camisa de seda, y la mano vacilante que le arañaba el pecho.

- Lo que quiera, Padre - dije.

- Esta noche - dijo él - ¿Le importaría venir? Después de la misa. Repartiré los volantes y diré algo en el sermón, pero necesito comunicarle algo esta noche.

- ¿A qué hora? - pregunté, extrañado.

- Después de la misa. A las nueve.

Di un salto brusco y me dispuse a marcharme, pero él me detuvo con una señal de la mano. Había algo raro en su rostro. Quizás una desesperación seca. Se le había instalado el absurdo en el corazón y probablemente le era imposible llorar.

- El muchacho - dijo - . . . el seminarista. Usted ha visto, lo han matado.

- Lo leí - dije, tomado por una ligera agitación. Pero él no me oyó, o no le interesó oírme. Estaba como balanceando un juicio, al lado del precipicio, deslumbrado como por una especie de certeza que le iluminaba la cara.

- Es el colmo - dijo, de nuevo, como para sí - el verdadero colmo. Lo sacaron del Seminario, antes los ojos de todos, y aparece en el río, picado por los peces. Luego dice el periódico del régimen que se suicidó.

- Entiendo - dije, por decir algo, aunque era claro que su voz velada hablaba a un interlocutor imaginario, o la razón que se le rebelaba.

- Uno corre el riesgo de hastiarse - dijo, tocándose el pelo y manoseando una compensación - Uno no se puede reducir al silencio - exclamó al fin.

Su mirada era incómoda. Por momentos me dio la impresión de que trataba de huir de algo, que estaba un poco decepcionado de su discurso, y que se conmovía no de la muerte de Valentín Abad, sino de una soledad irremediable que le atrapaba a mitad de su pensamiento. Yo aprobé meneando la cabeza, pero sentí que no estaba seguro de que mi gesto se correspondiera con su estado de ánimo. Se sucedió un espacio impreciso, de silencio, en que se distendió el rostro, y él emergió sonreído, con sus hermosos ojos extraviados, y la sonrisa con la que lo recordaría, hecha como para engañar a la gente.

- Esta noche - repitió - después de la misa.

Giré sobre mí mismo y avancé hacia la puerta. Antes de abrirla lo oí decir :

- Salga por el patio, están provocando a la iglesia. Es necesario tomar precauciones.

Salí por el patio, y para destacármeme, el sol tenía una malla de luces

que lo bordeaba al final de la tarde. Serían como las 5:30, y por entre la bruma, recuperé mi imagen y la de los demás. Caminé sin rumbo hasta el anochecer, mirando a los solitarios que andaban encorvados, a las parejas que se tomaban de las manos como presintiendo un peligro, a los cautelosos que caminaban sin nada más que el brillo de sus ojos, a los vendedores de billetes que clavaban sus uñas curvas en los brazos de los transeúntes para ofertarles la buena suerte. Me parecía insolente la indiferencia de todos, y estuve a punto de gritarles, de decirles frente a la obscenidad de su manso silencio, que ninguno de ellos valía la pena, que su mundo era un sueño enmarañado, una mentira, y que todo amaraco de normalidad en sus vidas era sólo una relación entre el perseguidor y su presa. Pensé en gritarles el nombre de Valentín Abad, maldecir en público el nombre de Trujillo, pero me contuve frente a tantas gentes normales que respondían al miedo con su propia entrega. Para acentuar el desaire, una muchacha rió al pasar por mi lado, lo que le otorgó un sentimiento de superioridad, una estrategia de la existencia que me hizo odiarla, brevemente, como un fulgurazo de rencor innominado.

Como a las 7 de la noche sentí el chirriar de las cigarras, el cielo reluciente como una pantalla bajo el agua, y el primer peldaño de la oscuridad borrando las superficies claras. Sin proponérmelo, caminé en dirección hasta el " Bar de la Turca ". Desde el incidente no había vuelto, y lo alcancé a ver apaciblemente iluminado, flanqueado esta vez por una música dulzona que llegaba hasta afuera sin molestar.

Habían colgado, en medio del salón, el anuncio de un 2x1 de cerveza "Presidente", con una tela gigante que me resultó totalmente desconocida. Me sorprendió el azul y amarillo de las letras y lo sumé a una cierta sensación de incomodidad. Crucé el salón y entreví que habían repuesto el espejo que destruyó Nelson Nova la noche del incidente, y que en los bordes se insinuaba un nuevo decorado. Me fui a sentar en la barra, cerca de la caja registradora, y me extrañó el hecho de que al mirar, a pocos pasos de donde estaba, no se encontraba Alfonsina Bairán. Me sentí ocioso, vacante, y escudriñé el salón como si me fuera imprescindible recuperar a esa mujer en un escenario en el que yo la había fijado para siempre. Vi a las muchachas en su oficio, y a Bartolina llenando sus ojos de una ternura fugitiva, mientras hablaba prendida a un vaso de cerveza. Pero el trono de Alfonsina Bairán se encontraba vacío. Un hombre, solitario, miraba el humo de su cigarrillo. Parecía triste, pero en sus labios flotaba la sombra de una sonrisa. La música hablaba de una bellaquería sobre el amor, y la voz que ejecutaba el desplante golpeaba, en el sentido del ritmo, la guitarra. Yo retuve el contenido de la canción leyendo en los labios de una puta que la tarareaba, haciendo un gesto canalla con la boca muy roja y mortificándose en medio de una estrofa en la que el cantor se plantaba decididamente ofendido. De pronto sentí que hubiera querido golpearla; que esa pequeña existencia que hinchaba su boca y tongoneaba para seguir el canto me irritaba sin ninguna razón.

Pedí una cerveza a la muchacha que, quizás, había estado esperando desde hacía cierto tiempo, y mirando las burbujas rebotar en el vaso me apliqué. Me recogí un instante y comprobé la hora : 7:31 de la noche.

Entonces Alfonsina Bairán salió por el pasillo que lleva a las habitaciones. Venía acompañada del viejo abogado, el que reía la otra vez acompañado de putas, el amigo. El abogado tenía en una mano, golpeándole el pantalón a cada paso, un sombrero gris. Ofrecía su rostro con una picardía, y reía en voz baja, echando una ojeada circular y como ahogándose. Se veía distinguido, con sus manos finas y la corbata roja destacándose el pecho. Ella avanzaba apoyada en su bastón, rígida, moviendo los hombros con el mismo desaliento con que se relacionaba con el ambiente, distanciándose con su impassibilidad, pero llevando a su rostro una sonrisa pálida que por una especie de remanencia, le dejaba en la cara un aire divertido. Cuando estaban próximos al aparato de música la luz violácea les deformó el rostro, y los igualó con todos en el lugar, que yo sentí era como muy miserable y abatido. El abogado se vino a sentar junto a mí, en la barra, poniendo su sombrero sobre el mostrador y haciendo un saludo amplio, sin destinatario. Ella sí se detuvo hurgándome con sus ojos fríos, divirtiéndose en el centro de tiniebla que la memoria transforma en un recuerdo agobiado.

- ¡Ah - exclamó - usted!

- Nada - contesté, por encima del hombro - pasando un momento.

La observé arreglar las tarjetas mecánicamente, tomar un puñado de las flores de plásticos colocadas en el pequeño cesto, y acomodarse en el asiento con mucha dignidad, junto a la caja registradora. El abogado seguía sonriendo, con un dedo metido en el vaso con hielo, revolviéndolo, deleitándose con su mansa locura. Se había aflojado la corbata y tenía los codos sobre el mostrador, tintineando los golpecitos del hielo por sobre su respiración asmática.

- ¿A que no sabe? - me dijo el abogado, tocándome levemente en el hombro.

- ¿Como? - pregunté yo, metiendo mi sombra en su cuerpo cuando me viré.

- Digo que es de no creer, pero el hielo no coge microbios - Torció la cabeza para suprimirme y comenzó a reír. Se reía como para que todos se enteraran, levantando con ímpetus las aletas de la nariz y metiéndose el dedo en la boca. Yo miraba y miraba el salón, me sentía conturbado, perplejo y no atinaba sino a observar de reojo el vaso con hielo y con ron cargado de reflejos encima del mostrador. Desde algunas mesas se volvieron a mirarnos; él estaba rojo, contraído, y me pareció desproporcionada, bajo la levantada solapa del saco, la mueca que lo obligaba a aventar el pecho. De pronto dejó de reír y me tocó en el hombro.

- No es por ofenderlo - dijo, - No vaya a creer. Hay que reír cada vez que se pueda. - Murmuró algo mientras removía el vaso y perdió el rasgo

risueño.

- ¿Viene siempre? - me preguntó, amistoso - Es un buen lugar.

- No siempre - dije - sólo algunas veces.

- Yo lo hago - Con frecuencia paso el tiempo aquí, o el momento, como dijo usted hace un rato. Es un lugar interesante.

- Lo veo - agregué yo. El se viró y acarició el borde la barra. Me di cuenta que amaba el salón, su pintura, el bullicio y las putas rosadas, el borracho que escupía entre su rodillas y elevaba la voz, la vieja dama en su trono y sus floritas de plásticos. Para él era como un escenario inventado, y lo miraba con contemplaciones enternecidas, con su rostro fatigado y puro, con bondad.

- No - me dijo, - no es tan fácil. Si miro cada mesa por separado me dan ganas de reír. Ese, por ejemplo - señaló a un hombre pequeño que tenía un vaso en una mano y la otra puesta en el hombro de una mujer - se debe estar bebiendo el dinero de la semana. Tiene mujer e hijos, sin duda. De modo que en forma individual su historia es común e imperdonable.

- Creo . . . - iba a decir, cuando me di cuenta que la mujer que el hombre pequeño tocaba en el hombro era Bartolina.

- . . . Lo que lo hace verdadero - continuó - e incluso hermoso, es este bar tan absurdo, estas luces, estas bellas locuras de adornar putas con flores de plásticos antes de mandarlas a la cama.

- Sí - dije - está todo. Puedo entender. A mi me atrae, quizás no de esa manera, pero me atrae el lugar.

El levantó un poco el vaso pero no bebió, hizo como si buscara un recuerdo y sonrió para sí. Fugazmente, habíamos entrado en un silencio que rompió la música. Lo sentí gozar el presente en forma tórrida, sin perspectivas, sin refugio. El guardián, Nelson Nova, pasó cargando una silla. Arrastraba un pie y pareció como si se encendiera cuando lo inundó la luz. Venía del pasillo que lleva a las habitaciones y ofrecía una imagen lastimera. Pensé que era secuela de los golpes que el tal Matías le propinó la noche del incidente, cuando lo vi perderse por la puerta ovalada.

- La dama - dijo él, señalando a Alfonsina Bairán y con los ojos brillosos - ¿La conoce?

Habló bajito, intrigado, como si fuera otro el que acababa de hablar.

- Sí y no. Quiero decir, no lo suficiente.

- Bueno, de esta manera la conoce todo el mundo. Soy su amigo, ¿sabía? Y si me preguntaran lo que yo le he preguntado a usted, respondería en la forma en que usted ha respondido.

- Entiendo.

- No. Se trata de este bar, de los espejos y los rostros extraños. De los militares que solicitan sus favores. - Mire ahora mismo - señaló hacia el lugar donde estaba Alfonsina Bairán : un militar le hablaba al oído. - Se trata de usted y de mí; de las putas. A todos nos ha creado esa mujer.

El militar se había retirado a su mesa y Alfonsina Bairán llamó a una de las muchachas. Le puso una flor de plástico en el pelo y le susurró algo al oído. Ella se volvió caminando hacia la mesa del militar y por un instante él la recogió en sus ojos, con voluptuosidad, con ternura. Se quedaron allí, sin moverse. Parecía una entrega de amor, y Alfonsina Bairán, una bienhechora.

-¿No sabe usted por qué? ¿No? - le oí rogar, como desconcertado - Pues simplemente porque esa mujer se ha negado a vivir más allá de esa puerta ovalada. - Señaló hacia la puerta y vi que el militar salía con la muchacha.

- Yo también sé algunas cosas - dije, remontándome a la importancia que él daba a su historia - casi no vive. Apenas da un paseo los martes.

- ¡Ah! - exclamó él, púdico, tras una inflexión de la voz - Si fuera sólo eso. Me siento privilegiado, ¿sabe? A mi edad.. Es como si no hubiera nacido, cuando estoy aquí, digo. Porque, ¿a que no adivina? Aquí nada es real. Lo descubrí un día, de golpe, y me entusiasmé de tal manera que lo vivo pensando.

- Sí - dije - puede que ella sea algo misteriosa.

- ¿Misteriosa? No se trata de eso. El mundo es absurdo y sucio, bien. Pues, ella, que no lo comprende, le responde con la misma moneda : se inventa otro mundo tan sucio y absurdo como el real. Es un cambio neto, como puede ver, y yo lo encuentro divertido.

El se había atrevido a mirarla con una expresión vagamente obscena. Creo que se le aparecía indefensa, y desde sus ojos ardientes brotaba una reflexión sobre el sufrimiento de los demás que era como el derecho doloroso que le permitía considerarse parte de ese mundo. Sentí una tibia repulsión por ese hombre, y al mismo tiempo, me sentí hermanado, como un chiquillo en la edad ingrata, a la tarea de darle un sentido al mundo.

Estaba mirándolo con una curiosidad casi hostil, cuando sucedió, aquella noche, lo de los perros. De improviso, los perros se aparecieron en medio del salón. Habían venido desde el pasillo que lleva a las habitaciones, liberados quién sabe por qué descuido, y se habían plantado hoscos y agresivos, a gruñir con los dientes afuera, como si se dispusieran a atacar. La gente estuvo mirando en principio sin alterarse, y a algunos, el sonido de la música les impidió oír el jadear agresivo. Pero el miedo cundió de mesa en mesa, se infiltró entre las putas y sus acompañantes, interrumpió una historia o dejó sin palabras a un borracho perdido que escarbaba en el recuerdo las primeras estrofas de un versito de su juventud. El caso es que la música temblorosa flotaba sin destino, porque ojos y oídos de los parroquianos estaban atentos sólo a esas dos fieras, a esos dos demonios liberados que amenazaban con despedazarlos de un momento a otro. De pronto la música cesó, Alfonsina Bairán había hecho una seña para que desconectaran el aparato. Se inclinó sobre la caja registradora, desde su asiento, y dio dos



fuertes palmetadas. Los perros perdieron el sentido de orientación un instante, pero comenzaron a mover las colas y a aguzar el olfato, hasta que saltaron de un impulso hacia donde ella estaba, cerca de nosotros. Les pasó las puntas de los dedos con ternura, durante un instante en que animales y personas parecían constituir una sola complicidad, un solo secreto. Luego se los llevó, mansitos, sonando los dedos tenuemente, y dando golpecitos en el piso con el bastón.

Yo miré al abogado atónito porque aquel hecho le había agitado su hermosa explicación, y comprendí que había algo más que una escapatoria en ese mundo ficticio.

- ¿Vio? - le dije, con una especie de ironía.

- Hay mucha fiereza en esos perros - respondió él.

- Sí, pero los animales tienen los sentimientos que les inculcan los hombres - respondí yo, intentando matarle el amor propio.

El reivindicó su estima con el silencio, y yo miré el reloj, recordándome de mi cita con el Padre Luis. Pagué y me despedí del abogado, cruzando el salón sin prisa, lentamente, como si pisara sobre la colcha de humo.

Frente a la puerta abierta de la iglesia, languidecí. Algo como una cítara blanda se deslizaba en el viento. Estaba desierta, y la impresión de que me había metido en una aventura duró en mi mente lo que un relámpago. Oí resonar mis pasos en el corredor, cuando entré por las aletas abiertas de par en par, y me fijé que en el altar la luz remataba en el enorme vitral, comido por dos manchas azules que le venían de abajo. Atravesé la puertecita disimulada por la cortina y llegué hasta la habitación. Llamé y no respondieron, entonces empujé la puerta y vi el cuarto vacío.

## IX

Me desperté en un tono de tristeza o de estupidez, midiendo con espanto la luz que se había deslizado bajo mi cama, lamido la cara invariable del espejo, y hecho flotar en la habitación innumerables partículas fosforescentes que saltaban como prendidas al reflector del sol que golpeaba en las vigas entrando por la ventana alta. Supe, sin embargo, que era muy pronto para que fuera demasiado tarde, porque, en la mitad de mi sombra, inclinado ya en la cama y buscando mi imagen en la luminosidad del espejo, pensé que no era posible haber dormido plácidamente con tanto ardor en el aire.

Por el lado obstinado de mi mandíbula, sin virar la cara, comencé a encontrarme el rostro, cuando me sobrevino, instalándoseme en el pensamiento, una imagen de burdel. Era la noche anterior, la de los perros, con el abogado, el amigo de Alfonsina Bairán. Había una puta amarilla, bañada por una luz como la de la habitación, que se tongoneaba y susurraba con una suave voz entrando y saliendo de la sombra, acariciándonos el cuello con una mano que tenía dedos de flores de flamboyán; se tendía como un arco, viniendo de la neblina, y a ratos miraba con lascivia; a ratos con pena. Vestía un sayón que le llegaba a los pies, y muslos, cadera, brazos extendidos, junto a la gestualidad, conformaban una grácil suavidad externa que esperaba ser agradecida, tocada. El abogado la miraba orondo, mesándose la corbata, alisándose la sin ningún sentido, y pasándose la lengua por los labios, como si estuviera pensando una inmundicia. La mujer no hablaba, movía la boca desde la bruma amarilla, y se oía un pequeño tintineo de campana, lejano, indiscernible. ( Lo supe en el sopor que me inmovilizaba, lo presentí hundido enteramente en la sombra acerada de esa imagen de burdel : todo aquello era un aviso, una desgarradura del tiempo circular ). Mi figura en el espejo se había recompuesto, y al fondo de la mirada había una tristeza nueva que no había sido mía, algo recluso en el ámbito donde el miedo clava una pica fría. Únicamente, entonces, recordé al Padre Luis, y me dolió el recuerdo de la iglesia vacía. Me di cuenta que eso era lo que me mortificaba, en el despertar resplandeciente de luz, y vagamente, me sentí cobarde. Salí como pude del momento de éxtasis, y me descubrí a mí mismo, entre la ropa blanda del armario, con la resolución de acudir a la iglesia.

Recuerdo ese día con mucha claridad, se me grabó más allá de toda fealdad posible. Los carros con chapas verdes, las bombillas de los postes de luz todavía encendidas, rojizas y como moribundas frente a la luz del sol; un hombre apresurado, con cara de miedo, golpeándose la pierna al caminar con un periódico enrollado; un tipo extraño que se detuvo súbito al llegar a una esquina. Se tocó los bolsillos, hurgó con detenimiento, y pareció contrariado, como si se le hubiera quedado una llave muy importante. Caminó con sentido contrario, hacia mí, y al pasar por mi lado observé la inminencia de un acontecimiento que él llevaba fatalmente grabado en el rostro. De una esquina transversal, salieron

dos niñas vestidas de colegialas. Caminaban delante de mí, y las trenzas caían sobre el blusón blanco. Tenían faldas azules e iban tomadas de las manos, adheridas al paisaje como si nada pudiera asustarlas. Las miré enternecido, aliviándome el tránsito de atravesar el jugueteo de la fresca brisa de la mañana, entre tanta gente que se desliza despacito, sin llamar la atención, hacia su miedo. Las olvidé casi sonreído, en la bocacalle en que desembocó una puta estafalaria, al pie de un letrero de neón de un hotelucho de mala muerte donde se realizaba el amor de paso, entrecerrando los ojos por el pavor del sol mañanero que le hería las pupilas sin piedad, adormilada y estirándose las medias con una pierna subida en el travesaño de la puerta. Tenía un venático sombrero de dama neoyorquina de los años 40, con el pintalabios muy rojo, ligeramente corrido; y el vestido negro, abierto en forma atrevida en la pierna derecha, pero cerrado hasta el cuello en la parte superior. Me miró con su cara marchita, y sonrió sarcástica, todavía retadora.

Mientras caminaba, supuse que la ciudad era un escenario digno de tantas pequeñas tragedias trashumantes, y me sonreía, volviendo la cabeza, cuando alguien de mi interés cruzaba a mi lado, y yo le inventaba una historia, para cifrarlo, para recogerlo en este sesgo inesperado del existir que aludía a la muerte.

Miré de soslayo el letrerón obsceno del " Bar de la Turca ", y en la mañana de presagios, comencé a ver la leve algarabía de la desgracia. Frente a la iglesia se había congregado una pequeña multitud silenciosa, las dos aletas del portón estaban abiertas de par en par, como la noche anterior; y dos hombres, fumando y en estado de alerta, vigilaban la puerta. Me acerqué entumecido a los pequeños grupos que miraban prudentemente, y sentí que mariposeaba una obstinada solidaridad entre ellos, cruzados de brazos, mirando fijamente hacia la entrada de la iglesia, sembrados a los pensamientos ligeros que con restos de imágenes se anticipan a lo que va a ocurrir. Una mujer gimió. Viré y le vi la cara surcada. Pero me equivoqué, porque al contar con sus lágrimas, me encontré con un semblante abierto al sufrimiento, pero endurecido. No había ocurrido nada todavía, y era, sin embargo, como si la trama de las sensaciones preparara la escena. Un carro Studebaker llegó roncando, abriéndose paso y zumbando en un aire de autoridad. La pequeña muchedumbre se había agrandado, se había disuelto y vuelto a recomponer, cuando el frenazo quebró el encantamiento que los tenía inmovilizados. Cundió un rumor, se abrió un espacio esquivo de una persona a otra, y creo que en la oscuridad - que produce el miedo para igualar los hombres, todos sintieron la traición.

- ¿Pasó algo, señora? - pregunté a una anciana que espantaba el pánico haciendo la señal de la cruz.

La mujer me miró y aguardó el silencio, viró la cara y observó el auto que se había detenido. ( Dos hombres se desmontaron, caminaron hasta la puerta y preguntaron algo a los dos que estaban allí, luego volvieron al

auto y uno se inclinó para hablar con otro que se encontraba dentro. )

- No sabemos - respondió la señora, distraída, sin mirarme y como manoteando el aire - estábamos todos esperando la misa de las siete, vinieron esos ( puso el índice recto hacia la puerta ) y nos mandaron a salir de la iglesia.

Ahí me asaltó el espanto de la lucidez, y sin saber por qué, me llegó, afligido, la imagen de Valentín Abad.

" Entonces este hombre que yo no conocía tuvo ese rostro, esa mirada, esos ojos " - pensé.

La puerta delantera del Studebaker se había abierto con cuidado, y yo vi la espalda del hombre con el resplandor del sol golpeándole con tibieza, mientras aplacaba con su sombra el verdín de la grama que inundaba la puerta. Entró acompañado de los otros dos, se internó en el corredor que lleva a los altares, y se perdió en la puertecita disimulada por la cortina. Afuera, el silencio se hizo grave, se liberó de los murmullos, esculpió la espera en los rostros desacompanados, y fundó, de nuevo, la solidaridad.

Creo que hundido en esa atmósfera fue que pude dominar la intensidad de la indignación cuando lo sacaron esposado, entre los tres hombres, ofreciendo la delgadez ingrata de la silueta y achicando los ojos porque el sol lo golpeaba. Atrajo un suspiro puro, rígido, que, probablemente, brotó de la incompresión. Silueteada su imagen contra el fondo de la iglesia, arrojado a la multitud doliente con la escolta fría de sus sicarios y las manos atribuladas en el suplicio de las esposas, si hubiera levantado la vista al cielo, sería un cristo consumando la entrega. Quizás esa fuera la imagen del dolor, la daga angustiosa que atravesaba entonces, en el símil de la imaginación agredida, el corazón de los fieles que miraban a su pastor caminar entre carceleros impávidos. Pero ni el Padre Luis había levantado los ojos al cielo en busca de compasión, ni su cara retadora era la pura imagen de la entrega. El que yo conocía, el padrecito colérico que dirigía un coro de niños y lanzaba escupitajos contra ese César insular que se encarnaba en Trujillo, presentaba todavía un desvaído orgullo, una ausencia de deserción que se dedicó a cubrir, primero, la compasión de los otros, y después, a alejarlos en la máscara de la persuasión que pregonaba en el viento la inutilidad de la muerte.

- ¡Oh, Dios mío! - exclamó la señora que estaba a mi lado, atreviéndose a comentar su angustia. Miró a los demás y se balanceó en un remotísimo torbellino, hasta que no pudo más y se rindió al sosiego, dejándose caer lentamente en el suelo. Un hombre la levantó, con dulzura; le tocó la mejilla y volvió a mirar la escena, sosteniéndola con su hombro, con un juicio tranquilo e implacable en el rostro.

Cuando lo introdujeron en la parte atrás del vehículo, le observé un pequeño gesto de dolor, una muequita leve que trazó una manera particular de retener el presente. Aunque yo pensé que se merecía su cara, puesto que tenía la impresión de sentirse irremediabilmente solo y

estaba distante, intocable; era claro que ese gesto de inflar la mejilla y aproximar su pasión a quienes lo observaban compungidos se apartaba de la caricatura de portador de un dolor universal, y pedía una minúscula cuota de piedad, que era, en la memoria que sobrevendría después, el odio a la indefensión de ese presente, al ahora, a la flaca desgracia que le rozaba rápidamente, ante todos sus fieles, y que sin tener sujeto aparente se lo llevaba como un remolino, y que cuando se disipara el embotamiento, ya todo habría concluido, como si hubiera comenzado y terminado fuera de sus miradas.

" En la tarde, sin viento, los que van a morir, le pasan inventario a la vida ". Pensé.

Y lo pensé pensando, sin que lo pueda explicar, no en el Padre Luis, sino en Valentín Abad. Oí el portazo y despabilé el sentido, entonces me fijé, por primera vez, en el hombre que ocupaba la parte delantera del vehículo. Era el que habían llamado " Señor Matías ", la noche del incidente del " Bar de la Turca ", y que me había enfrentado con una pistola, luego de golpear al guardián.

El auto arrancó chirriando, y yo aparté del escándalo el ruido del corazón.

" Ahí está - me dije - en medio de los ritos de un hombre perdido. Ciertas palabras le machacarán el recuerdo, retendrá una sonrisa que alguna vez le fue destinada, pero es un rito de un hombre perdido " .

Cuando el carro desdibujó su furia, en la distancia, el rostro se borró, fue como si me hubiera quedado solo, chorreaba la luz blanquecina de la mañana, y las gentes se desentumecían, restablecían el sigilo precautorio de todos los días, mirándose ofuscados en el reborde de su impasibilidad. Una mujer miró el sol, un poco deslumbrada, y esbozó una irresponsable sonrisa de muchacha. La pequeña multitud se fue haciendo borrosa, zigzagueante, y antes de que se desvaneciera del todo alcancé a ver a Alfonsina Bairán junto a las cuatro putas que viven en el bar como damas de compañía. Entre ellas estaba Bartolina, inclinada sobre el hombro de otra vestida de azul que tenía una sueñera atrasada dibujada en el rostro. Hacían como si desfilaran apariencia, porque para reflejar esas imágenes, se hacía necesario el dolor.

" Ahora me hace falta un insulto - volví a pensar - una palabra que estalle como un látigo " .

Alfonsina Bairán vestía un traje muy solémne, gris, con unos bordados que bajando del cuello tejían una pechera de linaje. Caminaba sin decir palabras, rodeada de las cuatro muchachas, pasándose la mano por el pelo y recortando su sombra glacial contra un vapor azulado que se levantaba del suelo. Se frotó los ojos y parpadeó taladrando la bruma que la circundaba. Creo que se sonrió, al advertir de golpe que yo la miraba, que estaba allí, que aquello era como una analogía flotante de lo ocurrido en el bar, la noche del incidente.

La marcha se hizo una procesión en ruinas; las putas a salvo de la

curiosidad del barrio, con las huellas de la vida cotidiana desperdigadas en el rostro, pero alejadas, ahora, de su profesión festiva, perdidas en el sopor intransferible del dolor y la amargura que propicia la piedad. Y la vieja matrona delante, sin su bastón de arcángeles, rezongando una solemnidad exagerada, dando unos pasos precisos, dulcemente, como si eludiera la hierba mojada, como si las cosas se dispusieran a su alrededor para marcar una memoria, para disimular un olvido. La vi, la sentí como una imagen, como una ficción de la gente perdida bajo la muerte. Dentro de mí era eso; con sus mejillas rosadas, su pelo amontonado sobre la nuca, los ojos negros replegados, la carita arrugada ocultando la malicia del alma.

Como un autómatas me sumé a la marcha de las putas. Eran las ocho y media de la mañana; en los olores vivientes del día que nacía, el aire frío cedió, y una neblina de calor inundó el decorado. Entraron al bar a reculones, topetándose una con otra, amoldando su miedo a un juego superfluo. Yo entré con ellas, justo en el momento que la vestida de azul cerraba la puerta.

- No servimos por la mañana - dijo, plantándose delante de mí.

Algo giraba tiñendo de verde todo el lugar. Busqué, y vi que era el sol, entrando por los huecos del techo y rebotando en los pellejitos aterciopelados del anuncio de cerveza "Presidente". Alfonsina Bairán volvió sobre sí misma y me miró con connivencia; con un aire aprobador. La puta vestida de azul se echó a un lado, y yo di dos pasos hacia adentro, tenso dentro de mí por el bramido indecente de la amargura.

Me fui a sentar a una mesa donde el sol atravesaba una película de polvo, y en la somnolencia vagamente cómica de mis actos, me sentí ridículo, me dejé estar aturrido, abrumado por la maldita voluntad cansada de luchar por la vida.

"Ahora estoy aquí, y no tiene sentido. No tiene sentido que esté aquí mirando estas putas marchitas, con mi palabra estrangulada en la garganta".

Bartolina había comenzado a moverse, cuando yo la miré; pero la pequeña imagen de la mujer que tenía dibujada en los labios una leve sonrisa, con el pelo recién peinado pero en descuido, y hendiendo el aire al avanzar como desbocada, parecía la imagen de otra. No sólo ella; el bar, todo, era distinto por la mañana. Faltaban las luces, las lentejuelas, los borrachos perdidos, en sus rincones habituales, capturando las sensaciones y las experiencias desprendidas del anecdotario de las canciones como si fueran suyas. Además, todo sobra. Yo no veía por qué estaba allí esa banqueta, ni la tramería sinuosa que exhibía unas botellas de ron. El orden de las mesas me resultó una trampa, un laberinto desafortunado que no hubiera resistido media hora de permanencia antes se desembocar en el aburrimiento. El decorado corría hacia la vista aturdiendo, empujando la pobre calamidad de los colores dentro de la gran mancha verde. El lugar me era desconocido, como si

nunca hubiera estado allí. Su mugre se multiplicaba en los espejos, y la viva decepción del sexo calaba en los sentidos.

Bartolina llegó flotando y se sentó junto a mí. No tenía el tono de provocación que conviene a su oficio, más bien era, toda ella, el recuerdo de su cara perdida en la niñez. Antes de hablar, la sentí apoyar sus manos en mi hombro.

- ¡Hola ! - dijo. Alcé la cabeza y la reconocí desgarrando la niebla, tensando la cara para expresar una sonrisa.

En algún momento contesté, me recompuse y devolví el saludo. Creo que algo de la ínfima ternura que ocultamos se me inflamó en el alma, pero quedamos allí sin movernos, hasta caer de nuevo en el silencio. Ni siquiera sufría en el discurrir del tiempo, estaba vacío de pensamiento. La miraba sujetar una de sus rodillas entre las manos, a punto de aniquilarse en el sobresalto sacudiéndose del derrumbe que significaba el apresamiento del padrecito de Dios; y sabía que por esa idea de ella que comenzaba a fluir de sus hermosos ojos, sería capaz de vivir y comprender los reproches que la vida teje en el martirio.

" Entonces valía la pena - me dije - , venir aquí tenía sentido. Inmóvil, desierta, esta puta lánguida asume, en su pequeña existencia, una parte de mi dolor "

Nos sonreímos, rescaté su vida del espejo que la repetía en una de sus caras, y vivimos solidariamente la astucia infeliz de los animales acorralados.

- ¿Era su amigo? - preguntó Alfonsina Bairán, hablando desde mi espalda.

No la había sentido acercarse, pero casi se impuso, en la intimidad adolorida que nos habíamos procurado, sin hablar Bartolina y yo.

- El Padre Luis, digo - repitió.

Hizo gemir la silla al rodarla, y se sentó junto a nosotros con dificultad. Ella también era otra, por la mañana. Estaba claro que ese burdel era una pura farsa bajo la luz del día.

Moví la cabeza para decir que sí. Por el aire cruzaron unas hilachas de música, temblando, y me entretuve ordenándolas, resucitándoles un sentido que me permitiera entorpecer el dolor.

- Está bien - dijo ella.

Después hizo una pequeña risa, y como si se alimentara de la pesadumbre, miró el día con halago, con agradecimiento, aportando la mansedumbre que fabricaba, sin duda, el desamparo.

Quise comprenderla y la odié. Me sentí estimulado, bajo la sombra de su paz, pero me arrebaté sin remedio contra los demás. En la extraña trilogía que encarnábamos, éramos los solos con los solos, y ella infundía la más represada de todas las soledades. Me ahogaban las ganas de desquite. A mi espalda, el día era un testigo inmutable. No pude más, en el sopor del día estruendoso grité, levantándome del asiento:

- ¡Muerte, coño, llévame a mí también! Y me desplomé.





Desde la ventana alta de mi habitación fui algo así como el juez de los muertos. Había escuchado el raro fragor de la trompeta, y con la calavera en la mano, aprendido que la palabra y el silencio de los poderosos son una fina punta de alfiler. Tal vez aquello era la marca del pavor, pero con el presidio del Padre Luis, me alejé emotivamente de los demás y entonces me resultaba más fácil reconocerla.

Me encerré durante meses en mi habitación, inventé el lujo de la soledad, me negué a pensar en cuanto acontecía y obligué a mi pensamiento a jugarle el juego contrario a la vida.

Tía Eduviges era mi único contacto con la realidad. Entraba a mi cuarto y me miraba sin comprender encaramado en el alféizar de la ventana alta. Y no decía nada, porque como una criatura de Dios, tía Eduviges es perfecta. Hay que verla asumir su papel con toda exactitud. Es silenciosa como una hormiga, perfeccionista como una abeja, y en el laboreo de todos los días se apropia de la vida de los demás, pero sin abandonar el encanto de fingirse alejada de todo cuanto acontece.

Desde hace algunos años vivo con ella, es hermana de mi padre, viuda y sin hijos, católica fervorosa, dueña de una ética del olvido que le impide referirse, como a toda mujer de su edad, al refugio afortunado de los tiempos idos; pero que, sin embargo, la hace flotar en el presente lleno de escollos y trampas malditas con la fluidez del que se ha hecho perro viejo virando al revés y al derecho su verdadero pensamiento, sin entregar en verdad la última rabia, el último remilgo.

Así era en esencia Eduviges Contreras, y sólo ella, mirándome de reojo mientras quitaba el polvo de la habitación, entonando una canción de abuelos que era un repaso fantasmal del cual era imposible escapar, sabía lo cercano que estaba yo del abismo.

En la continuidad brumosa de la vida cotidiana, todo cambió una tarde. Las nubes del verano del trópico estaban como siempre tejiendo una figura de sueño, y un locutor afónico domeñando su propia tortura hasta convertirla en asombro de todos, lo anunció.

Colgado como estaba en los barrotes de mi ventana, no lo escuché, pero como desde mi posición de observador de la ciudad vibrátil me había hecho un experto, lo presentí en la agonía de corregir un rumbo invisible; en la otra forma de andar que ofrecían los seres en tinieblas que pasaban aturridos debajo de mi ventana. Era como un zumbido que tardaría algunas horas al llegar, y que había aparecido antes de tiempo en las caras empedernidas de espanto de los transeúntes.

- Te bajas de esa ventana de inmediato - había dicho tía Eduviges en forma intempestiva. No era su manera de entrar, y en el código de su sabiduría milenaria, me resultaba desconocido el temblor.

Tuve tiempo de emparentar el preaviso de catástrofe que llevaban dibujado en la cara los últimos paseantes del atardecer, con el temblor de angustia de la tía Eduviges.

- Te bajas - volvió a decir - . Mataron a Trujillo y puede ser peligroso

andar mirando por la ventana.

En el espacio que transcurrió del alero de la ventana al suelo, tuve la certeza de que la brisa que me golpeaba en el rostro era la última de un mundo polvoriento, y la primera que se alzaba resollando hacia la magia desnuda del porvenir. Tía Eduvigis lo había dicho como si interpretara un oscuro personaje de si misma, y mientras todo se derrumbaba a sus pies, siguió farfullando un lenguaje que la condujo a su clásica embriaguez del olvido.

-¿ Donde lo oíste? - le pregunté, pero ya era otra, en el tierno borrón vaporoso que muequeaba su cara.

- En la radio, mi hijo, lo están repitiendo a cada momento, tienes que oírlo.

Sesgo ardiente de perplejidad, no necesitaba, sin embargo, oírlo. Estaba seguro que era verdad, puesto que en los ocios del corazón, con los ojos cerrados, lo había deseado con ardor, y había temblado por la súplica inútil, y por los límites entre el deseo y la vida. De modo que me lancé a la calle sin pensarlo, quizás sepultado por mi propia confusión, y aunque aquello era la vestidura de mi voluntad, en la calle, mirando a las gentes, sentí un incipiente y doloroso asombro.

¡Coño - me dije, aterrorizado - están adoloridos. Por la muerte de esa bestia, están adoloridos !

No hubiera querido creerlo, pero las gentes llevaban en el rostro un dolor que tal vez no brotaba del corazón, mientras caminaban atribuladas, pinchadas por algo que súbitamente se les había desalojado del alma.

Sentí, caminando a mi lado, el aliento endulzado de un muchacho. No tenía más que quince años, en su mejilla mortecina se le insinuaba un pavor, pero avanzaba meciéndose en una tranquilidad incandescente, con largos trazos sombreados de preocupación que lo hacían parecer más viejo de la cuenta. Supuse que esa era la forma de su dolor, y pensé que el pensaba que la vida, ahora, iba a ser siempre de esa manera.

- ¡Oh, Dios, coño - me dije - pero si he sido yo el perdido !

Era la tarde. El sol estaba ahí, los surcos que dejaban los transeúntes llevaban y venían de todas partes, y a todos los unía el silencio. La ciudad se había convertido en una cripta de piedra, y sus habitantes salían y entraban de la puerta de la muerte con la cabeza metida entre los hombros. Pero también estaban ahí los árboles, los gritos dormidos, los ojos de los desaparecidos, el Padre Luis, Valentín Abad; y yo pensé que se podía ser feliz de esa forma.

- " Conozco la voz, la brisa floreada que apoya una mano aquí y otra allá, y que es aún la débil sangre del futuro " .

Lo pensé. Como si los acontecimientos venideros proyectaran su sombra sobre el porvenir. Ahora todo es nuboso, pero debe haber una creciente luminosidad al final del pasillo. Existen, hay, dos manos que palmetean más allá de las sombras. Vale estar precavido contra este tipo de mudez, contra el frío de las cruzadas manos de la muerte.

Un pájaro se había hecho una estatua en las ramas de un tamarindo reverdecido. Caminé sin saber qué buscaba, sin poder descubrir un propósito, topetándome con los demás que tenían un abatimiento sin término.

Creo que yo era un leproso que había perdido su campana, en la ciudad de nadie, saltando los gatos dormidos que se habían retrasado en las aceras, abriendo los ojos desmesuradamente por las viejas llorosas que se golpeaban el pecho con los puños cerrados, los fríos párpados donde se agolpaba la incertidumbre.

¡Ah, la ciudad de ese día perdurará por siempre !

Al atardecer, por sobre las notas asordadas del paisaje, estaba seguro que algo nuevo comenzaba en la vida. La noche caía lentamente, y la oscuridad leve todavía fingía apoyarse en la lámina inmóvil de ese pueblo de espanto. Había caminado por todas partes, había sudado ligándome al acto ajeno de fingir el dolor, y alzada en mi pecho la corazonada del desenlace enrumbé hacia la casa de José Ruiz, para compartirla, para amansarla como un desafío a la sensación de que la desolación de la escena debía terminar al final de la noche.

La casa estaba cerrada, pero yo subí por la pequeña escalera de madera y toqué la puerta. Salió la hermana de José Ruiz y me miró asombrada, con la cara de puta que todos le hemos ayudado a construir, poniéndose una mano en la cintura y retirándose dos pasos hacia atrás para mirarme de una sola ojeada, con sus ojos limpios y como si me estuviera pasando inventario.

- No está - dijo, sin que yo preguntara - salió tan pronto dieron la noticia esa.

Se corrió por delicadeza, dejando un espacio libre e invitándome a entrar con un gesto de la mano.

No me moví del lugar, lo inesperado de no encontrarlo prolongaba mi papel de payaso trotacalle que pasaba revista a los viandantes, y me encogí a la espera, quizás, de que la luz afligida de los vaticinios volviera a inundarme.

- ¿Entras o te vas a morir en la puerta? dijo ella.

Se había sentado en el sofá del pequeño juego de muebles de caoba que había en la sala, y exhibía un poco de la estrategia que le había levantado la fama de frívola, ofreciendo con provocación sus muslos desnudos. Me sonreí pensando que era puta desde el bautizo, puesto que se llamaba Magdalena, y la imaginé desnuda, llena de desvergüenza, bañada por la luz cobriza de un cuarto de hotel, diciendo su historia de muchacha curtida, sin palabra, tan sólo con la satisfacción de su propia eficiencia, tendida, como Bartolina, entre las bestias y flores del placer.

- ¿Pero no dijo nada? ¿Donde iba? Eso - pregunté sin plan, mirándola desafiante, con la otra risa perdida dibujada en el rostro.

- No, no - comenzó a decir. De la pierna doblada, corrigió un pliegue que se le hacía a la pequeña falda, exacta en la perfecta coquetería, e

inflamó el pecho adornado con flores tejidas en la blusa blanca. Ella se disolvió en su propio susurro, porque yo no la oí, midiéndola cuando mostraba los dientes, llenando el aire de un regocijo de mujer fácil, trepando las piernas y dejando ver la insinuación de la nalga, balanceándose picarona, mientras se chupaba un dedo, como ofreciendo una compensación a la sublime locura de ser la mujer más deseada del barrio.

"Dicen los muchachos que se lo da a todo el mundo, y que le rompieron la telita cuando niña" - pensé.

- Y tú - dijo ella, trazándome la cara con el dedo ¿qué haces un día como hoy en la calle ?

- Salí a caminar - dije.

No había entrado, ella tenía los pies anudados sobre el sofá de caoba y flexionó las rodillas cuando di media vuelta para marcharme. Sentí su silueta a mi espalda y no quise mirar, hasta bajar la escalerita de madera, dar dos pasos fugitivos en el inicio de la noche, y perderme en la penumbra con un caminar inseguro, cediendo mi vergüenza al abandono de la oscuridad, al casi orgullo de haberle sacado mi cuerpo a la memorable Magdalena.

Las mismas bocanadas de penumbras hicieron lúgubre mi transitar solitario. La calle era una trampa sombría, y si en un apartadero surgía de la oscuridad de la esquina la imagen de un hombre, ambos nos sentiríamos acorralados, perdidos. Así ocurrió. En un momento determinado me topé con un hombre al que le había sorprendido la noche en la faena. Supuse que era un carpintero, porque entre la pequeña caja de herramientas que llevaba apretada entre sus brazos sobresalía un serrucho, reluciente, que brillaba en las zonas iluminadas, y se volvía a perder cuando el hombre entraba del todo en la oscuridad. Se sacudió por un sobresalto y ejecutó una cabriola penosa, defensiva, frente a mí, protegiéndose de lo que creía inminente con la caja de herramientas, los ojos desorbitados y volviendo la espalda contra la pared; mientras los dos habíamos quedado inmóviles un instante, nimbados por la luz de la luna, pero como dos siluetas negras llenas de miedo el uno por el otro sin saber por qué, sin que desde el gesto encogido del espanto nos fuera permitido preguntarnos por qué.

El se apaciguó gradualmente, pasándose varias veces la lengua por los labios, moviendo el cuello flaco que había estado tieso en su postura, y revirando los ojos junto al ruido seco de sus respiraciones. Dio dos pasos y quedó reducido a su cara: Despellejado, prematuramente surcado, la breve mancha del bigote como franjas oscuras del sufrimiento. Caminaba casi enteramente en la sombra, volviéndose como si acechara, dándole un retoque, de perfil, a su desesperación.

La gorra gris fue lo último que salió y entró de la sombra, antes de que comenzara a percibir la cascada del miedo, y el húmedo hocico del peligro me lamiera los ruedos del pantalón. Estaba solo, ya no llegaba en

el aire eco de alguno de sus pasos, de ahí en adelante, ese hombre, también, era yo.

Pensé en el lugar más cercano para refugiarme, en regresar a la casa de José Ruiz y enfrentar a la turbia Magdalena; estaba cerca del "Bar de la Turca", a dos cuadras, y la idea de ir allí me llegó bordeado de indecisiones.

Me pegué a un muro largo de ladrillos rojos, y caminé sigiloso, oyendo mi corazón a través de la noche. Reculando contra la luz grisácea, lo alcancé a ver, dormido, con sus muchas luces apagadas, la puerta ovalada cerrada, sus paramentos chillones reflejando mortecinamente la invitación festiva de todos los días, y la atronadora música extinguida, enmudecida para entonar con la noche. El "Bar de la Turca" estaba en paz, una capa uniforme de silencio lo envolvía.

Toqué con miedo, en un estremecimiento sucesivo que se multiplicaba y rechinaba con el golpe de mi puño en la puerta ovalada, volviendo por el tragaluz y precipitándome en el terror. Desde adentro, un reflejo se curvó, como si estuvieran mirando por la rendija. Unos segundos después preguntaron:

- ¿Qué desea? No estamos sirviendo.

La voz era de un hombre y fluyó de esa manera, haciéndolo sentir. Tensé el cuerpo y hablé a los penachos de luz que venían de adentro, encimándome sobre la puerta, como si dijera un secreto.

- Abrame, por favor - supliqué.

Media vuelta la cara, sentí que alguien se movió adentro. Algunas casas estaban iluminadas en los alrededores, pero todas tenían las puertas cerradas. Las dimensiones de la soledad se hacían inmensas por las calles sin nadie y las puertas cerradas. Una brisa fría me invadió por el costado derecho.

- Abrame - volví a suplicar - soy amigo de Bartolina, déjeme entrar, por favor.

Había puesto la mano en la manija de la puerta, y lo advertí cuando la sentí ceder, irse en declive con la media arcada del portón ovalado que comenzó a abrirse, lentamente, dejando salir hilos luminosos que me fueron segando, hasta sostener las débiles imágenes que se alzaron deformes ante mi rostro.

- ¡Muchacho! - gritó Bartolina, desde la espalda del guardián que sujetaba la puerta - ¿Te volviste loco, o qué?

Hubo un instante de perplejidad, porque Nelson Nova vaciló para soltar la puerta, y se interpuso murmurando algo ininteligible, titubeante, con los músculos tensos. La dejó correr empujándola con un pie, todavía indeciso cuando atravesé el umbral.

- Gracias - dije, clavando la vista en el crudo verde, en el umbrroso desatino de los colores que muerden en un ambiente donde no flota la música, las cosas están como paralizadas y es demasiado el chal de la noche tejiendo el instante de desolación.—

Las sillas estaban recogidas sobre la mesa, los escaparates y el aparato de música, apagados. La caja registradora tenía un mantel blanco que la cubría, y la mecedora de Alfonsina Bairán vuelta al revés, recostada contra el mostrador. Era como si también allí se estuviera a la espera de un desenlace, como si la vida se hubiera estancado en una gigantesca fatiga.

- ¿No me digas que no lo sabes? - dijo Bartolina. Se había recogido el cabello, con el busto inclinado estaba esculpida en la luz, mientras bajaba dos sillas de una mesa.

- ¡Estás loco! - volvió a decir. - No me digas que no lo sabías! Sólo a un loco se le ocurre salir esta noche.

Sentí el acoso de la humillación, rodeado por todas partes de tinieblas, alisándome el pelo mientras le echaba un vistazo a Nelson Nova, quien se había acodado sobre el mostrador y nos observaba a la altura del espejo; mirándole los labios a Bartolina sobre un fondo verde, las mangas alzadas, supe que en realidad había salido por nada.

La volví a oír, mientras me fingía entretenido, tamborileando con mis dedos sobre la mesa.

- Te volviste loco - repitió - un día como hoy, imagínate. ¿No se te ocurrirá que te sirvan cerveza? ¿Eh?

- No - dije, sin pensar.

- Si nos encuentran bebiendo nos matan a todos.

- Sí.

La extrañeza de una frase tan elemental me produjo un miedo intenso, y comprendí que ella no era capaz de explicárselo, pero era claro que lo decía desde la perversa nitidez del terror.

- Vine por ti - dije, mintiendo - salí a caminar cuando lo supe, sin rumbo, me sorprendió la noche cerca de aquí y me pareció buena idea venirte a buscar.

- ¿Hoy? Estás loco!

- Es un día como otro cualquiera - dije, en el límite de mi provocación.

- ¡No! - gritó ella - Te lo digo, estás loco. ¿Qué hotel te abriría hoy? Estás loco.

- No tengo a donde ir, vine a buscarte.

- ¡Estás loco! - siguió diciendo.

Se alejó un poco y manoteó, no había música y estábamos sumidos en el verde que se desprendía del anuncio de cerveza "Presidente", cuando la vi sonreír, encogiendo un hombro, aleteándole los restos de luz que le daban en la cara, defendiendo para sus adentros el golpe de gracia que la hacía sonreír.

- Habrá que decírselo a la doña- exclamó.

- Sí - dije, volviendo a mirar a Nelson Nova que se había hecho inubicable, desde su pálida curiosidad.

- No es para salir. Hoy no se puede salir. Te tendrás que quedar aquí.

Habló y dio dos pasos hacia el corredor, yo levanté la vista y la encontré fija, apacible, frente al cuerpo imponente de Alfonsina Bairán, que había llegado sin que nos diéramos cuenta.

- La luz - dijo Alfonsina Bairán - apaguen la luz. Es peligroso.

Habló sin drama, extendiendo un brazo y dejando flotar la carne flácida. Llevaba una bata rosada y los cabellos le caían sobre los hombros. Desde su territorio, su sola presencia exigía el silencio.

- El vino - dijo Bartolina - tuvimos que abrirle la puerta.

Pero ella no contestó. Nelson Nova apagó las luces y se deslizó silencioso hasta el mostrador, silabeó algo que se coló entre la oscuridad, en el mismo momento que ella dio la vuelta y caminó en el pasillo, hacia las habitaciones.

- Preparen algo donde pueda dormir este muchacho - dijo de pasada, y yo alcancé a percibir, en la brisa de su quietud, las llamas encendidas de su santuario. Por primera vez, la relacioné con certeza con todo lo que estaba pasando. Ahí estaba, solitaria y dolorosa, sobre la figura de vieja dama indigna que ella imaginaba ser.





" 1961 : El mundo se derrumbó como montaña de sal bajo la lluvia. Es decir, se derrumbó Trujillo, el cabrón que muchos de nosotros llegamos a creer que no le entraban las balas. ¡Mierda! En este cuarto espero el rosa del amanecer, Bartolina duerme a mi lado, inocente, rendida en su sexo rotundo. Ella es como una página en blanco; alguna vez, lo que ocurre ahora la marcará dormida, sin que ella sepa que el espíritu del tiempo le bordó esas cicatrices en su página virgen, que luego se desprenderán, y serán como su experiencia, como su memoria, como su testimonio sumergido. De los linderos del sueño regresa virgen, Bartolina, frotándose los ojos, azorada en ese cuarto de lebreles que huyen, anclada con pudor en el juego de reflejos y contraluces del rosa del amanecer, con una punta de la sábana cubriéndose los senos, tan coqueta en ese sesgo de lindura que ella misma se desconoce, como si otra clase de designios recién prendidos le reviviera la inocencia, el frescor, la nimia felicidad de muchacha campesina, perdida en tantas noches de burdel, atropellada por tanto amor de urgencia, por tantos querendones que eyaculan atribulados sobre su cuerpo, como si se cobrarán el gran rencor de sus vidas".

" El rosa del amanecer me envuelve. Dentro de algunos instantes, las gentes comenzarán a buscarse en los roperos, con el alma acomodada al torcimiento, a las mataduras de sus deseos, a la espléndida oportunidad de un tiempo inapelable. Porque desde la muerte de Trujillo hay un sol distinto, y aunque si nos miramos las manos las encontramos vacías, algo nos invita a sentir el calor que se desprende por sí solo de las horas que vivimos. "

" Pero no es cierto, las manos no están vacías. Hay piedras y palos, y turbas iracundas buscando culpables. Y hay culpables. Hay llagas. Hay tormentos. Hay cuerpo y alma. Hay una dulce madre gris que clama sin bríos. Hay la palma de la mano en la frente. Hay la piel lisa de los barbipungentes. Hay alguaciles con el ceño fruncido, observando con atención el vuelo de las briznas de hierbas. Hay una asustada cara de un torturador : ¿Qué? ¿Dónde? Yo de nada me acuerdo, sólo recuerdo sensaciones, el bordoneo de una queja, sombras boscosas que pasan volando - dice - . Hay la carne que decae, una punción, el deseo de llorar, las rodillas sin resistencia quebrándose, el ataúd crujiente, las caras de los que integran las turbas manchadas de suciedad y lágrimas.

" Sí, hay culpables. En el furor de nuestras fornicación, Bartolina y yo, somos también culpables. Y el anochecer, cuando las máscaras de los turberos regresan cansadas a sus casas, y sus piedras reposan, y sus látigos y palos reposan de golpear miserables soplones, ellos también son culpables. "

" ¡Oh, Bartolina, por tu sexo habla toda la humanidad ! "

" 1961 : Lo que se derrumbó está ahora rebrillando en los puños frenéticos de esas multitudes que recorren las calles buscando

culpables. Alfonsina Bairán no ha vuelto a abrir el "Bar de la Turca".

Todo es confusión; mientras tanto, Bartolina y yo nos refugiarnos en este maldito cuarto de hotel mugroso. Aquí podemos dejar de ser estorbo, existir afincados en los otros, en lo que ocurre ahí afuera, en ese saturado porvenir de vida verdadera que reclaman las turbas golpeando con palos y cadenas, acorralando chivatos, masacrando en plena vía los símbolos de la degradación que mágicamente hasta ayer mismo adoraban.

"Pero está también el miedo. Un miedo distinto, proveniente de la vaciedad del presente. Esta gran multitud es un espectro que no tiene destinatario, y enyugada a su ira, arrasa con todo, sin miramiento, sin exquisiteces, doblando sin piedad su amplia cola de conspiradora. Son los mismos que lloraban en las calles el día de la muerte de Trujillo; se desconocen, han volcado su pudor póstumo, y en sus largos retumbos, son, por ello, más peligrosos."

"Quién sabe si Alfonsina Bairán no ha abierto más el "Bar de la Turca" por miedo. Bartolina dice que todas las muchachas que viven con ella tienen miedo, y que algunas se quieren ir del lugar. Al bar iban algunos esbirros, y cada vez que las turbas pasan, hay como una niebla tibia, como un cerco en abanico que hace sentir tan desasistido al caserón de puertas ovaladas, mientras la multitud alza su hocico y mira el letrero apagado, serpenteando, plegando sus muchas cabezas de odio."

"De modo que esta habitación del hotel "Saratoga" es algo más que un refugio. Bartolina llega y se aprieta a su hombre, se ahinca a mi pecho como no hay otra, se derrama llevándose y trayéndome con su contoneo de culebra, soltando sus griticos de puta, y ahogándose en el jadeo de la fornicación, hasta desmadejarse con el gusto partido por el eje, y quedarse dormida, lejos de su miedo."

"Yo entonces, como ahora, argumento en ese cuerpo afligido. Extrañamente tiene un cuerpo limpio, impecable. No hay una sola mancha, un solo disgusto, una sola pista del malvivir. La piel chorrea un brillo crudo, como si estuviera saliendo de las aguas del río, y sus nalgas, que no son exuberantes, son, sin embargo, gloriosas. Está de espalda, a veces gime y ruega en la paz de su sueño, y yo la puedo cruzar con mis manos desde la greña desparramada en la almohada, hasta el montículo leve de sus nalgas altivas. Se contrae y dice el nombre de otro, lo dice como si estuviera leyendo en el encalado de una pared, escrito a golpe de cortapluma, y dejado allí como testimonio. Lo pronuncia extraviada en su sueño, arrinconada en la única sinfonía con la que puede extasiarse, represando en la memoria la carga bronca de los pocos momentos de verdadero amor, evocando en falso los lugares y los rostros, el tiempo perdido, en que la vida parecía restallante."

"Por momentos me siento un salvador, un redentor, mirándola dormir. Casi soy abogado, y entusiasmado por la distancia que ella pone

entre nosotros y la multitud en la calle, permitiéndome salvarla, permitiéndome postular con el pensamiento, me aguijoneo orondo con el filete de la inteligencia y les beso las nalgas, agradecido. ¡Ah, Bartolina!"

"Vagamente el rosa del amanecer tiñe la habitación, y el aire fresco levanta un hábito frío. Ahí está el día, los mismos cuerpos atormentados comenzarán, dentro de un instante, a pisotear las mismas veredas, y las horas baldías recobrarán calor, ruidos, afanes, esperanzas desvaídas, y el vértigo de un futuro que no se adivina. Casi soy abogado, he dicho. ¡La pura mierda! ¿Qué es un abogado? ¿Ese viejo baboso que manosea muchachas en el "Bar de la Turca"? Se ve distinguido, pero la bocamanga de la camisa la lleva deshilachada, y su miedo le chorrea como baba de alquitrán por la corbata. Mirando al techo y pensando estas cosas, estoy tentando la imaginación. Se me ocurre ahora inventar la canción del abogado. Algo así, veamos:

El abogado es un gran carajo

El abogado es un gran cagón.

¡Eso! Algo así. Debería tener algo que dijera más o menos eso. Si no despertara a Bartolina me riera, sí; hay que reír, nos han enseñado a avergonzarnos de la risa y del amor. Cuando más reía era cuando fui monaguillo. Lo que más me gustaba era llevar el incensario, una copa de cobre brillante, limpiecita, que se sujetaba con una cadena, y se movía piadosamente de un lado para otro, y salía un humo oloroso por las pequeñas rajaduras, un humo como bendito, como celestial, como destinado a purificarlo todo. Ahí sí que nosotros nos reíamos, y el padre no se daba cuenta, tan solemne con su blusón blanco, masticando su maldito latín, y nosotros que nos sabíamos la formulita de respuesta contestándole, sin saber qué coño significaba aquello, y riéndonos por lo bajo hasta más no poder. Ahí sí que me reía, ahí sí. Pero los monaguillos son flojos, lánguidos y obscenos. Los monaguillos son como muchachos idiotas, pendejones, pajeros y esas cosas. . . Quién sabe si algún día invento, también, la canción del monaguillo. . . "

"A Bartolina, que duerme ahora, le brilla el pelo bajo el fulgor del sol. En esa descuidada postura le dolerá el cuerpo al despertar. Me entretengo mirándole los párpados velados, el cuello flamante que erguirá asombrada cuando despierte y se dé cuenta que todo está igual, y pase revista a la habitación frotándose la nuca, mirando el cuadro de siempre, con los lebreles de ojos desorbitados, la ropa sobre la silla, la luz aún débil del sol rosa que calienta lentamente la habitación, y la hace insoportable, y nos expulsa a la calle, a los dos, con nuestro aire escurridizo, entre tantas gentes que viven con furor el piadoso engaño de sentirse fuertes desde la turba, de creerse la historia en movimiento, de antojárseles desgañitarse pidiendo a gritos que les ofrenden culpables, que sí, coño, culpables, azotando el aire con los puños alzados, renqueando de recorrer la ciudad desde temprano, arrastrando cadenas y palos, listas negras donde garabatean los nombres de las

víctimas, y que leen enronquecidos por sobre el vocerío, para continuar después del último sablazo. "

" Alfonsina Bairán tiene miedo, no ha vuelto a abrir la puerta del "Bar de la Turca ". ¡Ah no, coño, esa mujer no puede tener miedo ! ¿O sí, tiene miedo, y no la abre por eso ? "

" ¡A lo mejor si le está organizando una jugada a la vida, con sus perros de mierda !

¡Ah, Bartolina ! "



Comencé a visitar el " Bar de la Turca " todas las mañanas, me hice parte del decorado, necesitaba sus luces. Tocaba la puerta ovalada como a la diez de la mañana, y Nelson Nova abría cloqueando su desasosiego ; primero presentando la cara alerta y el cuello violeta bajo los ramalazos que venían del verde del salón desierto, y después parpadeando confuso con sus ojos cínicos, muequeando un saludo que en sus labios era una contrariedad, y dejando ver sus dientes blancos en un rictus moroso, mientras abría campo para dejarme pasar.

Adentro era la desolación. Una seda de polvo cubría el aire, y era como un abandono, como un irreprímible deseo de llorar que se avivaba con el escozor del perfume, con el recuerdo de tantas putas radiantes, con el relente de la música dulzona que servía como envión del deseo, de la lujuria, de la amalgama de fantasías sexuales que tantos parroquianos esperaban complacer en este salón dormido. Las sillas seguían sobre las mesas, la vellonera apagada, las neveras desconectadas, y la mecedora imperial de Alfonsina Bairán recostada contra la caja registradora, cubierta por una sábana blanca.

Yo bajaba una silla de la mesa y me sentaba a esperar. Las putas son buenas dormidoras de mañana, y acariciaba con mis dedos la riqueza del tiempo que estábamos viviendo ahora, como si fuera un tiempo recordado. A lo largo de la calle, detrás de los mercados, rodeando los barrios miserables y los barrios aristocráticos, estaba naciendo, ahora, la multitud. El porvenir todavía no está ahí; la gente se tizna entre la multitud, golpea con rabia los esbirros que se rozan en sus caminos; a la luz de los cirios se ensañan contra Dios y le confían su esperanza, pero nada de eso es el porvenir. Quizás por eso yo desconfiaba, quizás por eso me salía de la circulación, y no andaba como José Ruiz, cazando soplones en la vía pública.

Además, fuera de todo deseo de habitar la intimidad ajena, la vida que yo había elegido para abrirla ante mis ojos como caja de pandora era la de Alfonsina Bairán. Si hubo escaleras, si empiezo a oír un sonido que cruje, si una ventana se abre a mi paso y un rostro me deja deslumbrado, si una pequeña lluvia me obliga a refugiarme en un alero, junto a otras personas, y yo me explayo, engoladamente, y alabo el tiempo; es para pasar por las cosas fingiéndome absorto, detenido en la maravilla de tantas vidas que, como tomadas por el cuello, proclaman a pleno pulmón todas las ferocidades que habían guardado, y que ahora exponen al sol de la mañana. Pero en realidad, de su lisa y llana existencia, tomo únicamente lo que sigue al presagio, lo que se relaciona con el sesgo inesperado de la vida de Alfonsina Bairán.

Repienso aquí que yo iba al Bar a defender mis averiguaciones, a esperar, a recostarme del rugoso manubrio del tiempo, del tiempo de esos días que se hinchaba, que se inflamaba como una bomba, que entonaba una melodía bullanguera, delante de nosotros, precediéndonos.

Las muchachas se comenzaban a levantar media hora después, y

llegaban al salón en forma pavorosa, recitando desde su cuerpo todos los detalles del desparpajo, cruzando como sombras con el pelo ensortijado, presentando en pequeños gestos las agruras del malvivir, con las caras cremosas desfiguradas, las téticas rasgando con el pezón tintineante la seda de las batas de dormir, la boca pastosa en silencio, y el taconeo levantando el revuelo, amotinando el polvo que se veía ascender por los rayos del sol que entraban por las rendijas, y que lo ponían alerta todo, como si sólo por su cuenta, las putas le dieran cuerda al reloj de la vida, y lo echaran a andar, frente a tanta desolación.

El mujerío prendía el día, en realidad; bajaban sus sillas y se encaramaban como mono de circo, con el cigarrillo detrás de la oreja, o encendido y colgando quieto de los labios ardidos; se miraban en el espejo arreglándose los tubos para amoldar el cabello, mientras cantaban una canción de amargue, con picardía, como ejercitando la infamia. Yo no me movía, con el codo sobre la mesa, seguía mirándolas de reojo, impasible a luz del día, observando los relieves de sus formas cuando se arremangaban las faldas más arriba de las rodillas, o venían a la mesa en batas transparentes; sufriendo con ellas lo indecible cuando afuera la arenga de una turba exaltada se detenía frente a la puerta del bar, y ellas se paralizaban de miedo, recortadas contra el fondo verde de cerveza "Presidente", acompasando la respiración en la corazonada de que ese era el día final, el intransferible, el que habían estado esperando desde la mugre del encierro.

Bartolina siempre llegaba de última. Se le caía la sueñera de la cara, pero sabiendo que yo estaba esperando, traía en la mano la caja del juego de dominó. Jugábamos sin prevención del tiempo, sin referir en los más mínimo lo que estaba ocurriendo afuera, riendo de buena gana cuando le tocaba salir a una pareja de perdidosos. Bartolina era mi frente, y me hacía dedicarle encendidos elogios por lo bien que movía las fichas, sorteando con el gesto de jugador avezado los empalmes difíciles de los blancos y los negros del juego de dominó. A veces nos arrimábamos botellas de cerveza, y nos cruzábamos las manos intercambiando tragos a pico de botella, virando los dedos en un platico con maníes, oscilando la cabeza de un lado para otro en el trance exagerado de una decisión importante.

Mucho después del mediodía, las muchachas calentaban una sopa de lata, o preparaban rápidamente un arroz con salchicha, y nos lo comíamos con pan, en silencio, como si el momento fuera una pausa en el combate. Con los miembros tensos, a veces nos llegaban los sonidos metálicos de afuera, y para no sucumbir, yo hacía una broma, encaramaba en un chiste el calambre que nos recorría solidariamente a todos.

Alfonsina Bairán aparecía siempre cerca de las tres de la tarde. Tenía en el rostro ese algo perdido y aplastante que la separaba de las demás, y se movía, escoltada por sus perros, con el fulgor salvaje de una



gloria extraña y desconocida. En mi visión de esos días, la recuerdo más bien como alguien entrampado entre la calma y el llanto, con la memoria renga de dolor, y el orgullo refinado entorchándole el pecho. La suya era una imagen repetida, hecha de todo ese incendio verde que el sol rajante hacía refulgir en sus cabellos bien peinados, en el vestido señorial, como sacado de un retrato de gran salón; en las manos diestras de domadora de perros sosteniendo el peso del cuerpo con el puño firme en el bastón de arcángeles. Como ya era parte de su vida, en este encierro inexplicable, cuando la veía llegar, la miraba casi con amor. Se estaba un rato de pie, la sombra de su cuerpo cayendo como una ducha fría sobre la mesa de dominó, y quitaba la sábana de la mecedora, con un ritual desganado, para sentarse y recordar las tablas sucias y barnizadas del dormitorio de Alberto Cuadra González, el patio con casuarina de Haffe Bairán, o los cimbreantes barcos que llegan del mar y de sus vientres salen hombres perplejos por el sol.

Me desnublaba y me iba acercando, poco a poco, tratando de que mi necesidad de mostrarme y hacerme oír no significara, bruscamente, un asalto a la alambrada que ella hacía sentir por fuerza a su alrededor. Entonces me miraba y rozaba algo muy próximo a la sonrisa, para después preguntar lo de siempre :

- ¿No se ha sabido nada del Padre Luis ?

Y oír, también, lo de siempre : Que no, no se ha sabido nada. Que son miles lo que andan buscando parientes. Que el " Movimiento " ha publicado fotos de los desaparecidos, que yo tenía fe en que aparecería.

Era como peregrinar por la pena, porque ella y yo sabíamos que el Padre Luis nunca aparecería; y sabíamos también, que en ese momento cada uno estaba jugando su papel.

El mío era un juego de la imaginación, una pista de los sentidos que en una historia tan dilatada pescaba girones de vida y lo instalaba en el portal del misterio, del presentimiento. Y el de ella eran las circunstancias de la vida, incluido este encierro, contra las cuales se había franqueado una fuga y se había consumado, o se consumiría, su propio despojo.

Durante aquellos meses en que iba por mi propio interés todas las mañanas al " Bar de la Turca ", creo que jugué mi papel. Mentí, me fingí aplicado a no sé qué conflictos derivados de mis conversaciones elípticas con Alfonsina Bairán, prudente para no tocar con mi entusiasmo los límites de la exaltación. Poco a poco estaba saqueando su vida, me había apoderado de su intimidad, tanteaba sin alboroto algún velador oscuro por sus noches de alcoba, y ella se indignaba sin fuerza, como admitiendo la complicidad, como cediendo a la coquetería de cronista que yo le ofrecía, como si de pronto se le hubiera hecho cuesta arriba que en un santiamén desapareciera todo lo que ella había levantado contra el destino, y dejado de lado sin que otros lo supieran.

Me lo dio a entender como la única forma de salvarse y perdurar más

allá de la noche; y yo lo supe aislado en un pensamiento cualquiera, escuchando las turbas afuera bramar y manotear, y a ella distanciarse de la mudez, del paño frío, que la cubrió al amanecer que trajeron el cuerpo sin vida del español que abrió sus sentidos a la existencia.

Lo supe, sí, y estuve alerta, pero llegué tarde, el día de la noche del fuego.

Para mí que fue una jugada de la casualidad que se vino a juntar con su deseo, porque yo pienso que ella quería desaparecer de esa manera, clausurada para todo lo que dejaba detrás. Había ido a casa de tía Eduviges a cambiarme la ropa, con la fresca del anochecer. Debí seguir de manera inconsciente la forma de operar de las multitudes airadas: se retiran cuando llega la noche, pero cuando entré a la casa, se me clavó un pálpito lento, un vaticinio que se allegó en el aire.

- Van para el este y de noche - dijo Tía Eduviges, bordando en la mecedora, con un ceceo endulzado, afinando las pupilas para meter el punto en el sitio preciso.

-¿Cómo? - pregunté yo, que no había entendido nada.

- Los turberos - dijo ella - pasaron hace un ratito, con dirección al este, a la parte alta.

Me sacudí del vientre a la nuca, y con un paso largo sumado a otro me puse en la calle. Hay crueldades que viajan en el aire brumoso, y uno las siente en el viento que te impide avanzar. Caminé batiendo el aire, hirviendo en la deslealtad de la borrasca de estos días que me estaba jugando tan mala pasada. En el camino tropecé con pequeñas turbas, con manifestantes aislados que llevaban al hombro guiraldas luminosas para alumbrarse el paso, y el infundio maligno que descubrí en sus rostros me hizo acelerar.

Tuve las piernas agarrotadas al detenerme brusco y ver la inmensidad de personas que golpeaban briosas la puerta de madera del "Bar de la Turca". Había oído la bulla antes de llegar, pero cuando doblé en diagonal, la multitud resabiada descerrajó alaridos, trompearon al unísono contra la puerta ovalada, y empujaron en tumulto el caserón entero hasta hacerlo crujir, bamboleándolo y blasfemando con voces broncas y alteradas, maldiciendo irritados con los rostros escarlatas por el reflejo incandescente de las antorchas encendidas.

El letrero saltó en el péndulo irremediable del caserón cediendo, y cayó primero en el centro de la multitud, desde donde voló por los aires, perdiéndose y volviendo a aparecer, a medida que la comba de la noche se iluminaba con el reflejo de las lenguas del fuego de las antorchas. Ya nada hubiera podido impedir lo que estaba ocurriendo, y con las palabras que cuento esta historia también me acongojo; pero el letrero reluciente del " Bar de la Turca " me dejó en un tris de perder el juicio, vacío por el guiño del azar que me impidió estar ahí adentro, trenzado a la hora estelar de su destino, con los brazos alzados y acumulando recuerdos de los cuales no me separaría nunca jamás en mi perra vida.

Me sentí amortajado en el bullicio. La multitud era compacta, retenía en sus flancos un poco de la fuerza, de la presión del centro, y como una ola me iba involucrando en un ademán circular, topetándome con las caras gastadas de los turberos, mirándoles la insolencia a flor de piel, arremolinándome sin quererlo en la contagiosa locura de perseguir, de golpear, conservando en la cara una inexplicable expresión de pudor.

En ese ruido de marea, me sentí uno de ellos. Me involucré en su furia, y como si hubiera perdido el sentido comencé a dar codazos de un lado para otro. Llegué hasta la puerta ovalada con un empujón del tumulto, restregándome en forma violenta con un raro personaje que llevaba un maletín bajo el brazo, tenía camisa blanca y una corbata desarbolada; y con los ojos ávidos a punto de reventar de odio detrás de los espejuelos de concha, golpeaba la madera con la mano libre en una explosión de ira que a mí me pareció debía producirle dolor, y que lo ponía rojo de cólera, simulando odio y furia, en el alarde de su pasión. Lo vi desde la piel parda y la cara lampiña, meciéndonos con el envión desconsiderado de la turba bramando, y en un fognazo de inspiración me pareció un ser inadecuado, carente de la exhuberancia fogosa del turbero, atolondrado y disperso en la empresa ingrata de justificar la suficiencia de sus pregones de ofensa que derribando esa puerta se pretendía cobrar.

Levanté el puño, saturado y resollando sin aire, y lo golpeé en la cara con todas mis fuerzas, pensando en ella, cantando entre dientes canciones que se me habían grabado en la memoria por haberlas escuchado en el salón del Bar, concertando la ilusión de que Alfonsina Bairán sobreviviría al rocío de la muerte de estas horas; porque en el zarpazo final nada era auténtico, como el vuelco que le había dado a su vida la hora trágica en que le llevaron al marido con la distancia brutal que sólo brinda la muerte.

El hombre rodó por el suelo junto a las primeras gotas de una llovizna muy leve que dejó una brizna de humedad en los cables eléctricos, y no tuvo tiempo siquiera de saber quién le dio, porque un tipo colérico inició un petardeo tratando de encender una botella con gasolina, y la multitud rugió abriéndose en abanico, haciendo espacio para facilitar la maniobra de arrojar la botella contra la puerta, lo que levantó un remalazo de fuego que pasó rozando los techos de las casas, y dejó en el cielo como el ala de un pájaro de humo que la brisa empujaba hacia arriba.

- ¡Coño, no! - grité, con el ardor de la llama arropándome el rostro.

El fuego bailó primero frente a la puerta, chamuscando de gris rápidamente los colorines chillones, y se arrastró sinuoso, entrechocando las llamas en el vaivén del viento, haciendo crujir la madera que reventaba en el estrépito del calor que la iba arrojando, convirtiéndose en un garabato de sí mismo el viejo caserón de Alfonsina Bairán.

Frente al haz de fuego la multitud retrocedió a la acera, sumida en un espolvoreo plateado que se desprendía de los relámpagos lentos del

chisporroteo, y yo me vi en mi rostro rojizo, impotente e inmóvil, con la boca abierta y lanzando rápidas miradas, y volviendo a mirar, girando con temor mis ojos, entre el estruendo del caserón lamido por las llamas y la algarabía de la multitud zumbando en mis oídos.

Entonces recordé la noche del incidente, el patio con guijarros que salté precavido y que me sacó dos calles arriba del Bar. Corrí sintiendo un roce seco a mis espaldas, ahogándome con el golpe del viento impuro que venía del fuego, hasta que giré en ángulo recto, con un silbido en la respiración, atropellando las largas hojas de helecho que venían del suelo, sintiendo en mis ojos las briznas de pajas que se desprendían y se desperdigaban por el aire, hasta mirar la hilera de zinc bruñido que separaba el patio del "Bar de la Turca". Me detuve en cuclillas, iluminado por los pequeños haces de luz que pasaban danzando y que venían del fuego que todavía no había llegado a la parte de atrás, y brinqué en un impulso repentino, saliendo de las tinieblas y entrando a un halo amarillo que centelleaba en el patio del Bar.

Oí el chisporroteo, la masa rosácea ensanchándose, y miré la puerta de atrás abierta, el pasillo solitario que llevaba a las habitaciones de Alfonsina Bairán, ennegrecido por el humo que venía de afuera; y me lancé hacia adentro, atravesando los conos luminosos del calor.

El cuarto de Alfonsina Bairán estaba vacío, y el maniquí con el que entrenaba los perros recostado en el armario gigante. Seguí hasta el fondo del salón, hundiéndome en el verde que se desdibujaba por el calor, y no vi más que las sillas dispersas en el pequeño escenario, algunos vasos de cerveza a medio terminar, y un pañuelo de mujer floreado abandonado por el suelo. Parecía que todo había sido dejado allí de improviso, como en estampida.

Todavía cegado por la luminosidad, regresé al pasillo y entré a la habitación de Alfonsina Bairán. Me fijé en el maniquí recostado sobre el armario gigante. Tenía un resorte que se le salía por el lado derecho, y parecía que lo habían destrozado los perros. Me atrajo un parpadeo en la superficie pulida de la foto sobre la mesita, y la tomé en un gesto mecánico, inclinándome con el cuerpo más claro entre los repetidos golpes del corazón. A partir de ahí me moví como si estuviera frente a una experiencia anterior. Sentí corriéndome por la piel el gusto ramplón de apoderarme de su vida, y busqué desesperado hasta que encontré el Diario, sus viejas notas de virgen infeliz, que ella guardaba con las amarras en cruz de una cinta de tafetán morado. En el armario gigante encontré la libreta deshojada donde Alberto Cuadra González escribía los versos que volvía a romper inmediatamente, y acorralado ya por el resplandor, leí en su caligrafía de gente oscura, lo que debió haber sido el título de un poema de amor: "Pasajes de un largo olvido".

Sentí los aros incandescentes, como una girándula, penetrar el pasillo aglutinándose en puntos luminosos, y vi las tres vueltas de una viga ardiendo desprenderse y estallar en un rosario ininterrumpido de

chispas. Todavía esperé, con los únicos despojos visibles del pasado de Alfonsina Bairán en mis manos, desgobernado por la cara invisible de la perversidad, ovillando trozos de una vida que no era la mía, pero que en un cambalache del destino atrapé mi memoria, como el clavel de un día.

Cuando salí, la lluvia leve se había como detenido en el techo de la noche, y la multitud dispersándose era un montón de semblantes desfigurados, con los cabellos humedecidos y los rumores y las voces apagándose en el aire. Algunos lanzaban todavía ultrajes animosos, a pesar de la mala racha, a pesar de que todo lo que pudo haber sido el botín se estaba quemando a sus espaldas. Y yo toqueteaba bajo la camisa el testimonio palpitante del Diario de su vida, la libreta deshojada y sin explicación posible de los poemas que quizás él nunca escribió, y la foto de pie, junto al muro, en la que ella lo miraba desleída, en su ayer de muchacha, y él le sonreía con la luz de aquel tiempo, cuidando de quedarse ahí detenido, arañando la eternidad, colmando la sensación de invadida por ese fulgor que arrancó del amor, y que, ahora estaba seguro, fue el don de su vida.

El " Bar de la Turca " se desplomó en un mar de cenizas, y crujió con una música gemida que hizo virar las caras, por última vez, de los turberos que se retiraban entre cansados y confundidos. A mi me obligó a reacomodar el desconuelo, a cabecear en duda mirando la ruina irremediable esfumarse en el polvo humeante que respunteaba el cielo, por lo cual tuve, extrañamente, el achispamiento del triste. Sentí alegría, creí asomarme a un gran prodigio: embelesado ante las ruinas, comenzaba a comprenderlo todo.

Caminé entre la gente dibujando en mis labios una sonrisa extraña, involuntaria, ajena a ese instante que comenzaba a ser un sueño borroso; y sentí la pereza infiltrarse en el talón de la noche, las gentes caminar como entumecidas, arrastrando sus garrotes en abandono, ignorar el mosconeo de los insectos que revoloteaban en sus caras, abandonar sus piedras en las esquinas, extrañándose de que estuvieran en sus manos, y volverse a mirar con ojos tímidos y dulces, reencontrándose con las espaldas encorvadas en la buena conciencia de todos los días.

- ¡Cochinos! - dije, entre dientes, pero sin convicción, sonando hueco dentro de mí.

Habíamos caminado unas seis calles, a pasos lentos, con el cuerpo agobiado, sin ningún destino y subiendo y bajando de las calzadas combas, leyendo en las paredes las consignas anónimas, buscando justificación de este momento en un pálido y pequeño recuerdo agradable. Entonces alguien gritó saliendo desde una esquina, abriendo la boca con aire estúpido y horrorizado :

-¡Mataron a un soplón!

El hombre tenía miedo, como si se sintiera abrumado por el hecho, y blanco como un papel movía las manos en un vaivén obstinado, apuntando hacia una casa, con la cara crispada que parecía reír.

La multitud viró en un silencio que, sin embargo, no parecía trágico, y en unos segundos estuvimos frente a la casa rodeada por las gentes, sumidos en el cuchicheo de los pequeños grupos que se atestaban en el jardín, que hacían sus juicios sobresaltados y subían los hombros en un gesto de indiferencia para dejar de pensar. Las gentes entraban y salían de la casa, y exhibían un gesto de espanto haciendo mover la cara en un encogimiento que era una sensación desagradable comenzada en un suave empujón de las axilas, pero que subía hasta descompaginar el rostro en una franca manifestación de repulsa.

- Está despedazado - dijo un hombre al salir, hinchando el semblante en señal de asco.

Entre el trajinar de las gentes saliendo y entrando se podía oír el murmullo de un chorrillo de agua que arrastraba un ligero cauce en el jardín. Miré y vi una llave abierta que dejaba escapar una pequeña cascada. Me estaba lavando la cara cuando oí una voz muy cercana que dijo :

- Parece que se lo comieron los animales, si no de qué otra forma pudieron despedazarlo de esa manera.

Vi en la cara la inflexión de asombro que ofrecía al espectador como si esperara escuchar algo, pintada de pie con los mofletes airados y levantando los ojos al cielo en la película oscura del anochecer, y me volví brusco hacia la puerta de entrada, metiéndome en la fila de curiosos que caminaban empujándose unos a otros, como en las pesadillas.

La fila se apelotonaba en una esquina oscura de la casa, impidiendo avanzar, y yo no pude ya apaciguar el minuto; alcé de golpe la cabeza y me topé con el cuerpo sanguinolento, la cara rígida que me era conocida, el ademán furioso de terror postrero de un ojo desprendido y el otro abierto, alzándose para sorprender todo el horror de la muerte. En ese silencio el tumulto se fue deshaciendo, y pude ver la carne inerte del Señor Matías, el esbirro del incidente en el " Bar de la Turca ", el que golpeó al guardián, el que hizo desaparecer al padre Luis; con el cuerpo destripado, todavía sentado en una mecedora, la palma de una mano virada hacia arriba y la otra desaparecida, la cabeza que por efecto de su peso se desplomaba con un ojo colgado que mira al vacío.

La muerte no le borró la ferocidad del rostro, ni siquiera en la desfiguración de los mordiscos, y lo rescaté retrocediendo en la memoria avivada, la noche en que golpeaba a Nelson Nova; antes de que por la parte abombada del vientre le mirara con precisión las tripas del aire, y me atacara una súbita náusea. Se había clavado con su muerte atroz a la mecedora en que de seguro lo confinaron, y los músculos alargados desgarrados por las dentelladas, dejaban ver el inicio del hueso. Tenía las ropas hechas girones, y las vísceras despedían como un vaho agrio. Por un costado del cuerpo inclinado sobre sí mismo, alcancé a ver en la cintura, la cacha del arma que no llegó a usar.

" Es él - me dije - el Señor Matías; ahí está, dormita en la muerte, se

aburre en la ridícula circunstancia de morir sentado. Ya no hay nada que lo una a ella.

Introduje en la noche mi pequeña existencia fugitiva, afuera, al salir al mundo impersonal de los otros; y miré larga, dulcemente, la humareda de la distancia que se expandía, se resquebrajaba, perdiéndose en el cielo gris. Entonces fui extrañamente feliz mirando las cándidas flores del verano, los pequeños comerciantes de los barrios pobres asomados a las puertas de sus negocios y comentando afligidos los últimos sucesos,

la muchacha con los senos duros bajo la blusa que me mira esquiva al pasar a mi lado, la puta trotacalle que bebe como un hombre y que me ve sonreír sin motivo, saltar ahora sin miramiento justo cuando rozo su hombro, y luego echo a correr riendo como un idiota, corriendo como el aire por las calles sin nadie, con un puño levantado, como los turberos, y la mano oculta bajo la camisa, feliz y tocando el Diario de Alfonsina Bairán.





El abogado vivía en una vieja casa de la zona colonial, cerca del río; la fachada alzada hacia el Este, adentrándose en las aguas por las sombras del atardecer. Había una placa dorada, refulgente, que dispersó una mancha cuando levanté el puño para tocar. " Dr. Eluterio Cordones ", decía.

Serían las seis o las seis y media, cuando el viejo abrió la puerta y me observó con una mirada veloz, estricta, que le salía como un acto de la memoria. Antes de que hablara inundó el aire con un olor a agua de colonia, y la corbata gris que le caía sobre la camisa amarilla se mecía como un péndulo.

- Entre - dijo - pase adelante.

Lo estuve mirando reflejado en el vidrio de la biblioteca repleta de libros empastados, de un mismo color, rodeando la sala que tenía en el medio un añejo escritorio de caoba y dos sillones de mimbre; dio dos pasos cansados, secos, y fue metiendo el cuerpo con un gesto de hastío por un recodo del escritorio, hasta que se sentó y su mano derecha tocó la fotografía de un hombre muy joven que había sobre el tapete, sonreído, con una cara radiante alejada todavía de toda forma de ingratitud.

- " Es su hijo " - pensé.

Por la ventana el viento trajo un olor a ramas podridas, a lamas revueltas, en medio de un silencio oscuro. Me senté y oí los golpes del reloj público, distantes, sentimentales.

- Soy el amigo de Alfonsina Bairán - le dije, pensando que ese olor que se hacía más penetrante venía del río.

- Sí - dijo él metido en la penumbra, poniendo una voz y una sonrisa forzada, haciendo mentir su rostro.

- ¿Usted sabe, verdad? Lo del fuego.

- Lo del fuego, sí - dijo él.

El hombre muy joven en la foto del escritorio tenía los labios gruesos, y lejos, en el fondo de sus ojos, una chispa contagiosa que no se le había separado de sus años de infancia.

- . . . lo del fuego - lo oí repetir, muequeando en el rostro algo como el inicio de un dolor, de una historia nostálgica.

Se levantó del asiento y eludió ahora con mucha agilidad el recodo del escritorio, perdiéndose detrás de una cortina. Yo oí, en el silencio, el ronquido del río, y pensé en las notas del Diario de Alfonsina Bairán, que había comenzado a leer; en la tarde del paseo en yola por este mismo río, junto a Alberto Cuadra González, metiendo la proa por entre el balanceo del río traicionero, y los ombúes y las lianas silbando una anticipación de la desgracia, mientras ella le miraba las manos muy blancas en curvatura sobre los bordes de la embarcación.

" Este río - pensé - lo trajo a él y se llevó a Valentín Abad ".

El abogado manoteó la cortina y reapareció con una botella de cerveza y dos vasos; tenía unos papeles debajo de los brazos y acomodó la botella en el borde del escritorio. Para liberarse puso a un

lado los papeles, y con la otra mano echó el contenido de la botella en los dos vasos. Miró por la ventana y resbaló atontado en el lento viento fresco de la penumbra que le batió el pelo.

Me extendió un vaso y se fue a sentar al escritorio, bebiéndose de un tirón todo el contenido del otro vaso. Se pasó la lengua por los labios con un símbolo de la satisfacción que le construyó una trompa de oso, y de pronto, como si recordara algo, golpeó el escritorio y exclamó :

- ¡Ahí está, un argumento; usted ha venido porque le hace falta un argumento! Es muy joven, y le preocupa el remordimiento de mañana.

- ¿Yo? - dije, sin entender, intuyendo que él también quería hablar, que había traído esos papeles para retar mis fantasías - Vine, señor - expliqué con humildad - porque pensé que usted podría saber algo de ella. Después de la noche del fuego, nadie ha sabido nada. La he buscado, usted es la última persona a quien visito, no me queda nadie más, es como si se hubiera esfumado.

- En cierta medida es así - dijo él, encogiéndose de hombros - creo que ella se había preparado de tal manera que su única ventaja estaba en el final de la historia. Ahora ya todo acabó, y esa Alfonsina Bairán que usted busca, a mi modo de ver, nunca existió.

Lo miré y supe que yo no tenía nada que hablar, nada que decir, y que en esa historia repentina que él había comenzado a contarme sucedería algo sencillo, intrascendente, que la restituiría a la cotidianidad abominable. No había entendido nada, recostado en el respaldo del sillón esperé un insulto, otro puñetazo sobre el escritorio, cualquier cosa que lo colocara en el camino de reencontrarla.

- Todo - dijo él, de nuevo, deteniéndose brevemente, apoyándose en un respiro - usted, yo, el Bar y las putas estábamos al servicio de ella. ¿Se lo había dicho en otro momento, no? Bueno, no importa, entonces yo no podía decirle, y usted no podía entender - Se volvió a detener, estaba como balanceando una idea, pasmado en la contemplación de una tristeza remota, obstinado por un esfuerzo inconcluso que lo atravesaba de lado a lado, desgarrándolo. Fue la venganza - dijo - la venganza de ella que era una suma de debilidades, la venganza que la liberó ahora del espejo de la memoria en que estaba atrapada, de la memoria en que permanecía fija para siempre la escena del crimen inexplicable de su marido.

- Comienzo a entender - dije, interrumpiéndolo. Vi un gesto soberbio que le cruzó la cara, y me corté. No tenía ganas de hablarle, sino de oírlo, de mirarlo retroceder palmo a palmo, de estar al acecho para forzar la impresión a parecerse nítidamente a la verdad.

- Hay un error - dijo, corrigiéndome -. Usted no puede entender. Ella creo ese mundo a su alrededor, no más allá.

- Pero usted era su amigo - dije -. Ahora es de ella que habla, ¿No?

- Es distinto - exclamó él, sacando de la intimidad un desamor, una pequeña sonrisa inexplicable que prometía lastimar - , yo he estado en su

pellejo, yo puedo comprenderla. Por eso fui su amigo, por eso ella me eligió. Usted no, usted la eligió a ella.

Lo miré en desconsuelo, seguro de que ese no era un agravio dicho para mí, ni una pena, sino la explicación de algo que le brotaba del alma, como una oscura marea. Por un instante me volvió a parecer cansado, seco, abatido; como si de pronto todo el pasado del mundo lo aplastara.

- ¿En su pellejo? - pregunté, pero él no oyó, había cerrado los ojos y era como algo borracho, transparente.

- Mi Manuel - dijo, aplastándose dos dedos sobre la frente - también a él lo mataron - y acarició el borde de la fotografía que tenía sobre el escritorio.

- ¿Era su hijo? - pregunté, conmovido.

- Sí - contestó él - un muchacho, era solo un muchacho.

Miré hacia afuera y me puse a pensar que estaba lloviendo, que pateaba debajo de la lluvia las hojas húmedas y podridas, y que el agua que corría por mi piel era el origen de una alegría perdida ya por tantos acontecimientos que la fueron sepultando en mi corazón.

- Ahí está - dijo él, entornando los gruesos párpados, apoyándose con los codos en el escritorio - . Estábamos unidos por el miedo, por el terror, incluso por lo inexplicable de la muerte de nuestros dos parientes, pero sobre todo por la vergüenza de tener que vivir la vida.

- Pero ella . . . - comencé a decir, y lo vi con ojeras, tocando con el pensamiento una nube, un perfume, un recuerdo agradable.

- . . . Ella fue superior a mí, a usted, a nosotros. Se levantó de la indefensión y construyó su venganza, paso a paso, día a día, palabra a palabra. Creo que fue egoísta hasta la pureza - dijo él, hablando del lado de allá en que estaba varado.

- Pero ella . . . - volví a tomar la idea - era una anciana.

- Así - gritó él - envuelta en grisalla, vieja y silenciosa, a pesar de Trujillo y todo su poder, no aceptó la muerte del marido. Y preguntó, levantó cada piedra que encontró en el camino, se envileció hasta el odio, se valió de su Bar, de las putas, de todos los que la frecuentábamos para seguir su juego. Y un día lo supo, y no vivió más que para esa venganza, se casó con ese hombre en una forma diabólica de conyugalidad.

- ¿Se casó, dice usted?.

- Sí, con el matador de su marido. Sabía todo sobre él; la hora que llegaba a su casa, su color preferido, el cantante que lo remitía al recuerdo, sus hábitos secretos, todo. Y hasta las mujeres que seleccionaba para él, en su Bar, tenían esa travesía sombría de la venganza. Creo que eso supera su entendimiento.

- Sí - contesté, perplejo - pero es también personal, el matador de su marido era sólo un brazo ejecutor.

- ¿Qué usted quería? volvió a gritar él, levantándose las manos a la cabeza en forma teatral - . Era sólo ella, entiéndalo, sólo ella. Estaba allí con lo que había sido toda su vida a sus pies, se dejaba contemplar un

instante por los demás, pero la gente entra y sale en la desgracia ajena, y regresa a lo suyo. Después que atravesar terrores, hay que situarse en medio de los ritos cotidianos : reír, saludar, estrechar las manos . Elviento trajo de nuevo ese olor a argamasas podridas, y le alborotó unos hilos de sus cabellos plateados en los ojos, se volvió despacito y deslizó la mano dulcemente por la frente para llevarlos a su lugar. Tuve la sensación de que me había olvidado, de que se creía solo; tenía la cara cèrea y, en el gesto de pensar, parecía dormido. Escuché, en la distancia, el trajinar del puerto, y más próximo, el chacualeo de un barco pequeño saliendo del río -. Era sólo ella - volvió a decir - sólo ella.

El cuarto se hizo pequeño y noté que, en ese momento, o quizás a partir del momento que le estaba cruzando por el pensamiento, el vivir era una sumisión. No hice ningún movimiento, me pareció que no tenía la menor justificación de estar allí, que con esa fluidez inesperada él me estaba arrojando de sus vidas, y que yo sólo lo estaba ayudando a sortearla, a reconciliarse, desde su cuerpo encogido, con las impensadas revelaciones que le brotaban. Contra el respaldo del sillón, esperé un gesto que lo aproximara a su imagen, y le pregunté, sin sobresalto, sumiso :

- El crimen, señor, el del marido, ¿cómo fue?

-¿El crimen? preguntó él, a su vez, y se fue sentando detrás del susurro, entornando los ojos en una confidencia, hincando un puño sobre el tapete del escritorio y dejándose caer en el sillón como en un falso final, como en un cansancio sin nombre.

- No se puede saber con exactitud - dijo - . Aquí se mataba por cualquier cosa, por cualquier pendejada. Mi hijo, por lo que sé, lo mataron por una palabra, por un simple juego de muchacho que fue a caer en los oídos de un soplón. Yo . . . ahora . . . tal vez usted no pueda entender, es muy joven.

- Puedo entender cualquier cosa, señor - le dije.

- Claro, pero es una forma de resignación, un agravio. Este retrato - dijo; tocó el retrato y le vi la mano temblorosa; la felpa del tapete era verde oscura y el reverbero de sombras que produjo en la superficie brillante del cristal de la foto me dio la sensación de que hundía su mano en un charco de aguas estancadas - es mucho lo que me ha hecho sufrir. Lo veo ahí todos los días, detenido, riendo con generosidad, pensando que la ingenuidad de su rostro y la palabra que lo llevó al abismo son una misma cosa. Es un revés, un azar, que él pronunciara las únicas palabras que no debía pronunciar . . . Tampoco, yo . . . ¿usted entiende? . . . es mucho dolor verlo ahí, imaginar la nada, encontrar cien historias tan parecidas a él.

Sentí como que se me abrían los labios, pero no tenía idea de lo que debía decir. Del río vino un campanileo que se coló por la ventana, y me hizo pensar en un vaporcito pequeño desplazándose por su cauce, las muchachas en la borda vestidas de blanco, agitando pañuelitos que eran

lirios al aire, ocultándose del sol con pamelas rosadas, y riéndose en el más puro gesto de fineza, cuando las aguas sin olas del río Ozama accidentaban el camino, y las bamboleaba con el vaivén de la embarcación. En las aguas del río hay una tempestad silente, que ruge en le fondo, yo lo sé, y mi mirada ansiosa trata de advertirle a las muchachas que agitan sus pequeños pañuelos blancos, ajenas al peligro, mientras las burbujas van levantando una bruma, una bruma que las va desvaneciendo, que hace avanzar al vaporcito como atontado, como con fatiga; y las muchachas todavía sonriendo y diciendo adiós, esfumándose en el espejo blando que la bruma dibuja.

- Hay indicios, suposiciones - secreteó él trayéndome de vuelta. Jadeaba, olía los olores del río, movía las pestañas como espantando algo que lo estorbaba-. No se puede decir con exactitud, pero nada de eso importa. Al final, es la misma muerte. ¿O no? - Dobló el lomo y se puso a buscar en los papeles; arañaba las hojas con las uñas, dejaba correr la vista y levantaba los hombros agregando al aire un silbido perezoso que le salía con la respiración- ¡Aquí está! - exclamó - este hombre, éste ...

Me extendió un recorte de una revista del Centro Democrático Español. Había un hombre encaramado en un podio, con un brazo levantado y los ojos embravecidos por la arena. Tenía un saco cruzado y en el momento de la foto parece que lo había atacado un suave temblor en la juntura de las mandíbulas. Le vi los mil rasgos de las decepciones, el llanto sin lágrimas del combatiente encallecido, el pequeño tributo al desconsuelo que recorrían sus ojos.

- Se llama Valeriano Marquina - dijo él - . Tal vez ese hombre le trajo la muerte a Alberto Cuadra González.

- ¿Sí? - dije, y volví a pensar que yo era un pretexto, una mera encarnación, una sonrisa torcida que él había ensayado frente al espejo, una y otra vez, para explicarse el malentendido de la sobrevivida.

- Eran muchos - dijo - los españoles. Llegaron huyendo de la guerra de su país, derrotados, y con las revelaciones de lo cotidiano descubrieron lo inevitable.

- ¿Usted dijo este hombre, no? - Con el índice, señalé el retrato.

- Es uno de ellos, parece que al irse él le dejó una misión, y sucedieron cosas inesperadas. Lo dejó de correo, algo así, el caso es que a través de ese hombre se mantuvo en contacto con el republicanismo español, y en cierto modo sufrió, desde aquí, las soledades trágicas que lo acompañaron.

- Entiendo - dije - pero un acto así parece inofensivo.

- ¡Eso! - dijo él - Ahí está, inofensivo. Ni siquiera parece verdadero. Aquí una palabra podía llevar a la muerte, una cosa era la vida y otra la palabra.

- ¿Pero eso, se sabe?

- No, ya le dije, son indicios, suposiciones. Además, hay otra historia, usted comprende, siempre hay otra historia.

- ¿Esta otra historia, lleva también al crimen? .
- ¿Al crimen? Sí, lleva al crimen, y lleva también a usted, y a mí, y a todos los que vivieron la mentira del Bar.
- ¡Ah! - dije, mirándolo con los ojos de la aceptación, defendiéndolo del pasado, - El Bar, se trata del Bar.
- Sí- dijo él- todo eso, el Bar, su argumento, algo que le explique a usted esa mujer...
- . . . el crimen.
- Sí, el crimen. Era maestro, ¿usted lo sabe, no? El español, el marido de Alfonsina Bairán.
- Lo sé, sí.
- Bueno, parece que dijo algo en el aula, quien sabe, intrascendente, tal vez destinado a sí mismo, en fin...Había un alumno, un alumno... Su padre era el esbirro, el que murió, el que iba al Bar. Era un hombre del régimen y supo, por el hijo, lo que dijo el maestro.
- El Señor Matías- dije, mirándolo elegir la historia, morderse los labios para revivir un hecho que lo mortificara, castigándose.
- ¡Ese!- dijo; entonces en los labios se le pasmó un poco de la negrura de la noche que entraba por la ventana. Lo había dicho alborozado, pero se separó bruscamente del avivamiento hundiéndose, contraído, en el sopor de los acontecimientos que le cruzaban la mente - . Era un asesino. Ahora eso se dice de cualquiera, no me quiero dejar llevar, pero usted le conoció los ojos. Ha muerto, no me quiero dejar llevar, él pudo haberlo matado, o no, en definitiva no importa. El caso es que . . .
- ¿Pero ella lo creyó así?
- No importa. Lo eligió, le dedicó el resto de su vida, abandonó los dones de la virtud para cazarlo como rata, le construyó el Bar.
- Ahora entiendo. Es lo que usted llama su venganza. Así, entre baratijas, putas, pleitos y canciones rancheras.
- Así- dijo él- de ella hacia el otro.
- Es difícil de creer- dije, pensativo.
- ¡No! - gritó él- . Es que no tiene que ser creído. Se lo dije, esta historia lo deja sin argumento; usted habla por usted, pero el lazo que lo une al remordimiento no tiene nada que ver con ella ni-con sus perros.
- ¡Ah! sus perros.
- Sí- volvió él a gritar- sus perros, su Bar, sus putas, su venganza sublime que ni usted ni yo nos podemos explicar. Se levantó de nuevo y se fue a parar junto a la ventana. Estaba de espalda, pero me era fácil imaginar su cara: los ojos insomnes, el sentimiento de fatalidad dibujado en la pequeña mueca, la brisa sin prisa que venía del río y que lo hacía pensar que todo existía ahora de otra manera. Dio media vuelta y lo vi derramársele el inicio de una sonrisa- . Era sólo ella- me dijo, apuntándome con el dedo índice- sólo ella. Usó sus armas, las únicas que podía usar, las únicas que conocía .

La oscuridad se suavizó y pude verle, cuando volvió a darme la espalda, la risa enigmática en que retozaba una bellaquería. Me sentí extrañado, confuso, dada la gravedad con que había encarado, minutos antes, los acontecimientos. Supe, entonces, que del ajeteo de esa risa yo estaba excluido, cercenado; y que él aprovechaba esa pausa para echarme del mundo de significaciones que lo hacía reír con indolencia.

" Está bien- comencé a decirme- me voy. Me levantaré y emprenderé el camino. Tú te quedarás ahí, mirando la noche poderosa disuelta en la brisa del río, como los locos que se abandonan en una risa fría, desmemoriada, ajena a las calles sinuosas en que los hombres realizan la vida".

Cuando salí de la casa, el abogado, Eleuterio Cordones, estaba todavía mirando la lejanía brumosa desde la ventana. No se dio cuenta de mi partida, ni le importaba. Cerré la puerta con precaución, lentamente, y sin quitar la memoria de la foto del hijo sobre el escritorio, sentí, en la oscuridad de la noche, la crudeza del mundo que me aguardaba.





*"¡Oh, perdición! Es preferible regresar al pasto, a las aguas frescas del río, a la tenue llovizna que nos moja aún en el recuerdo."*

*"Bartolina está ahí, tendida como siempre, ajena como siempre, distante en su languidez de puta domesticada, y regresará de su sueño con un reguero de hojas amarillas que le chorrearán del pelo, con la burla de su tiempo sin huellas del mal vivir, con la comprobación desoladora de que algo sin regreso ha ocurrido en su vida."*

*"¡Ahí está! Uno es capaz de liberarse, uno es su propio amo. Trujillo ha muerto, y Bartolina duerme a piernas largas, junto a mí, con un suspiro sofocado que es muy semejante al amor."*

*"¡Ah, Bartolina! con sus nalgas que no son grandiosas y sus teticas solemnes, durmiendo, le dice tantas cosas al mundo."*

*"Los días pasan como moscas que vuelan de nuevo hacia la muerte, y nadie pregunta por Alfonsina Bairán . ¡Mierda ! Aquí está Bartolina en la hedentina de este cuarto de hotel, y los malditos lebreles azorados le envidian la delicia de ese sueño propio, sin dueño, porque ya nadie sabe de Alfonsina Bairán."*

*"¿Estará en su sueño? ¿Furtiva, Alfonsina Bairán, estará en su sueño?"*

*"Bartolina sueña con Alfonsina, pero Bartolina fue antes soñada por Alfonsina. Y todos los sueños de Alfonsina eran como mover su pasado, entre ramajes de árboles desolados en los que ella ponderó cosas que no fueron. Alfonsina soñó a Bartolina y me soñó a mí; al "Bar de la Turca", a los parroquianos alertas y a los dormidos; ruborizó la máscara que llevaba pero se recostó a su crimen, a su venganza; y hasta fue hermosa, apoyada en el sueño de todos, viviendo lo que habría vivido en la boca profética del adivino, si su vida no fuese ahora un destino sin nombre, una carnada que únicamente el amarillo sueño de la alegre Bartolina puede rescatar, arrebatándoselo a lo que fue primero el sueño imposible de Alfonsina ."*

*"¡Coño! Me balanceo en una historia llorona. ¡Perdición! Todo ha terminado. ¿Todo ha terminado?"*

Estos mil ejemplares se imprimieron en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el mes de junio del 1992. Bajo la Dirección de *Andrés Ant. Mercedes Z.*; Composición: *Frank Mueses Martínez*; Impresión: *Bartolomé González*; Fotomecánica: *Javier de la Cruz*; Terminación: *José Ant. Tavarez y Bienvenido Ant. Cleto.*

Andrés L. Mateo nació en Santo Domingo, en 1946.

En la actualidad es profesor del departamento de Letras de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Doctor en ciencias filológicas de la Universidad de La Habana, ha publicado, entre otras obras: *Pisar los dedos de Dios*, novela, *Manifiestos Literarios en la República Dominicana*, *Poesía de Postguerra/Joven Poesía Dominicana* y *La otra Penélope*, novela.

En 1981 obtuvo el Premio Nacional de Literatura en el género de novela y en 1991 el Premio de Novela Pedro Henríquez Ureña.

